
ENTRE LAS
SOMBRAS



ENRIQUE HERNÁNDEZ-MONTAÑO

nowtilus

Colección: Novela Histórica
www.nowtilus.com

Título: Entre las sombras
Autor: © Enrique Hernández-Montaño

Copyright de la presente edición © 2007 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Rodil&Herraiz
Diseño y realización de interiores: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 9788497634670

Índice

Agradecimientos 9

Libro I

Agosto 15
Septiembre 125
Octubre 299
Noviembre 327

Libro II

La historia jamás contada 351
Los titiriteros 385
Final en Christ Church 423
Justicia divina 441
Cleveland Street 449

Carta adjunta al relato del inspector
Abberline 461

Agradecimientos

Quiero dedicarle esta narración a Jéssica Sarmiento, por haber aguantado los desvaríos de este loco y por permitir mis recreaciones de los crímenes del Destripador con ella; a Carlos Martín, por aplicarme algún que otro correctivo al practicar con él el movimiento *de izquierda a derecha*; a Luis Hernández, una de las personas que más aprecio, por haberse leído también este relato sin aburrirse; a Roberto Gala, mi buen *Crow* y el hermano sin conciencia que nunca tuve, por acompañarme en mi misión; a Laura Canabal, mi inspiración, la mujer a la que más quiero; a Virginia Carrión, por hacer de este libro el primero de toda su vida y por ser la mejor compañera sentimental que uno de mis hermanos podría tener, y por último, a mis padres, a quienes doy las gracias por no ingresarme en un manicomio después de acabar esta novela.

También quiero reconocer la colaboración, directa o indirecta, del resto de mis amigos que, aunque no participaron en la realización, sí que me dieron apoyo moral.

A todos ellos, gracias.

Y por último, deseo agradecer a Patricia Cornwell su libro *Retrato de un asesino*; a Eddie Campbell, por sus magníficos dibujos en la novela gráfica *From Hell*, y al genial Alan Moore,

su guionista. También quiero reconocer al señor Stephen Knight por sus libros *Jack the Ripper: The Final Solution* y *The Brotherhood*, y a Stewart P. Evans y a Keith Skinner por *Jack the Ripper: Letters From Hell*.

Aunque discrepen de todo lo que yo cuento en estas páginas, espero que puedan sentir la ingenuidad de este humilde aficionado, cuyo talento no puede equipararse al de ustedes, mis maestros. Por ello, espero que todos coincidamos en una sola idea: si ellos no pudieron atrapar al maldito cabrón escurridizo que fue Jack, quizá nosotros podamos hacerlo algún día. Sería un objetivo interesante pero irrealizable hasta el momento. De todas formas, sueño con ello desde que comencé este relato.

Ahora solo me queda aclarar que este libro es una mezcla de las ideas de los autores antes mencionados, sin cuyas obras no podría haber compuesto esta modesta narración.

Por ello, gracias.

Enrique Hernández-Montaño

La presente narración se basa en los diarios del inspector Frederick George Abberline, Nathan Grey y Natalie Marvin, que fueron encontrados en el domicilio del fallecido sargento Henry Carnahan, junto con unas cartas en 1927. A ello se unen las situaciones imaginadas por mí para el conjunto de esta novela histórica, que son las que están expresadas en primera persona.

"*Algún día, la gente mirará atrás y dirá*
que conmigo nació el siglo XX"

Jack el Destripador, 1888

Libro primero

Agosto



1

(Inspector Frederick G. Abberline)

Llovía y la niebla amenazaba con tragarse todo Londres con su fantasmal avance. Desde la ventana de mi despacho podía observar casi toda la calle. No tenía nada de especial si se comparaba con las demás vías públicas del empobrecido distrito de Whitechapel, donde Sir Charles Warren me había destinado hacía algunos años como representante del Departamento de Investigación Criminal por culpa de esa maldita soberbia mía... Pero eso no viene ahora al caso.

Recuerdo que, por aquel entonces, el Departamento de Investigación Criminal —también llamado Departamento Criminal por algunos malintencionados— lo dirigía el inspector jefe Donald Swanson.

El viejo Donald era un excelente investigador, pero desde que a Sir Charles Warren se le ocurrió la genial idea de colocarle al frente del Departamento de Investigación Criminal, Donald no había vuelto a ser el mismo. No digo que no llevase bien el departamento, pero se le escapaba a veces de las manos, aunque, todo hay que decirlo, era imposible que esto no ocurriese debido al incesante caos que reinaba en una ciudad tan grande como Londres y, muy particularmente, en todos los distritos de East End.

Como decía, me hallaba solo en mi despacho terminando un informe a máquina que me había llevado un mes de elaboración, pues no soy muy bueno en esto de escribir. Era el buen sargento Carnahan el que solía redactar los informes que yo le dictaba.

Veía desde el gran ventanal el ir y venir de los transeúntes por las sucias y embarradas calles londinenses. Varios carruajes, tirados por briosos caballos, se enfilaban por las empedradas avenidas produciendo un estridente sonido al chocar las ruedas contra los adoquines de la calzada. También bajaban calle abajo varios vendedores ambulantes con sus calesas de ponys y diversos personajes a pie, mojándose bajo la incesante lluvia. A los lados de las aceras se agolpaban los inevitables mendigos adictos al opio y borrachos, intentando taparse con algunas viejas mantas que habían conseguido —o que habían *requisado*— en los albergues. Miseria y pobreza era lo que yo avistaba desde mi ventana. Era todo un clásico en Londres contemplar majestuosos carruajes por las calles, ocupados por gente rica y distinguida, mientras que a su alrededor se agolpaban los proscritos, los borrachos, las prostitutas, los locos sin nombre, los niños harapientos, los enfermos... Eran los miserables de nuestra sociedad, los olvidados de la era victoriana.

Yo no podía quejarme de mi posición social. Si era cierto que en Londres había o había habido una clase media o burguesa, creo que podía encajar perfectamente en ella. Mi sueldo no era muy elevado, pero me permitía vivir con cierto desahogo.

Para olvidar los oscuros pensamientos que me habían venido a la mente al ver aquella pobre gente de las aceras, intenté concentrarme otra vez en mi informe. ¡Pero era imposible! Aquel interminable legajo de papeles colocados en la férrea máquina de escribir Blickensderfer me atormentaba y se convertía en un castigo para mí. Yo era un hombre de acción, no el clásico chupatintas de oficina; bueno, si puede llamarse *acción* atrapar a una poderosa banda de ladrones de banco, traficantes, carteristas, asesinos y terroristas que habían volado media Torre de Londres en 1885. No obstante, debía hacerlo, pues mi subordinado, el sargento Carnahan, había obtenido algunos días de permiso por no sé qué asunto familiar que tenía entre manos.

Volví a mirar la ventana. Aunque era habitual que en pleno verano lloviese en Inglaterra, la niebla y el frío no eran en absoluto normales. Aún estábamos en el mes de agosto y aquello, se mirase por dónde se mirase, seguía siendo atípico.

La puerta de mi despacho se abrió, y en el umbral apareció el bigotudo y campechano rostro del sargento Carnahan.

—Buenos días, inspector.

Había ocupado su sitio en la mesa auxiliar, ante la máquina de escribir de rueda. Así que me levanté y le miré severamente.

—Sargento…, ¿qué hace usted aquí? Creí haber entendido que le habían concedido cuatro días de permiso y solo ha cumplido usted...

—Dos, señor —me corrigió él.

Por aquel entonces, creo que me doblaba en peso pero no en edad, pues solo era unos diez años mayor que yo. Llevaba más de un cuarto de siglo en el cuerpo y, aunque el inspector jefe Swanson y el propio Sir Charles Warren le habían concedido hace años el título de inspector, Carnahan lo había rehusado con mucho gusto. A él le gustaba el trabajo de calle, patearla y dirigir a los agentes de la comisaría. Odiaba mandar a los demás y prefería que le mandasen a él. Sostenía que un inspector podía tener varios privilegios más que un sargento, pero también, obviamente, muchas más responsabilidades. Era su particular filosofía profesional. He de añadir al respecto que, a mi parecer y después de casi veinte años como inspector, el buen sargento Carnahan tenía razón.

Con el ceño fruncido, lo miré inquisitoriamente.

—Y bien… ¿qué demonios hace usted aquí? —le pregunté con sequedad.

—Verá, inspector Abberline… —carraspeó dos veces, sin ganas—. Me encontraba sentado en un sillón de mi humilde hogar cuando pensé en usted y en las cosas que me estaba perdiendo aquí; así que decidí venir a hacerle una visita y acabar este maldito informe, que, como puedo observar, todavía no ha terminado —bromeó el suboficial mientras se quitaba su gabardina empapada y la colgaba de una percha.

—Muy sagaz de su parte, sargento… —reconocí, esbozando a continuación una sonrisa de circunstancias—. En efecto, no lo he terminado y si usted tiene el gusto... —me aparté del escritorio auxiliar y mi subordinado ocupó mi lugar.

—¿Algo interesante? —preguntó Henry Carnahan, arqueando mucho las cejas.

—Todo normal. No ha habido disturbios importantes por las calles y nada que sea digno de mencionar —dije en voz baja, como si hablara conmigo mismo.

El sargento se arrellanó en su silla ante la vieja máquina de escribir, hizo crujir sus dedos tres o cuatro veces y comenzó a teclear. Yo paseé por el despacho haciendo ochos y volví a mirar distraídamente por la ventana. Me sobrecogió de nuevo la imagen de aquellos desamparados intentando proporcionarse calor mutuamente, apretándose unos contra otros bajo las apestosas mantas.

Carnahan me leyó el pensamiento.

—No los mire, inspector —me dijo el sargento con tono apesadumbrado—. Solo le producirán más lástima.

Pensé que tenía razón y que debía ocuparme de mi trabajo.

De repente, la puerta de mi despacho se abrió bruscamente y una mala bestia, peluda y obesa, entró en él. Detrás del hombre venía el agente Barrett dándole golpes en la espalda con la porra reglamentaria, que la bestia ignoraba, y le gritaba:

—¡Alto! ¡Deténgase! ¡Alto a la autoridad! ¡No puede entrar ahí!

Todavía recuerdo hoy día al agente Barrett, un buen hombre. En 1888 rondaba los treinta años y compartía con el agente Mason el habitáculo anexado a mi despacho, cumpliendo con la ingrata tarea de secretariado.

Reconocí de inmediato al hombre que acababa de irrumpir en mi despacho y me levanté presto. Carnahan empuñó su revólver y le apuntó. Le agarré el brazo a la vez que la bestia le quitaba la porra a Barrett y la tiraba al suelo. Barrett sacó también su arma corta.

Temí lo peor.

—¡Alto, agente Barrett! —grité nervioso.

El aludido guardó el revólver, aunque se mantuvo alerta. El hombre resoplaba, pero ya se había calmado.

—Lo siento, inspector Abberline, pero este individuo insistió en verlo y cuando le dije que no recibía visitas... —se disculpó el agente, bajando la cabeza.

El hombre lo fulminó con la mirada.

—No se preocupe, agente Barrett, que todo está controlado ya —le dije en tono mesurado.

El agente recogió su porra del suelo y se cuadró vigilante, no sin antes cerrar cuidadosamente la puerta de mi despacho y sin quitar ojo al hombre que acababa de irrumpir en la habitación.

Miré al hombre que tenía ante mí.

Vestido con un abrigo de piel de dios sabe qué, lleno de manchas de grasa y con una poblada barba negra, el ruso Makarov ofrecía, sin lugar a dudas, un aspecto amenazador. Parecía salido de un ignoto bosque salvaje de la tundra siberiana.

—¿Puedo preguntarle la razón de esta entrada, señor Makarov? —interrogué severamente.

A esta clase de tipos había que demostrarles desde el primer momento quién era el que mandaba y, gracias a unos cuantos

puñetazos en el rostro y en el estómago —todavía tenía alguna que otra señal—, había logrado que me respetara hacía algunas semanas. Yo no era partidario de la violencia y sostenía que el intelecto era siempre la mejor arma, pero a veces el frío resplandor de un revólver bien cargado o la fina demostración de unos puños batiéndose al aire podían ser de mucha ayuda.

—¡Ese médico, inspector! —bramó el ruso—. ¡Michael Ostrog!

Tenía un fuerte acento eslavo y escupía al pronunciar las erres.

Hastiado, me rasqué la cabeza.

—¿Qué pasa con él? ¿Sigue sin salir de su casa? —pregunté mecánicamente.

—¡Si solo fuera eso…! —volvió a rugir Makarov.

Decidí armarme de paciencia.

—Le ruego que se calme, señor Makarov, o en unos segundos tendrá usted aquí a varios agentes uniformados apuntándole la cabeza con sus armas reglamentarias —le avisé torciendo el gesto.

El ruso respiró hondo por la boca y se calmó... más o menos.

—¿Qué pasa con el señor Ostrog?

—¡Ayer le vi, señor inspector! —repuso él, haciendo aspavientos—. ¡Subía por la escalera embozado en esa gabardina negra suya! Le grité que me pagara el alquiler de su casa, y el tío salió corriendo escaleras arriba y se metió en el piso. Aporreé después su puerta y le maldije cientos de veces, inspector, pero no me abrió.

—¿Y qué quiere que haga yo? —le pregunté, aburrido.

—O lo saca usted de ahí recurriendo a su autoridad... ¡o lo saco yo tirando la puerta abajo!

—Eso sería allanamiento de morada, señor Makarov. Además, soy de la Policía Judicial… No me dedico a sacar a morosos de las casas. Recurra usted a algún agente que patrulle cerca de su inmueble o a las bandas de protectores —le expliqué, sentándome ante mi mesa de trabajo. Con lo de las *bandas de protectores* me refería a algunos matones a sueldo que, por una módica cantidad, pegaban palizas a los morosos, protegían a las prostitutas de los ultrajadores y también extorsionaban a todo el que podían.

El sargento, al ver que ya no había peligro y que dominaba la situación, volvió al informe, receloso, después de resoplar un par de veces. Barrett se relajó también, pero no por ello le quitó el ojo a Makarov, que me confió sus temores.

—No me fío de ellos, inspector.

—¿Y de mí sí? —inquirí con sorna.

—Mire, señor Abberline, ya no es solo el alquiler… —bajó su agrio tono de voz, hasta hacerlo casi confidencial—. Hace cosas extrañas que nunca había hecho.

—¿Por ejemplo...?

El ruso pensó un rato la respuesta que debía dar, rascándose la poblada barba.

—¡Esa mujer! —exclamó escandalizado—. ¡Muchas noches le he visto subir con una extraña mujer hasta su casa! ¡Creo que es una prostituta!

—¿Y qué tiene eso de extraño? Usted también lo hace —el gordo se sobresaltó—. No se asuste, señor Makarov. Conozco esa y muchas más cosas sobre usted... Pero, por favor, continúe —le animé mientras accionaba la mano diestra.

—¡Él nunca había subido mujeres a su casa, señor inspector! Yo creía que él era... Bueno... Un... —mi interlocutor titubeaba, intentando pronunciar una palabra que definiera lo que pretendía decir y que no fuera grosera, pero en realidad solo conocía términos que se referían a esa característica personal de forma ofensiva.

—¿Está intentando decirme que estaba sexualmente enfermo?

Con esta frase quería dar a entender al peculiar hombre si el doctor Ostrog tenía predilección por los hombres. El sargento Carnahan intentó reprimir una carcajada mordiéndose el labio inferior. No lo consiguió Barrett, que soltó un brusco resoplido. Los miré a ambos con severidad.

—No lo sé con certeza… Pero era un hombre muy raro... Usted ya me entiende —Makarov, al oír otra carcajada reprimida de mi suboficial, sonrió mostrando una dentadura a la que le faltaban algunos dientes y en la que abundaba la carie.

—Lo siento, señor Makarov, pero no puedo detener a alguien solo porque se acueste con una prostituta —señalé con voz firme—. Si no desea nada más...

El gordo parecía haber recordado algo.

—¡Espere…! La pasada semana sí que ocurrió algo... Yo estaba en mi casa del piso de abajo durmiendo, cuando oí fuertes golpes en la vivienda del médico, golpes y gritos de Ostrog. Creí que estaba borracho, pues solía darle al vodka como buen ruso, así que salí al descansillo y le grité que se callara. Volví a meterme en mi habitación y, al poco rato, oí unos apresurados pasos escaleras abajo.

El ruso que tenía enfrente se quedó quieto esperando mi reacción. La verdad es que aquel hombre había despertado al fin mi curiosidad.

—Bien, señor Makarov, espéreme usted esta tarde en su inmueble a las cinco en punto. Los dos abriremos la casa de Ostrog.

Él se despidió satisfecho.

—Hasta esta tarde, inspector.

El eslavo abrió la puerta de mi despacho y salió al exterior, cerrando con un sonoro portazo. Henry Carnahan abandonó su escritorio y se acercó a mi mesa.

—Puedo observar que la historia de nuestro visitante ruso le ha inquietado, inspector —me dijo en voz baja.

—No sabe usted cuánto, sargento. Pero esta tarde veremos si es verdad lo que nos ha contado.

Carnahan abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Nos…? ¿Se refiere a los dos, señor? —preguntó sorprendido.

—Por supuesto. Supongo que no se le habrá ocurrido pensar que voy a ir yo solo, sargento.

Él sonrió bajo su poblado mostacho y volvió a trabajar en su interminable informe.

Otra voz se interesó por mí.

—Inspector... —había olvidado que Barrett seguía en el despacho.

—¿Sí? —pregunté con voz hueca—. ¿Qué quiere, Barrett?

—Verá, señor... Yo... no es que aprecie el puesto que ocupo ahora, señor, pero... —el agente titubeó— desearía que usted me designara trabajos de calle... Si no le ocasiona una gran molestia.

—Bueno... —convine—. Mason, el sargento y yo le echaremos de menos —el hombre asintió sonriendo—. Pero veré qué puedo hacer.

—Gracias, señor —Barrett salió de mi despacho y cerró la puerta.

—Me encargaré de que haga algunas rondas, inspector —dijo Carnahan.

—Me apena... Es un hombre muy inteligente… Ocúpese de que se añada a la plantilla de calle, sargento —repuse a la vez que me sentaba detrás de mi escritorio.

2

(Inspector Frederick G. Abberline)

Después de ingerir algo en una cafetería cercana a la comisaría, Carnahan y yo nos dirigimos en una calesa hacia White Street, lugar donde estaba situado el inmueble del señor Makarov. Aquel edificio se parecía mucho a los que le rodeaban. Era sucio, destartalado y se encontraba ocupado por prostitutas, mendigos, asesinos que no deseaban ser encontrados... En fin, gente de mala catadura.

Ya estaba acostumbrado a sitios así, por lo que, antes de salir, el sargento Carnahan y yo nos armamos cuidadosamente. Yo llevaba mi revólver de cañón corto en una sobaquera de cuero oculta bajo mi gabardina, mientras que mi acompañante se había colocado solamente un revólver de cañón normal en la parte de detrás de su cinturón. En East End, repito, aquello era normal. Había mucho loco suelto y demasiado rencor y odio hacia la Policía, aunque he de decir que en mis años de inspector había logrado ganarme algunos peligrosos enemigos que todavía me andaban buscando… Además, en honor a la verdad debo concretar que no era muy buen tirador, pero solo tocar la fría y metálica superficie de un arma corta me tranquilizaba en momentos de tensión.

El señor Makarov nos esperaba en la puerta del edificio 24. El sargento y yo bajamos de la calesa y fuimos derechos a su encuentro. Con una desagradable mueca que intentaba ser una sonrisa casi sin dientes, el ruso nos condujo hacia el interior del edificio.

—¿Dónde vive el doctor Ostrog? —pregunté interesado.

Makarov apartó sin miramientos y con uno de sus pies a un borracho que yacía en medio del portal de paredes desconchadas. El pobre diablo soltó un fuerte ronquido.

—Arriba, en el ático, inspector —me señaló con la palma de su mano diestra, apuntando en la dirección correcta.

—¿Está en casa? —pregunté otra vez.

Él se encogió de hombros.

—No lo sé, señor inspector —masculló entre dientes.

Subimos por la destartalada escalera, a la que le faltaban varios peldaños de madera. El suelo crujía bajo nuestros pies, y temí que de un momento a otro se desplomase y cayésemos los tres al vacío. Pero como Makarov caminaba tranquilamente, me dio un poco de seguridad.

El inmueble tenía tres plantas más el ático. En cada una de ellas había dos viviendas, pero parecía que cada una estaba ocupada por un millón de personas. Esto me hizo suponer que Makarov no alquilaba solo las viviendas, sino también las habitaciones como colmenas humanas.

Continuamos nuestra ascensión por las fétidas plantas, entre siniestros crujidos de madera vieja, por donde pululaban libremente las ratas, los niños harapientos y los borrachos. El hedor a orines se hacía insoportable por momentos.

Por fin llegamos al maldito ático. Había dos pisos, uno era de Ostrog, según nos señaló Makarov, y el otro estaba ocupado por una familia polaca. Nuestro guía se acercó a la vivienda cerrada de Ostrog y nosotros con él.

Llamó enérgicamente a la puerta con unos nudillos cubiertos de pelo negro.

—¡Ostrog! —bramó colérico—. ¡Abre la puerta, matasanos! ¡He venido con la Policía a desalojarte si no me pagas el alquiler! ¡Ostrog…! —el gordo aporreó la puerta con una furia mal contenida algunas veces más y blasfemó todo lo que pudo, pero la puerta permaneció cerrada.

—Déjeme a mí —le hablé al ruso. Me coloqué ante la puerta y la golpeé con los nudillos—. ¿Doctor Michael Ostrog? ¡Soy el inspector Frederick Abberline! ¡Abra la puerta! —grité con voz autoritaria—. ¡Solo quiero hablar con usted!

Nada. No detectamos ningún movimiento de pasos que revelase la presencia de alguna persona en la vivienda. Acerqué mi oído a la puerta y escuché en silencio. Nada de nuevo.

—¿Lo ve, inspector? ¡Ese cabrón se niega a abrir! —Makarov se puso ante la puerta y comenzó a gritar en ruso lo que me parecieron blasfemias e insultos de todo tipo por el durísimo tono que empleaba.

Carnahan se acercó a mí y me susurró al oído izquierdo:

—Puede que le haya ocurrido algo al doctor...

Entre tanto, al escuchar los gritos del señor Makarov, dos niños pequeños salieron del otro piso acompañados por una mujer temerosa, que los sujetaba con sus sucios y huesudos brazos.

Me aproximé al señor Makarov, que continuaba gritando como un poseso, y le dije:

—Puede que le haya ocurrido algo al doctor Ostrog... Debemos tirar la puerta abajo.

—De acuerdo —el ruso parecía dispuesto a hacerlo—. Espero que ese cabrón no se haya dejado morir ahí dentro...

Me aparté y le cedí el paso al sargento, quien se remangó con decisión. Carnahan y el ruso retrocedieron y, al cabo de unos segundos, descargaron sus hombros sobre la despintada puerta de madera con toda su fuerza. Esta cedió un poco, pero no se abrió.

Entonces me fijé en que uno de los niños se había separado de la que debía de ser su madre y del otro niño. Se acercó a mí. Tendría unos siete años; era delgado y de escasa estatura para su edad. Bajo su cabello rubio lacio, dos ojos azules me miraban con curiosidad. La madre le llamó en su incomprensible idioma.

—No está dentro —me dijo el niño, farfullando inglés.

Interesado, me arrodillé y me puse a su altura.

—¿Te refieres al doctor Ostrog? —le pregunté.

El niño asintió en silencio.

—¿Dónde está? ¿Lo sabes?

—No lo sé, señor… Los hombres de negro se lo llevaron.

En ese momento la madre se acercó a mí y, tirando del niño y hablándole en su lengua materna, lo introdujo sin demasiada delicadeza en la mugrienta vivienda, donde garrapatas, chinches, piojos, cucarachas y roedores campaban a sus anchas.

Fue precisamente entonces cuando Carnahan y el ruso tiraron al fin la puerta de la vivienda de Ostrog, que quedó colgando de una de las ennegrecidas bisagras.

Me incorporé raudo y me acerqué a la puerta, meditando las palabras de aquel niño. Carnahan y el ruso me esperaban impacientes, interrogándome ambos con la mirada.

—Vamos a entrar —les indiqué con voz neutra.

Uno a uno penetramos en la deprimente casa. Ante nosotros se extendía un largo pasillo sin decoración e iluminación alguna, con puertas que daban a otras habitaciones, que desembocaba en una puerta cerrada. El ruso nos indicó que la habitación de Ostrog era la última y que nadie vivía en las otras. A medida que nos acercábamos, comencé a percibir un aroma dulzón que me mareó un poco. Vi que al sargento y al ruso les ocurría lo mismo.

—Esos asquerosos brebajes de Ostrog... —Makarov escupió en el suelo—. Por culpa de estos olores nadie me quería alquilar las habitaciones —se tapó la nariz con las manos.

—¿Había entrado usted aquí antes? —preguntó Carnahan, venciendo su repugnancia.

—Nunca, pero el olor de los brebajes de Ostrog se me cuela en la casa desde hace unas semanas.

Lo miré inquisitivamente.

—¿Nunca antes había olido esto? —le pregunté con cierta aspereza.

—Hasta hace unas semanas… Ya le digo, inspector. Habitualmente, esa mierda con la que Ostrog trabajaba solo se olía en este piso.

El ruso siguió andando. Yo me acerqué a Carnahan y le susurré:

—No es el olor a medicina lo que invade este piso... Es opio.

El sargento asintió con una leve inclinación de cabeza.

—Lo sé, inspector —precisó después—. He entrado en suficientes fumaderos como para reconocerlo a la legua —me confesó.

—¿Era adicto a alguna droga el doctor Ostrog?

Mi pregunta pareció desconcertar al casero, llegado en su día de la Rusia zarista.

—No… que yo sepa… —farfulló quien se teñía las canas con hollín negro—. Solo al vodka.

Nos aproximamos a la puerta y el ruso cogió el picaporte con una mano.

—Aquí comienza la habitación de Ostrog... Espero que ese matasanos no haya decidido suicidarse en ella...

Las palabras murieron en su boca nada más abrir la puerta.

Lo que había a continuación era un dormitorio normal y corriente, bastante lujoso por cierto, en contraste con lo visto

anteriormente. El señor Makarov parecía como si le hubiesen dado un golpe en la cabeza. Yo me adelanté y olfateé el aire. Sin duda alguna, el olor era de opio. Yo también había entrado en algunos fumaderos de opio de East End y el aroma me resultaba completamente familiar. Miré la alcoba.

No había nada que indicara que allí había residido un médico. Esperaba encontrarme con una mesa llena de extraños compuestos y libros, estanterías con medicinas, útiles de cirugía como mucho... Sin embargo, allí no había nada de eso. Casi toda la estancia estaba ocupada por una cama bien hecha, una estufa y una mesa con dos sillas. En esta última había un solo candelabro, que parecía ser la única fuente de luz de la sala, pues las ventanas estaban tapadas con unas largas cortinas negras, que impedían el paso de la luz natural. Había una mancha de vino en el suelo.

Pero he aquí que todo estaba espantosamente desordenado.

Miré con curiosidad profesional al ruso, que se hallaba completamente desconcertado.

—Apuesto a que no esperaba que la habitación fuese así, señor Makarov.

—No puede ser... —tartamudeó él.

—Desde luego, esta no es la habitación de un médico... —reflexioné en voz alta.

Me paseé por la sala y me detuve frente a la mancha de vino. Me agaché y la olisqueé unos segundos. Era de buen vino.

—¿Cree usted que Michael Ostrog podría permitirse un vino caro, de reserva? —inquirí sumamente intrigado.

Makarov abrió las palmas de las manos en significativo ademán.

—No..., de ninguna manera, señor inspector. Casi no podía pagarme el alquiler... Y ya le he dicho que solo bebía vodka —respondió con un hilo de voz.

Me incorporé y paseé con calma de nuevo por la sala. Miré el candelabro y reflexioné.

El candelabro era de dos brazos y sus velas estaban casi consumidas. No podría haber iluminado todo el cuarto desde aquella posición, solo la mesa. Por lo tanto, a Ostrog le interesaba sobremanera la oscuridad. Pero no podía ser; un galeno necesitaba tener buena luz para examinar pacientes... Entonces..., ¿a qué venían aquellas cortinas?

Ensimismado, torcí el gesto antes de hacer la siguiente pregunta.

—¿Recibía Ostrog a sus pacientes aquí?

—Casi siempre, excepto cuando había una urgencia, que acudía al lugar —observé que el ruso seguía desconcertado—. Aunque hace mucho tiempo que no recibe a nadie… —añadió tras soltar un leve suspiro.

¿Y el vino? El médico no podía costeárselo de ninguna manera. Si hubiese podido, no viviría en una casa como aquella. Otro detalle se me escapaba. La casa parecía no haber sido habitada en días... No entendía absolutamente nada.

En un momento dado, me acerqué a la estufa y abrí la portezuela de hierro forjado. Entonces fue cuando lo vi.

Había un compartimiento encima del lugar donde ardía el fuego. En él se podían apreciar los restos de unas hierbas que en el acto pude reconocer como opio. Miré el conducto por el que debía de subir el humo. Una parte de él había sufrido algunas perforaciones hechas con un objeto puntiagudo sin lugar a dudas. Por allí es por donde salía el humo cargado de opio. ¿Pero por qué razón? ¿Por qué un médico ruso que solo bebía vodka hacía desaparecer todos sus útiles de trabajo, consumía un vino que no podía pagar ni aunque trabajara toda su vida e inundaba toda su habitación de humo de opio? Sin embargo, no tenía respuestas, aún no...

Henry Carnahan me sacó de la profundidad de mis cavilaciones.

—Inspector..., ¿señor…?

Me volví lentamente hacia él.

El sargento estaba arrodillado al lado de la puerta y observaba algo en una de las paredes cercanas al marco de madera. Me acerqué a su posición.

—Mire usted, por favor.

Seguí su indicación y observé el lugar que me señalaba mi suboficial. Había unas extrañas marcas en la pared, como cuando se araña y se levanta la capa de yeso. Pero había algo más... Junto a las marcas descubrimos... sangre. Alguien había sufrido un golpe fuerte en aquel lugar. Era alguien que había intentado agarrarse desesperadamente a las paredes. Pero… ¿con qué fin?

Recordé las palabras del niño: "Los hombres de negro se lo llevaron". Se lo llevaron... Entonces fue cuando lo comprendí todo. Alguien había secuestrado a Ostrog.

No obstante, aquello no encajaba... La habitación tenía signos de haber sido habitada hacía algunos días. Nada cuadraba como debería...

Reflexioné cogiéndome la barbilla con la mano zurda.

—¿Cuánto hace que vio por última vez al doctor Ostrog, señor Makarov? —pregunté, al cabo de un pesado silencio.

—Ayer, inspector… Ya le digo, subía por la escalera y le perseguí para que me pagase el alquiler de una vez por todas. Pero él salió corriendo hacia arriba como alma que lleva el diablo... Y el otro día le vi subir con la prostituta de la que le hablé.

Intenté poner un orden lógico en mis confusos pensamientos.

—Dijo usted que hace unos días el doctor Ostrog anduvo armando escándalo, ¿no es así? —insistí meditabundo.

—Así fue como pasó, señor inspector —afirmó el eslavo tras carraspear dos veces—. Ya le comenté a usted y a su colega que salí afuera y le dije que se callase. Alguna vez solía darle al alcohol...

Interrumpí al gordo con un enérgico ademán de manos. Repasé la situación y de pronto encontré el cabo que me faltaba. Sin embargo, era una suposición absurda... Alguien le suplantaba. Alguien que no era ni médico ni ruso. Alguien que se esforzaba en esconderse de Makarov para no ser descubierto…

El doctor había sido secuestrado, todo lo indicaba. Y probablemente había sucedido el día de su supuesta borrachera. Luego, alguien que, por alguna extraña razón, necesitaba la habitación del médico la había ocupado haciéndose pasar por él.

Aquello no tenía sentido, pero era lo mejor que se me había ocurrido. No obstante, me faltaban aún tres indicios por encajar: el opio, la prostituta y los secuestradores. Caí en la cuenta y salí de la habitación. Carnahan y el ruso, totalmente desconcertados, me siguieron.

Me alejé de la vivienda y me dirigí a la otra casa, al apartamento de los niños y la mujer. Quería hablar con el niño de antes. Estaba claro que había visto el secuestro de Ostrog y quería preguntarle algunas cosas.

Llamé a la desvencijada puerta y un viejo desdentado me abrió.

—Perdone, señor, quiero ver al niño que estaba aquí antes...

Él movió la cabeza con cara de despistado y después se encogió de hombros. Era evidente que el viejo no entendía mi idioma. Makarov y el sargento llegaron para apoyarme.

—Déjeme a mí, inspector Abberline —Makarov se adelantó y habló con el viejo en una lengua extraña que me pareció ruso.

Al observar las miradas de temor que el viejo nos dirigió a Carnahan y a mí, deduje que Makarov le había dicho que éramos policías.

El anciano le respondió en ruso.

—Pregunta que cuánto le ofrece —tradujo Makarov, mientras hacía el universal gesto de dinero con los dedos.

—Cinco peniques, ni uno más —dije yo. Los saqué de mi bolsillo.

Esto no necesitó traducción alguna para el viejo, que se apoderó de ellos rápidamente. Se metió en la vivienda y al poco tiempo apareció con el niño. Oí como le gritaba a la madre algo que, según deduje, significaba que se estuviese quieta, al margen de todo. Agarré al niño de la mano y lo llevé aparte e indiqué a Makarov y al sargento que nos dejasen solos. Me arrodillé casi a su altura. Debía ganarme su confianza.

—Dime…, ¿cómo te llamas?

—Iván Kirov, señor —repuso el crío.

—Iván, necesito que me digas qué pasó la noche en que los hombres de negro se llevaron al señor Ostrog.

—Yo lo vi. No me podía dormir y miré por la ventana. Salieron de dos coches que se pararon en la calle. Eran muchos y estaban armados. Me escondí y así esos hombres no me pudieron ver.

Respiré aliviado. Los cinco peniques eran una excelente inversión para aquella fuente de información.

—Y dime…, ¿qué pasó? —quise saber.

—Los hombres subieron por la escalera y llamaron a casa del doctor… —el niño tragó saliva con dificultad antes de continuar su relato—. El doctor les abrió y ellos entraron. Oí golpes y gritos del doctor. Makarov le gritó desde su casa que se callara. Luego pararon los gritos, señor, y Makarov se metió en su piso.

—¿Y qué más? —inquirí con una sonrisa de oreja a oreja.

—Poco más, señor… —el crío abrió los ojos desmesuradamente al rememorar las imágenes y también para darse importancia—. Después los hombres aquellos salieron y bajaron al doctor a rastras… Lo hicieron por la escalera, señor... Lo metieron en uno de sus coches y se fueron —al terminar su testimonio, el niño miró hacia su casa, donde el sargento, Makarov y el viejo nos miraban con marcada curiosidad.

—Muy bien, gracias, Iván.

—¿Puedo irme ya, señor?

Acaricié su pelo y le guiñé un ojo.

—Sí, Iván…, pero antes toma esto —le puse en la sucia mano algunos peniques—. Dáselos a tu madre. Dile que es por las molestias.

Con cara de felicidad, el niño salió corriendo hacia la casa apartando al viejo de un empujón. Este se metió en su casa, refunfuñando no sé qué en su incomprensible idioma eslavo.

Hice una seña a Makarov y al sargento y, ya juntos de nuevo, bajamos las escaleras.

—¿Y…? —me interrogó Makarov, una vez que salimos a la calle y el sargento y yo nos disponíamos a marchar en la calesa que nos había traído hasta allí—. ¿Qué cree que pasa con Ostrog?

—Mire, señor Makarov, Michael Ostrog ha sido secuestrado y desconozco el porqué. Hay alguien que le suplanta en su casa, pero también ignoro el motivo. Le voy a confiar una misión. Vigile el piso de Ostrog y contacte conmigo en cuanto vea subir a alguien hacia allí, por mucho que se le parezca… ¿Entendido?

El casero ruso arrugó la frente antes de responder.

—Sí, inspector, lo que usted diga... Está claro como el agua. Tendrá noticias en cuanto sepa algo.

—Muy bien, que tenga buenos días, señor Makarov.

Monté en la calesa junto al sargento y el cochero apremió a los caballos. El carro avanzó por la adoquinada calzada.

3

(Nathan Grey)

Hacía varios años que me había instalado en East End. He de contar algo de mi pasado, que es, todo hay que decirlo, un tanto oscuro. He matado a muchos hombres y no me siento precisamente orgulloso de ello. Partí hacia África con solo veinte años alistado en el Ejército, con ansias de riqueza, de obtener una paga estable y de colonizar un continente de salvajes para la reina Victoria.

Reconozco que asesiné a mucha gente con mis manos y a distancia, con mi fusil reglamentario. A veces, cuando me miro en el espejo, aún puedo ver las salpicaduras de sangre en mi rostro, pues, poco a poco, he descubierto que la sangre es uno de esos líquidos que jamás desaparecen.

Un balazo en una pierna, que me dejó cojo para siempre en una de las batallas sostenidas en el Sudán, así como las ganas de paz me hicieron retirar con treinta años. Desde ese día, mis actividades con la pólvora se centraron exclusivamente en la caza mayor.

Inicié una apasionante y exótica aventura. Fui cazador de elefantes en Kenia, profesión que no me proporcionaba muchos beneficios. Es más, he estado a punto de morir más veces a manos de un animal salvaje que de un hombre armado.

Sin embargo, me enamoré del continente africano. De su gente y de sus tierras. Pero al cabo de un tiempo acabé renegando del orgulloso Imperio británico, que se esforzaba en destruirlo poco a poco a base de fuerza bruta. Todo el patriotismo que her-

vía en mi interior hacia el Reino Unido desapareció como por ensalmo cuando presencié como amigos míos —blancos y negros— y mi propia esposa fueron asesinados a manos de los soldados británicos. Los odié por haber muerto a mi mujer y acabé con muchos de ellos de forma cruel. Aquello fue un ojo por ojo. Al final comprendí que yo había obrado igual que ellos y, odiándome a mí mismo, abandoné África para siempre.

Estuve mucho tiempo vagando por Europa, yendo de aquí para allá, pero me decidí por volver a mi Inglaterra natal. Una vez allí, malviví como pude dedicado a la única cosa que sé hacer en este mundo: matar. Fui un sicario, un vulgar asesino a sueldo de millonarios que deseaban ver muertas a sus prostitutas amantes para que estas no comprometieran, con sus vástagos ilegítimos, la *sagrada* persona de mis acaudalados clientes.

Así llegué a la vejez y fue cuando conocí a Natalie Marvin.

Recuerdo a la perfección el día en que su madre, en el lecho de muerte, me hizo jurar que protegería a su hija y la cuidaría… Blanca de piel, ojos verdes y pelo castaño… no tendría más de doce años. ¡Éramos una extraña pareja, en efecto! Una niña de esa edad y un viejo asesino… En East End, una niña como ella solo tenía dos caminos posibles para su futuro por aquel entonces: o se casaba con un hombre de empleo estable o sencillamente se prostituía. Intenté alejarla del segundo camino durante muchos años. Debido a que conservaba todavía mi reputación y a que todos en Buck's Row me conocían, parecía haberlo logrado, pero... fue entonces cuando caí enfermo.

No sé qué matasanos fue el que me curó el balazo en la batalla en que lo recibí, pero me gustaría encontrármelo… Sufrí unas fiebres que me produjeron terribles calambres en las piernas y una parálisis casi total. En ese tiempo, nadie podía llevar dinero a nuestra casa, ya que mi estado me impedía trabajar. Natalie cuidó de mí como pudo, pero escaseaba el vil metal, por lo que... acabó prostituyéndose.

Jamás me perdonaré haberla arrastrado a esa vida que jamás pudo ya abandonar.

Poco a poco recuperé las fuerzas, aunque nunca volví a trabajar. Natalie lo hacía por los dos. Con el tiempo, ella conoció a otras chicas, también practicantes del llamado *oficio más viejo del mundo*, y juntas idearon el negocio al que me dedico ahora.

Ahorrando y tirando de mi antigua paga de soldado, alquilamos un piso de un edificio. Allí vivíamos todos, las seis chicas,

Natalie y yo. Mi trabajo era protegerlas de las bandas extorsionadoras, de los maníacos y, cómo no, de los borrachos. Así las cosas, vivimos largo tiempo en relativa paz, con un negocio que en realidad no nos llevaba a ningún sitio. Pero las chicas tenían un lugar al que poder ir, comida y protección, y eso me contentaba. Ni siquiera pensaba en qué sería de ellas cuando yo faltase…

Todo iba relativamente bien hasta aquel horrible día, aquel 7 de agosto de 1888 que odiaré de por vida...

4

(Natalie Marvin)

Cuando me levanté, era cerca del mediodía. Había estado lloviendo toda la noche y el barro se amontonaba en las calles, aunque ahora lucía un brillante sol que amenazaba con arrojar más lluvia contra la mayor ciudad del Reino Unido. Había vuelto de trabajar hacia las cinco de la madrugada. Nathan me esperaba, como siempre, despierto y alerta. Hasta he llegado a dudar de que mi viejo protector durmiese de verdad.

Abrí mi armario y me quité el camisón. Me miré en el agrietado espejo de la puerta izquierda y me dije: "Natalie, cada día estás más delgada". Cogí un corpiño verde oscuro con motivos florales y me lo puse, procurando que realzase bien mis pechos mientras ataba los lazos. Eso siempre solía atraer a los babosos de turno. Luego me coloqué una falda larga negra que solía acostumbraba a ponerme para trabajar, ya que esta se levantaba fácilmente y, como por dentro tenía mucha ropa de abrigo, impedía que el baboso averiguara si me estaba metiendo algo o si simplemente tenía su miembro entre mis calientes muslos. A esto lo llamábamos *el truco*. Tras dejar un profundo suspiro, saqué un desgastado cepillo del pelo. Me peiné mi largo cabello, que casi me llegaba a la cintura, y procuré que quedase decente. Después, salí decidida de mi habitación.

"La casa cada día está más en ruinas", pensé al observar los desconchones de las paredes y las múltiples grietas. En el techo seguía habiendo goteras y el agua que caía por ellas se recogía

en unos cazos que Nathan había colocado debajo. En el pasillo me encontré con Lizie.

—¡Buenos días, Natalie! —me saludó ella desde la puerta de su habitación.

Su nombre completo era Elizabeth. En el barrio era conocida como Long Liz, debido a su elevada estatura, pero las chicas y yo la llamábamos Lizie a secas. Su tez pálida y sus ojos grises le habían embellecido el rostro durante muchos años, aunque un hijo de la grandísima puta le deformó la parte superior de la mandíbula de una brutal paliza y le dejó su bonita sonrisa sin los dos incisivos de arriba, lo cual la avergonzaba mucho. Había emigrado a Londres desde Suecia y hablaba con fluidez el sueco, pero jamás nos contó nada sobre su pasado. Para resumir su carácter, he de decir que de tan buena que era, a veces era estúpida.

—Buenos días, Lizie —contesté a su saludo, esbozando luego una breve sonrisa.

—¿A qué hora llegaste anoche? —quiso saber ella.

—A las cinco o así… Me tocó un borracho que no veía ni a tres pasos de su nariz y me demoré un poco.

—Yo estuve con un hombre encantador...

—No empecemos, Lizie... —miré hacia el techo con resignación. Lizie se había enamorado varias veces de sus propios clientes. Eso es algo que toda mujer de la vida fácil tiene que prohibirse. Fruncí el entrecejo y ella pareció leerme el pensamiento.

—No es nada, Natalie —me tranquilizó en un susurro.

La puerta de la habitación de Martha se abrió y esta salió de ella. Bostezó y se arregló un poco el pelo. Lo llevaba recogido en un cómodo moño.

—Buenos días, chicas —saludó mientras se frotaba las legañas de los ojos.

Lizie cerró la puerta de su habitación.

—Hola, Martha —contesté mecánicamente.

Ella también estaba interesada por mis horarios.

—¿A qué hora llegaste anoche? —me preguntó tras bostezar una vez más.

—Tarde, hija... El viejo cazador blanco me esperaba sentado en la mesa de la cocina, como siempre... —las tres reímos con ganas. Ese era el apodo que le dábamos a Nathan.

—Un día me matará de un susto… —reconoció Martha con voz queda—. Ayer llegué a medianoche y estaba en la

cocina con la luz apagada. Os aseguro que me acojoné al ver su sombra.

No pudo menos que sonreír, comprensiva, al imaginar la escena: Nathan en la cocina fumando de su asquerosa pipa, entra Martha un poco bebida y haciendo eses... Y susto del viejo Grey a la mujer.

—Bajemos a desayunar, chicas. Me muero de hambre —propuse.

Las tres recorrimos el largo pasillo, que desembocaba en una destartalada escalerilla de caracol. Esta daba a la cocina-comedor y también a la salida del piso. Cuando llegamos a la cocina, los demás inquilinos del piso ya estaban sentados a la mesa.

Nathan había hecho té —que Martha había obtenido de un chino a cambio de sus favores— y un poco de pan tostado, que todos untaban en mantequilla. En la mesa estaban sentados Nathan, Mary, Annie y Polly. Les dimos los buenos días y yo, como todas las mañanas, besé a Nathan en su mejilla, curtida por la intemperie. El viejo me sonrió bajo su canosa y bien cuidada barba.

—Buenos días, chicas —dijo complacido por mi ternura, a la vez que se servía té en una vieja tetera de metal, que había conseguido en sus tiempos de soldado en el Sudán. Siempre creí que la había robado.

Me senté sobre un taburete, al lado de Nathan y enfrente de Mary. Martha y Lizie ocuparon dos sillas, una a mi lado y otra presidiendo la mesa delante de Nathan. Después alguien me pasó un pedazo de pan tostado. Con un cuchillo empecé a untarme mantequilla.

Annie bebía té con pequeños sorbos. Rondaba ya los cuarenta y siete años y estaba bastante obesa. Sus ojos eran azules y el cabello, castaño y corto. En el barrio le pusieron el sobrenombre de Annie *la Morena*. Era la única de nosotras que tenía un *sueldo fijo*, que procedía de lavar a un tipo que conocía. Había sido muy guapa de joven, pero los años —y la bebida— no la habían tratado bien. Lucía en la mano derecha tres ostentosos anillos de latón, regalo de su marido. Este había muerto hacía años, de modo que al quedarse sin su pensión, Annie se había visto obligada a recorrer las calles.

En realidad, excepto Mary y yo, las demás habían estado casadas y sus respectivos maridos las habían abandonado al

poco tiempo por su entusiasmo por la bebida o por la pasión a la bebida de los maridos, que para el caso daba igual.

Al lado de Annie, Polly mordía una tostada con la vista perdida. Se llamaba Mary Ann, pero era conocida como Polly. Tenía cuarenta y dos años, aunque debido a su cara simpática y juvenil, aparentaba diez menos de los que en realidad tenía. Su cabello era castaño, aunque en él habían comenzado a aparecer los primeros mechones grises.

Mirándolas como si no las conociera de nada, mordí mi pan tostado, distraída. Algo me pasó entonces. Un escalofrío me recorrió la espalda al fijarme en ellas. Parecía como si una inquietante sombra se hubiese cernido sobre mí. Sentía frío, igual que si un viento gélido me soplase directamente en la nuca. Me topé con la jovial mirada de Mary y la misteriosa sensación desapareció entonces.

Mary tenía solo un año más que yo y era casi una hermana para mí. En realidad, todo el mundo lo pensaba así, ya que, a fuerza de vernos tanto juntas desde pequeñas, nos confundían. Ella fue la primera chica que Nathan *adoptó* después de mí, por lo que la gente había empezado a creernos hermanas y a confundirnos. Al principio, Mary y yo nos enfadábamos con quienes nos confundían, pero con el paso del tiempo habíamos aprendido a ignorar el asunto e incluso respondíamos ambas a los nombres de Natalie y Mary.

—¿Algo te preocupa? —inquirió mi amiga al verme tan ensimismada.

Nathan me miró también de forma inquisitiva. Las otras chicas comenzaron a hablar animadamente.

—Nada... —repuse lacónica, mintiendo descaradamente.

En ese momento, Lizie preguntó en alto:

—¿Y Kate…?

Todas miramos al unísono a Nathan. El viejo se sobresaltó y se encogió de hombros.

—No ha dormido aquí esta noche… —nos comunicó con voz lúgubre.

Cundió el pánico entre nosotras. Todas nos levantamos, como empujadas por un resorte, hablando a la vez. Sabíamos cómo era Kate y también la forma en que se comportaba cuando estaba bebida, algo que, muy probablemente, había ocurrido esa noche.

Martha, nerviosa, se puso su chaqueta negra, que estaba colgada de un perchero situado junto al fuego.

—Yo iré a Bhisopsgate —afirmó decidida—. Seguro que todavía está allí.

—No lo creo… A la una expulsan a los borrachos —dijo Annie—. Lo sé por experiencia.

—Bueno, pues busca por los alrededores. No creo que haya ido muy lejos —opiné, alzando algo las cejas.

—Ya nos apañaremos —señaló Nathan, ceñudo—. Te acompaño, Martha —dijo a la vez que se ponía su gabardina de cuero negro.

Asentí con una inclinación de cabeza.

—Mary y yo nos quedaremos aquí por si vuelve. Que Lizie, Annie y Polly recorran la calle para ver si está tirada por ahí, en cualquier esquina —propuse con voz grave.

Polly admitió mi plan de acción mientras cogía su chaqueta verde botella.

—Descuida, Natalie, que así lo haremos… ¡Ay! —se lamentó—. ¡Ojalá que no le haya ocurrido nada!

Era habitual que Kate bebiese más de la cuenta y la arrestaran sin más por escándalo público. O eso o que pasase la noche tirada en la calle, medio muerta de frío y con la humedad calándole los huesos.

Nathan y Martha se dirigían hacia la puerta cuando esta se abrió de par en par y Kate Eddows apareció en el umbral, bamboleándose de un lado a otro y con una botella de quién sabe qué bebida alcohólica en la mano diestra. Se reía a carcajada limpia.

—¡Buenos días! —exclamó jovial, echándose a los brazos de Nathan, quien, evitando su apestoso aliento, la sostuvo entre los suyos y la sujetó por los sobacos. Ella volvió a reírse a mandíbula batiente.

Martha le lanzó una mirada de reproche y cerró la puerta, no sin antes echar un ojo al descansillo para ver si alguien había acudido al oír el escándalo.

Kate se dejó caer pesadamente en una silla.

—¡Puta! ¿Dónde estabas? —le preguntó Annie—. Nos habías asustado.

—¡Pero ya estoy aquí! —gritó Kate eufórica.

—Ya te vemos... —repliqué en tono áspero.

En el ínterin, Mary y Lizie se reían por lo bajo. Yo estallé soltando mi ira contenida.

—¡No le riáis las gracias! ¡Esto no la tiene! —bramé molesta.

Nathan, que asistía a la escena con cara de póquer, intervino al fin.

—Anda, Martha, sube a esta borracha hasta su habitación y que se acueste inmediatamente —señaló con el brazo estirado hacia arriba—. Vuelve aquí después, que tengo que hablar con todas vosotras —añadió serio y un tanto misterioso.

Por el rostro preocupado, así como la forma en que se mordía el labio inferior, deduje que de nada bueno se trataba.

Martha condujo a la *alegre* Kate hasta su habitación y, después de acostarla, volvió abajo mientras ladeaba la cabeza. Sin más historias, las seis mujeres que quedábamos nos sentamos a la mesa. Nathan nos miró primero una a una y luego a todas en conjunto. Tenía el rostro contraído por una desagradable mueca.

—Veréis, chicas... —farfulló, mientras profundas arrugas surcaban su despejada frente—. Han dejado de pasarme la paga de soldado.

Aquello nos dejó heladas. ¡Subsistíamos gracias a ella!

—No puede ser... Eres un veterano herido en combate —repuse muy apesadumbrada.

—Ya... —musitó—. Parece que han descubierto mi supuesta muerte... Al menos la identidad que usaba para recibir mi paga debe haber muerto... —su palidez se acentuaba por momentos—. Y el casero ha subido esta mañana a por el pago del alquiler y no he podido pagarle... —tragó saliva con mucha dificultad—. Menos mal que aún me tiene miedo, pero lo que yo temo ahora es que un día de estos venga con las autoridades... Ya me entendéis...

Un silencio sepulcral se coló entre nosotros. Tras unos segundos de vacilación, fue Lizie quien lo rompió.

—¿Y qué hacemos entonces? —preguntó como si hablara consigo misma—. ¡Estamos arruinados! —exclamó alzando las manos.

Mary tomó la iniciativa con voz muy firme.

—No, chicas, de eso nada... Ahora tenemos que hacer la calle más que nunca. Creo que podemos reunir el dinero suficiente para pagar el alquiler de otros tres meses.

—¿Y Kate? —preguntó Polly, desviando la mirada hacia arriba.

—¡Deberá ahorrar, como todas! ¡Basta de gastárselo todo en borracheras! —rugió Martha.

—Cuando se levante, hablaré seriamente con ella —afirmó Lizie.

Nuestro protector pareció recuperar el color.

—Bien, confío en vosotras —se levantó y fue hacia un tarro de cerámica que guardábamos en una repisa en la cocina. Todas sabíamos qué se disponía a hacer. Las chicas se miraron nerviosas.

Nathan subió las escaleras y fue hacia su habitación. Yo le seguí.

Cuando entré en su alcoba, el viejo Nathan estaba ante un gran armario que hacía mucho tiempo que no había sido abierto y que cerraba un sólido candado de metal. Me oyó llegar, pero no me miró. Introdujo una pequeña llave en el candado, la giró y este se abrió sin problemas. Lo sacó de la cerradura y lo dejó sobre su cama. Después abrió el armario de par en par y observó su interior.

Una larga escopeta de caza de dos cañones se encontraba colocada en la pared de fondo del armario, sujeta por dos pequeñas perchas de metal. Abajo, un rifle Winchester 44 de palanca estaba dispuesto de la misma forma, y debajo de este descubrí el resto del insospechado arsenal, compuesto por una escopeta recortada de dos cañones, un reluciente revólver de cañón largo y un gran cuchillo Bowie introducido en una vaina de piel. En unas cajas de madera, había cientos de cartuchos de banda roja.

—Nathan, por favor, no lo hagas —le rogué con un hilo de voz. El aludido colocó sus manos en el marco del armario y se apoyó en él, sin mirarme aún—. Has tenido mucha suerte hasta ahora... Pero ¿y si te pillan? —no me contestó—. Has perdido tacto, puntería... No eres tan joven como antes... —él rebuscaba de nuevo en el armario—. ¿Qué ocurrirá si te atrapan? —insistí, angustiada—. ¿Qué será de nosotras, Nathan? ¿Ya has…?

Un característico chasquido me interrumpió. Nathan sacó la escopeta, abierta por la mitad. Luego introdujo dos cartuchos y la cerró con un golpe seco que me heló la sangre.

—Necesitamos el dinero ya —afirmó en tono frío.

—Las chicas y yo haremos la calle, Nathan —repuse al instante.

—Natalie, yo te arrastré a esto… ¿No lo ves? —masculló—. ¿No te gustaría haberte casado?, ¿haber tenido hijos?, ¿vivir en una cómoda casa, sin tener que estar acostándote con borrachos y marineros por unos cuantos peniques? —Nathan se sentó en

la cama, cabizbajo, los labios muy prietos, con la escopeta en las rodillas.

Repentinamente enternecida por todo lo vivido con él, me senté a su lado y le puse las manos sobre el antebrazo derecho.

—Si hice todo esto, es porque eres como mi segundo padre, Nathan, y te quiero como a tal… —lo abracé con cariño y le quité la escopeta de las manos. No ofreció la más mínima resistencia. Introduje el arma larga de fuego en el armario, cerré las puertas y me quedé con la llave por si acaso—. Vamos a acabar de desayunar... —le dije con suavidad, y salimos los dos de la habitación cogidos de la mano.

Dejé escapar un largo suspiro de alivio. Había logrado frenar a Nathan por un corto período de tiempo, pero... quién sabe si no necesitaríamos que Nathan volviese de nuevo a su antiguo empleo de asesino a sueldo…

5

(Natalie Marvin)

Eran cerca de las seis de la tarde, y las chicas y yo nos habíamos reunido en una fuente cercana a nuestra calle. Estábamos aseándonos y bromeando, como siempre. Kate, ya recuperada de su borrachera, se encontraba también allí.

—Ahora, chicas, debemos hacer la calle como nunca lo hemos hecho —dije con firmeza—. Necesitamos el dinero… —miré severamente a Kate—. Y nada de alcohol, ya sabes… —le advertí.

Se hizo la ofendida con un gesto de rechazo de su mano izquierda.

—¿Me tomas por una borracha? —inquirió agria.

Se nos escapó la risa gansa.

—Chicas, no contéis con mi coño para esto... No me veo capaz —señaló Polly.

Annie hizo el comentario del día.

—¡Tonterías! ¿Ahora te haces la remilgada? ¡Si luego eres la más zorra de todas nosotras!

Las chicas se rieron. Yo sonreí. No me apetecía mucho reír; seguía temiendo por las ideas que pasaban por la cabeza de Nathan.

—Bueno, chicas, al trabajo —dijo Martha, echándose un raído chal de lana sobre los hombros.

Nos separamos de la fuente y cada una tomó una calle. Me giré y vi que Martha se dirigía a Whitechapel Road hacia abajo.

El escalofrío volvió a sacudirme mientras la miraba...

Recorrí la solitaria Christian Street cuando ya era de noche. Me habían tocado cuatro tipos. Los dos primeros estaban tan borrachos, que pude hacerles *el truco* sin ninguna dificultad... Pero los últimos estaban bien sobrios y debía trabajar en lo mío. Saqué por ello una buena prima.

Veía ya el final de la calle, que se había quedado vacía misteriosamente. No había luz, salvo la que proporcionaba una delgada farola de gas en mitad de la acera derecha. Precisamente estaba entrando en el círculo de luz cuando dos manos me agarraron de los brazos y me empotraron contra la pared más cercana. Me dolió.

Alguien me cogió del cuello y me colocó algo frío y metálico en él. Grité, pero el tipo que me cogía me apretó el objeto metálico contra la yugular. Sentí un agudo pinchazo en la piel.

—¡Ah! Es esa zorra de Natalie Marvin… ¿Verdad, Joe? —dijo el que me agarraba del cuello.

Una risotada identificó al tipo que me había empotrado contra la pared. Sin duda, era Joe Shaw, un matón de los McGinty. Y el tipo de la navaja era...

—McGinty... —lo reconocí en voz baja.

—¡Ah, Joe! —exclamó aquel desgraciado—. ¡Parece que la puta me conoce!

—¿Cómo no iba a reconocerte, gusano? —replicó Shaw.

Recobré mi coraje. Los conocía y no me daban miedo pese a la proximidad de un arma blanca en mi cuello. Para demostrarlo, escupí al suelo mi rabia.

McGinty se rió, enseñando su dentadura en mal estado.

Ambos eran de una banda que operaba en todo Whitechapel y sembraba el terror entre las prostitutas y los judíos comerciantes. Exigían *peajes* para pasar por las calles, mataban, violaban... No obstante, mi seguridad se debía a que, aunque hacía mucho tiempo que no veían a Nathan, sabían que el viejo existía y que no toleraba que nadie tocase a su hija adoptiva. Le temían todavía y, gracias a ese miedo, las chicas y yo podíamos sentirnos seguras.

—¿Qué queréis? —inquirí con aspereza.

Ellos me arrastraron hasta el círculo de luz de la farola. Pude verlos bien. El gigantesco Joe me agarró entonces los brazos y me los sujetó en la espalda. McGinty ofrecía el mismo aspecto de siempre, con su casaca negra y sombrero de copa de imitación. Le hacía ilusión parecer un rico caballero, por eso se peinaba con grandes cantidades de aceite y se cuidaba la perilla de chivo

como si de un hijo suyo se tratase. Sin embargo, su hablar barriobajero le delataba enseguida.

—Tus amigas y tú no trabajáis para nosotros... Y eso no está bien —me respondió McGinty en tono hostil—. Tenéis que trabajar para nosotros —insistió.

—No está nada bien... —coreó el gorila.

"Trabajar para nosotros" significaba que una parte de los beneficios que ganásemos —una parte desorbitante— debíamos entregárselos a McGinty y a su banda a cambio de protección.

—No, gracias —repuse convencida de mis frías palabras—. El viejo Grey nos protege. No os necesitamos para nada.

Me zafé de los brazos del gigantesco Joe y miré a McGinty con descaro.

—Es la última vez que os ofrezco mis servicios, y tanto tú como tus amigas me habéis rechazado... Y eso no me gusta, Natalie —McGinty se acercó a mí y me apuntó con la navaja—. Me parece que voy a tomar por la fuerza lo que no me quieres dar por derecho.

—¡Y una mierda derecho, McGinty! ¡Yo...! —no pude articular una sílaba más porque McGinty me soltó una bofetada.

Caí al suelo y gemí de dolor. McGinty se acercó a mí y se arrodilló, colocándose a mi altura.

—No te he mandado que hables, zorra —masculló irritado. Su cara estaba tan cerca de la mía, que podía aspirar su aliento a alcohol barato y a ajo—. Quiero que me paguéis, Natalie. Quiero que me deis cuatro libras cada una...

Puse los ojos como platos ante tal exigencia económica.

—¡Estás loco, McGinty! —recibí otra bofetada.

Él se inclinó sobre mí.

—Ahora nos vas a hacer unos cuantos *favores* a mi amigo Joe y a mí, y gratis, claro, zorra... O te cortaré esa preciosa garganta… —me amenazó ladeando su navaja—. ¿De acuerdo? —me colocó la navaja en la garganta y vi como se desabrochaba el cinturón con la otra mano.

—Adelante, grita... —me retó. Tenía el rostro ansioso de deseo—. Nadie te oirá.

—Grey se enterará de esto, McGinty... Ya lo verás… —lo avisé con toda la sangre fría que pude reunir.

McGinty soltó una larga carcajada.

—¡El viejo Grey! —exclamó despectivo—. Ahora estate quietecita que vas a saber lo que es un hombre de verdad.

Se aproximó a mí e intentó levantarme la falda.

Horrorizada al comenzar a sentir el gran miembro erecto de McGinty golpeándome las piernas, busqué con las manos y a tantear el suelo en busca de algo que me ayudase. Las manos de McGinty se movían con endiablada rapidez por debajo de mi corpiño con refuerzos verticales. Su nauseabundo contacto con las manos y su repelente aliento dieron alas a mis manos, que tropezaron por fin con algo sólido en el suelo. Era una botella vacía.

Decidida a todo, la cogí por la boquilla y la estallé en el rostro de McGinty. Los cristales se clavaron en su cara y el golpe repentino lo dejó aturdido por unos instantes, que yo aproveché muy bien.

Mientras el jefe se retorcía de dolor en el suelo, me levanté y salí corriendo callejón abajo. Joe Shaw intentó agarrarme, pero esquivé sus grandes brazos. La salida de la calle estaba cerca. Oí entonces la voz de McGinty a mis espaldas.

—¡Atrápala, Joe! ¡Atrapa a esa zorra! —gritaba, mientras gemía de dolor.

Oí el resoplar de Joe detrás de mí.

"Me atrapará", pensé. Corrí con todas mis fuerzas y salí de la calle. En ese preciso instante me di de bruces contra un policía que hacía la ronda por allí. También se llamaba Joe.

—¿Qué es esto? —exclamó el miembro de la autoridad, sorprendido y sacando de inmediato su porra.

—¡Ese hombre, agente! ¡Quiere matarme! —grité de miedo.

Shaw intentó hablar, pero el policía le propinó tal golpe con la porra en el estómago que incluso a mí me dolió. McGinty salió del callejón tapándose la cara sangrienta y tambaleándose, pero también se chocó con el policía. Aproveché ese momento para escapar. Oí los gritos de McGinty mientras huía del control del agente del orden público:

—¡Te acordarás de esto, Natalie Marvin!

No paré de correr hasta que reconocí los destartalados edificios de Whitechapel Road, adonde llegué al fin sin resuello. Me apoyé en una esquina e intenté recuperar el aliento.

Alguien me tocó el hombro. Me sobresalté mucho. Di un salto hacia delante y me giré. Era Martha.

—¡Joder, Martha! —exclamé mitad indignada mitad aliviada.

Al verme jadeando y temblando de pies a cabeza, Martha me preguntó preocupada:

—¿Qué te pasa?

No pude más y me abracé a ella llorando. Había pasado mucho miedo. Había estado a punto de morir, pues no dudo que McGinty me hubiese degollado allí mismo. Martha me consoló y terminé por contársele todo.

—¡Hijos de puta! —los maldijo ella y escupió luego sobre el suelo su rabia.

—Por favor, Martha, te lo ruego, no le digas nada a Nathan… —imploré, mientras seguía abrazada a mi compañera de oficio—. Sería capaz de cometer una estupidez y...

—No tienes que explicarme nada, Natalie. No te preocupes —convino con una sonrisa forzada—. No le diré nada. Pero tú tienes que esconderte. Te quedarás unos días en casa hasta que McGinty olvide esto… Te acompañaré hasta allí.

Me cogió del brazo y me llevó al piso que compartíamos con seis personas más. Nathan nos vio entrar y preguntó por qué veníamos tan pronto. Martha le contó que no había mucha gente. Saqué el dinero que había recaudado y lo guardé en el hueco, bajo la consabida tabla suelta. Subí a acostarme, no sin antes dar las buenas noches a Nathan y a Martha.

Ya en mi habitación, desvestida y mirándome al espejo, todavía me temblaban las piernas. Había tenido una fría navaja en mi cuello y no era una experiencia agradable.

Oí la puerta de la calle y supuse que Martha había vuelto a salir. Miré por la ventana y la vi subir por Buck's Row y pasar por delante del cementerio judío.

No lo supe en ese momento, pero más tarde me di cuenta de que esa fue la última vez que la vi con vida…

6

(Inspector Frederick G. Abberline)

El secuestro de Ostrog y la misteriosa metamorfosis de su piso ocupaban mi mente desde el día en que visité el deprimente inmueble de Makarov. No lograba dormir. Algo me decía que era un suceso importante, seguramente consecuencia de otro mayor... No obstante, no sabía interpretar esa pista.

Recuerdo perfectamente aquel 7 de agosto. Me acababa de despertar en mi despacho de la comisaría del distrito. Como siempre, me había dormido haciendo un informe, con la cabeza apoyada sobre él. El informe era el del doctor Ostrog.

Sobre mi escritorio yacía el reloj del sargento Carnahan, que debía reparar. Se le había soltado un engranaje, pero tenía fácil solución. He olvidado comentar que, antes de ingresar en la Policía, yo me dedicaba a arreglar relojes. Una vez entré en el cuerpo, algunas veces lo hacía con los de mis compañeros por puro hobby, una simple distracción, sobre todo cuando no me hallaba metido hasta las cejas en un caso.

Ese día me dolía el cuello, una señal inequívoca de la mala postura en la que había dormido. La lámpara de petróleo de mi mesa de trabajo estaba encendida. Me desperecé y estiré los brazos para desentumecerlos. Apagué la lámpara y me levanté.

La puerta de mi despacho se abrió entonces, y Henry Carnahan entró en el oscuro despacho y me miró. Las cortinas que taponaban el ventanal estaban aún corridas.

—¿Durmiendo en el despacho otra vez, inspector? —preguntó, por decir algo.

Me dolía mucho el cuello, así que me limité a ignorar el banal comentario.

El suboficial atravesó la estancia y abrió las cortinas de par en par. Quedé cegado ante la luz. Instintivamente, me protegí los ojos con una mano.

—¡Sargento! —protesté con voz áspera.

—Inspector, su torturada y oscura alma necesita un poco de luz solar... Debería salir más a menudo del despacho, inspector, ya que su tono de piel es más pálido día a día —me recomendó con cierta sorna.

Solté un bufido de protesta.

—Muy gracioso, como siempre, sargento… Si no fuese porque sin usted no tendría quien acabase este maldito informe, haría que le destinasen a la City de patrulla —señalé con el índice derecho en la dirección correcta. Había confianza entre nosotros para bromear.

Él dejó escapar una suave risa.

—No me disgustaría, pues hoy hace un día precioso para patrullar —repuso sonriente.

Después se sentó ante la máquina de escribir y le pasé el informe. Se colocó como lo haría un maestro de piano ante su instrumento y comenzó a teclear con su habitual parsimonia.

—¿Se sabe algo de Ostrog, inspector? —quiso saber, aunque sin apartar la vista de lo que escribía.

—Nada... —me encogí de hombros—. He mandado analizar las hierbas secas de la estufa y, efectivamente, eran de adormidera —afirmé, mientras observaba el techo del despacho—. Y, además, de muy buena calidad, sargento; exportadas, me atrevería a decir… No son del tipo de forraje que los chinos venden en sus fumaderos —añadí a media voz, igual que si hablara conmigo mismo.

—¿Y qué hay de Makarov, señor?

—No ha vuelto a ver a Ostrog. El apartamento continúa vacío —dije yo, paseando por el despacho—. Como ve, seguimos en un callejón sin salida... y sin respuesta alguna, claro.

La puerta de mi despacho se abrió bruscamente y el alto agente Mason apareció en el umbral. Aquel hombre había compartido con Barrett el puesto de secretario a mi servicio y, al contrario que su ex compañero, prefería mantener su puesto. Jadeaba y venía nervioso. La expresión preso del pánico sería más exacta.

—¡Inspector! —exclamó al entrar.

Fui derecho hacia él.

—¿Qué pasa, Mason?

—¡Dios santo, inspector Abberline! —me dijo el agente—. ¡Ha habido un asesinato, inspector, al final de la calle! —el agente estaba tan alterado, que no encontraba palabras—. Una mujer... —farfulló—. Dios mío, inspector, tiene usted que ir allí… —musitó horrorizado—. ¡Le juro que parece obra del demonio...!

Abrí los ojos desmesuradamente ante semejante conclusión.

—Vamos al lugar de los hechos —ordené en tono grave.

Cogí de la percha mi gabardina. El sargento abandonó su escritorio, descolgó la suya y me siguió.

En la puerta de la comisaría nos esperaba un coche policial que venía de otra misión. El conductor era el agente Lancaster.

—¡Buenos días, inspector, sargento y Mason! —saludó el orondo cochero—. ¿Adónde quieren que les lleve mi humilde persona?

El suboficial y yo entramos en el carruaje. Oí como Mason le daba las señas a Lancaster antes de hablar.

—¡Al 37 de George Yard Buldings! —bramó—. ¡A toda prisa, Benjamin! —añadió de forma impulsiva.

Mason se introdujo en el coche y cerró la puerta. Lancaster apremió a los caballos y estos, tras un poderoso relincho y un suave caracoleo, avanzaron a toda prisa calle arriba, mientras Lancaster gritaba desaforado:

—¡Apártense! ¡Acción policial!

Los transeúntes esquivaban a duras penas el carruaje de la Policía.

Cuando llegamos, un numeroso grupo de personas se agolpaba a la puerta del número 37 de los edificios George Yard Buildings. Vislumbré a algunos agentes a la vez que intentaba apartar a la multitud de impenitentes curiosos que allí se había congregado.

Lancaster hizo detener a los caballos, que ya soltaban espumarajos por el esfuerzo realizado, cosa que logró justo ante el número 37. Mason, el sargento y yo nos apeamos.

—Espérenos aquí, Benjamin —ordené al cochero.

Me hizo una señal con la mano indicándome que así lo haría, y el sargento, Mason y yo nos aproximamos con paso firme al edificio. La multitud nos impedía el paso.

Entre los servidores del orden público reconocí al agente Barrett. Lo llamé a gritos, intentando alzar la voz más que los molestos curiosos. El policía me oyó.

—¡Inspector! —gritó. El agente trataba de impedir el paso a una vieja malhumorada—. ¡Muchachos! —llamó luego a sus compañeros—. ¡Abridle paso al inspector!

Los agentes se lanzaron contra los curiosos y los apartaron sin miramientos, empleando sus porras como barreras. Cuando el camino estuvo por fin expedito, Carnahan y yo entramos en el edificio. Me giré entonces hacia Mason.

—¡Usted quédese! —le ordené en voz alta—. ¡Ayude a Barrett a contener a toda esta gente! —tuve que gritar aún más para hacerme oír en medio de aquella barahúnda urbana.

Mason asintió dos veces con la cabeza.

—¡De acuerdo, inspector! —gritó él. Me di la vuelta, pero Mason me habló y debí girarme—. ¡Una cosa más, inspector! ¡El doctor Phillips ya está allí arriba!

—¡Gracias, Mason!

El susodicho agente se unió a los otros en su esforzado intento por refrenar a la multitud.

Subimos unas destartaladas escaleras repletas de agentes y llegamos al primer piso.

Lo primero que vi fue una zona acordonada por policías y varios tipos alrededor de ellos, que lanzaban fogonazos con los flashes de magnesio de sus cámaras fotográficas. Eran los inevitables periodistas, miembros de la *canallesca*, en busca de su botín informativo.

El sargento y yo nos aproximamos a la zona acordonada, y dos policías nos franquearon el paso mientras saludaban.

Recibí varios fogonazos de las cámaras. Contrariado, torcí el gesto.

—Sargento, eche de aquí a esta gente —le ordené a Carnahan.

El aludido se dirigió a los chicos de la prensa londinense y, ayudado por dos agentes, los desalojó sin contemplaciones del piso, entre protestas, llamaradas bastante luminosas de más flash de magnesio e insultos de todo tipo.

Detestaba a los periodistas. Sencillamente, los odiaba. No hacían más que dar la alarma en todas partes sin contar la verdad. Solo buscaban noticias con morbo y sangre, mucha sangre…

Lo primero que vi al acercarme al lugar de los hechos fue al doctor Bagster Phillips, el forense de la División H y encargado

de la zona de Whitechapel, arrodillado en el suelo frente a una especie de masa sanguinolenta. También reconocía allí a Maguire, el fotógrafo del Departamento de Investigación Criminal, lanzando fogonazos a la masa sangrienta y cambiando la mecha adosada al magnesio tras cada nueva llamarada de su flash.

Me acerqué a la escena del crimen. Con una inclinación de cabeza saludé a Maguire y descubrí que las paredes que rodeaban a lo que parecía el cadáver de una mujer estaban manchadas por completo de sangre, al igual que el suelo donde se encontraba depositado el cuerpo de la desdichada. Phillips se levantó y se quitó los guantes blancos que llevaba puestos.

Aquel forense —junto con el sargento Carnahan y el viejo Donald Swanson— era una de las personas que yo más admiraba en el mundo. Rondaba los cincuenta años y aún seguía al pie del cañón, observando cadáveres y abriéndolos para hallar las causas de su muerte. Era un hombre imperturbable, acostumbrado a ver tantos horrores a diario, que uno más no le sorprendía mucho. Asimismo, era la única persona del cuerpo de Policía que, después de abrir en canal a un cadáver degollado y sin media parte del rostro, podía irse tranquilamente a comer una sabrosa porción de carne a la cafetería de Larry.

—Hola, Fred —me saludó cordial.

—Buenos días, doctor… Dígame…, ¿qué tenemos hoy? —examiné el cadáver.

Oí como el sargento Carnahan se acercaba a la escena del crimen y cómo al ver el cadáver reprimía una sonora arcada.

El doctor, siempre imperturbable, se arrodilló otra vez junto a la mujer asesinada y me invitó a acompañarlo. Me situé junto a él. Yo también había vista muchas cosas horribles durante mis años como policía, pero he de reconocer que aquello era un espectáculo realmente pavoroso que superaba todas mis previsiones.

El forense hizo un atroz resumen del caso que teníamos ante nuestras dilatadas pupilas. Su voz era totalmente impersonal.

—Veamos… —carraspeó una sola vez—. Mujer de raza blanca, de unos treinta y seis años de edad. Destripada casi por completo... Hemos recogido las vísceras y las hemos metido en ese cubo —señaló un recipiente de metal lleno de sangre—. Es muy interesante, Fred.

—¿Qué hacemos? —quise saber—. Podemos trasladar el cadáver hasta el depósito... Podemos intentar que el jefe Swanson consiga el permiso del supervisor —propuse con voz queda.

—He mandado traer una ambulancia y ya he hablado con él. Le he ordenado al supervisor del depósito que prepare una mesa y nos espere… La analizaremos allí —me dijo Phillips.

Nos levantamos los dos cuando dos agentes envolvían el cadáver en una lona.

—¿Quién lo ha descubierto? —pregunté interesado.

—Ese hombre, inspector —Carnahan señaló con su brazo derecho a un hombre pálido que estaba sentado en la escalera del piso, al lado de dos agentes. Uno de ellos le tomaba declaración. Lo llamé y él, un tanto cohibido por la dramática situación, se acercó lentamente a nosotros.

—Es John S. Reeves, señor, de profesión estibador. Vive aquí y la encontró esta madrugada, a las seis, cuando salía a trabajar. Localizó al agente Barrett por las inmediaciones y este nos avisó. Eso es todo, inspector —concluyó el suboficial.

"Buen comienzo para Barrett, primer día, primer crimen", pensé.

—Buen trabajo, sargento —aprobé, mirándolo—. Lleven al señor Reeves a la comisaría para que preste declaración por escrito... y también al agente Barrett —ordené en tono profesional.

—Sí, inspector, lo que usted diga —convino Henry Carnahan.

Este se volvió e hizo una seña a un agente, cuyo apellido no recordaba, que, junto a Barrett, condujo al tembloroso Reeves escaleras abajo. Fue entonces cuando un intenso griterío femenino se dejó oír por las escaleras. Fui a ver qué era aquello, cuando casi me tropecé de bruces con seis mujeres seguidas de varios agentes, entre ellos Mason, quien gritaba:

—¡No se puede pasar, señoras! ¡Es un escenario policial!

Una de las féminas, joven, agraciada y castaña, se encaró al instante conmigo.

—¿Es usted el que está al mando aquí? —preguntó, mientras me atravesaba con la mirada.

—Eso creo —enseñé una sonrisa forzada—. Deben abandonar este piso y...

La chica me interrumpió. Era bastante guapa y descarada y, por su vestimenta, prostituta.

—Nuestra amiga ha desaparecido y... —no pudo continuar; al toparse con el rostro de la mujer muerta, que los agentes estaban tapando, las lágrimas afloraron en sus ojos.

Una de las otras mujeres de la calle exclamó:

—¡Oh, dios! ¡Es Martha!

Hubo un murmullo creciente de horror.

—¡La han matado! ¡Dios mío! ¡La han matado! —gritó otra.

Miré a la joven que había comenzado a llorar en silencio. Otra chica se acercó a ella y le murmuró palabras alentadoras.

—Tranquila, Natalie... Ahora ella ha escapado de toda esta mierda...

—¿Era amiga de ustedes? —pregunté con interés.

—Sí —me respondió una mujer obesa—. La pobre Martha era un buena persona... ¡Que hijos de puta! —desconsolada, rompió a llorar.

Asentí con gravedad con una leve inclinación de cabeza.

—¿Saben su apellido? —inquirí, repasando todos los rostros femeninos.

El sargento y el doctor se acercaron a mí. El primero sacó una libreta y apuntó.

—Tabram —articuló la gorda, tragando después saliva con dificultad.

—Tienen mis condolencias, señoras. Yo...

—¡Al diablo sus condolencias! —gritó la chica que me había hablado con descaro la primera vez y que se hacía llamar Natalie—. ¿No sabe quién la ha matado? ¡Ha sido McGinty! ¡Vaya a por esos cabrones y arréstelos, maldito gilipollas! —escupió su rabia e impotencia. La joven lloró amargamente y las demás intentaron calmarla.

—Discúlpela, inspector —me dijo una mujer alta de ojos grises con acento extranjero—. Está muy afectada.

Pasé por alto lo que me había llamado.

—Tienen serias sospechas de que la banda de McGinty ha cometido este crimen… ¿No es así? —afirmé más que pregunté. La mujer asintió en silencio—. Pueden testificar contra ellos... —añadí, pero con muy poca convicción.

—¡Ja! ¡Eso es un suicidio! —gritó una de ellas—. ¡Nos matarían a todas!

—¡Kate! —le reprendió la extranjera.

En ese momento, los agentes levantaron el cuerpo de Martha Tabram, envuelto en la lona, y lo transportaron escaleras abajo. Las mujeres se apartaron respetuosas y llorando.

—¿Nos darán el cuerpo? —preguntó la gorda.

—Debemos llevarlo al juez de instrucción y preparar los trámites. Dejaremos que lo entierren después —repuse al instante.

Las mujeres se marcharon con su dolor. Bagster Phillips me miró gravemente mientras observaba la mirada iracunda de la chica castaña.

—Mala idea, Fred... —sentenció el forense.

—¿El qué? —pregunté ensimismado.

—Esas mujeres... —susurró con voz apenada—. Si los McGinty van tras ellas, no tienen posibilidad de escapar —concluyó lapidario.

—Podríamos arrestarlos sin duda alguna... —opiné en voz baja.

—Sobornarán a otro funcionario del juzgado y los verá salir en tres días por la puerta, satisfechos de su hazaña, inspector —dijo el sargento—. Solo hay una manera de librarse de esos cabrones, señor, y eso, claro, conlleva un gasto serio de balas —apuntó circunspecto.

Los ayudantes del doctor acabaron de limpiar la mancha de sangre y de recoger todos los restos de la difunta.

Una extraña desazón me invadió. Recordaba con claridad la mirada que la chica de cabello castaño me había dirigido al salir... No se me iba de la cabeza. No podía saberlo aún, pues ignoraba a esas alturas lo mucho que aquella mujer iba a cambiar mi vida.

El doctor Phillips, el sargento y yo comimos en la cafetería de Larry. Era la más próxima a la comisaría y, por lo tanto, la única a la que los policías de permiso nos acercábamos a beber o comer.

El lugar estaba literalmente infestado de agentes de las Divisiones H y J y también de inspectores de los distintos departamentos. Todos almorzaban o tomaban alguna bebida alcohólica sentados en taburetes frente a la barra, o bien frente a mesas empotradas en la pared, como hacíamos nosotros.

El sargento no había olvidado la tremebunda imagen del cadáver de la mujer, por lo que casi no probó bocado. Su estómago se lo tenía prohibido… Abstrayéndonos de aquella carnicería lo mejor que podíamos, el doctor y yo tomamos una suculenta porción de carne a la plancha que el forense comió con deleitación y que yo apenas probé bocado.

En mi mente bullían los pensamientos. El caso de Ostrog había quedado momentáneamente apartado de todas mis cavilaciones. En el ínterin, oí como el forense daba las explicaciones.

—Examinaremos el cadáver esta tarde. Ya he mandado a mis ayudantes que lo conduzcan al depósito —el doctor Phillips engulló un pedazo de carne ensartado en su tenedor—. Yo preferiría que lo llevásemos a Scotland Yard, pero es un largo camino… Allí sí que tendríamos medios, pero hay que amoldarse a East End. Después de que el juez de instrucción lo vea, lo trasladaremos al depósito y lo examinaremos con más cuidado.

Carnahan arrugó el entrecejo.

—¿Puedo preguntarle para qué, doctor? —interpeló.

—He descubierto ciertos detalles mientras examinaba el cuerpo en el edificio y me gustaría comentártelos, Fred —me hizo un gesto apaciguador con las manos, al ver que yo me alzaba un poco para preguntar—. Todo a su tiempo, mi querido Abberline, todo a su tiempo… —su tono era mesurado—. Ahora, acabemos de comer. Dejemos el trabajo para más tarde —engulló con apetito otro trozo de carne.

El sargento sacó una petaca con forrado de cuero de un bolsillo de su gabardina y bebió de ella tras quitarle el tapón. Contrajo el rostro en una mueca, debido al fuerte sabor del licor, y comenzó una interesante conversación sobre un caso en el que habíamos estado trabajando, acerca de un fenómeno llamado combustión espontánea.

Saqué la tabaquera y un poco de papel y esparcí unas cuantas hierbas de tabaco sobre él. Lo lié en un pequeño cilindro y chupé una de las solapas para pegarlo. Con una cerilla que froté en mi barba de tres días, la cual presentaba una gran población de pequeñas cerdas duras, pude encender el cigarro. Le di una intensa calada y aspiré el humo.

En ese momento, el suboficial le explicaba al forense los detalles sobre el caso de Michael Ostrog.

—… opio, doctor, opio en la estufa. Había ideado un mecanismo para que, a la vez que la madera o lo que fuese entrara en combustión, se quemasen varias hierbas de adormidera que producían humo.

El forense se mostró sorprendido.

—¿Y para qué diablos querría ese médico inundar toda una habitación de humo que duerme? ¿Para morir asfixiado? —preguntó, encogiéndose luego de hombros.

—Esa es la cuestión, amigo mío, como dice el poeta —sentenció el sargento—. El caso Ostrog se presenta nublado para nosotros, doctor.

—Y tan nublado, sargento —añadió el doctor Phillips.

Acabó su carne y pidió a un camarero de la cafetería que rondaba por allí que le retirase el plato. El joven obedeció al instante y se llevó los tres platos de la mesa, después de preguntarnos si ya habíamos acabado. El forense pidió un café, que el joven le trajo casi al instante.

El doctor Phillips lo removió con una cucharilla y bebió.

Afuera, en la calle, comenzó a llover. Los transeúntes corrieron a guarecerse bajo los portales de las casas. En ese momento, el inspector jefe Donald Swanson entró en la cafetería, saludó a algunos conocidos y se dirigió hacia nuestra mesa. Se desprendió de su gabardina negra y de su sombrero hongo —ambos calados por la lluvia— y los colgó en una percha, junto a los nuestros. Tomó asiento al lado del doctor Phillips y me miró con fijeza.

No era extraño verlo por allí. Debido a su cargo como inspector jefe del Departamento de Investigación Criminal y a su antiguo puesto de inspector en representación del mismo en el distrito de Whitechapel —cargo que ahora ocupaba yo gracias a mi *querido* y *estimado* Sir Charles Warren—, era admirado por todos los agentes y conocido por los policías que se hallaban en la cafetería.

Puedo decir que el inspector jefe Swanson era una de esas únicas personas a las que podía considerar *mi amigo*; además, confiaba en él más que en ningún otro. Él había sido mi mentor en esta complicada profesión.

—He oído lo del asesinato de esa mujer —comenzó el viejo Donald en voz baja—. Espantoso... ¿no? —todos asentimos en silencio—. ¿La han trasladado ya, doctor? —quiso saber.

—En efecto, Donald, en efecto. Y gracias por la autorización —dijo Phillips.

El jefe Swanson le lanzó una mirada como diciendo "me debe una".

—Más tarde iremos a examinar el cadáver con más cuidado. Elaboraré un informe y mañana lo tendrás sobre tu mesa —continuó el eficiente forense.

Me removí en la silla antes de hablar.

—Yo ya tengo el informe del agente Barrett y las declaraciones del señor Reeves. Haré mi propio informe junto con el del doctor —dije, tras dar una larga calada a mi cigarro.

—Vaya comienzo para el pobre Barrett... —opinó el sargento.

Swanson afirmó con la cabeza y, acto seguido, me miró gravemente.

—Fred... —no me gustaba el tono; quería decir que había problemas—, Sir Charles quiere verte después de que el Phillips examine el cadáver. Desea saberlo todo acerca de este tremendo crimen.

Le di otra profunda calada al cigarro.

—¿Y qué desea el viejo general Warren ahora? —repliqué—. He de recordar que la última vez que fui a verlo me destinó a este distrito después de lo de la Torre de Londres…

El sargento Carnahan lanzó una escandalosa carcajada.

—¡Logró hallar a los terroristas, inspector! —exclamó jovial.

—En efecto, sargento —convine, forzando a continuación una amarga sonrisa—. Y Sir Charles no fue muy agradecido. Parece ser que no le gustó mi *intercambio de impresiones* con Seguridad Interior. Después de eso y de la queja de Livesey, me destinó a East End —añadí con sorna.

—¿No te gusta Whitechapel, Fred? —me preguntó Phillips, todavía en chanza.

—Verá, doctor, entre esto y el West End..., no sé por qué decidirme… —el suboficial soltó una carcajada—. El West End era la zona rica de Londres; algo así como el *alter ego* de East End.

—Ya lo sé, Fred —Swanson demostró con su tono serio que ese día no estaba para bromas—. Sir Charles no fue muy amable, pero él manda y dispone… Ha exigido que fueses tú mismo a presentarle el informe sobre este caso, que, al parecer, le interesa mucho.

Resoplé dos veces antes de contestar.

—Esta tarde iré a Scotland Yard y hablaré con Sir Charles, Donald —dije con calma—. Si es lo que te hace feliz, así lo haré.

Donald Swanson asintió.

El doctor Phillips consultó su reloj y se levantó presuroso.

—Señores, siento informaros de que nos hemos demorado ya bastante. Nos esperan en el depósito.

Nos levantamos y pagamos las consumiciones. Carnahan y Swanson se encasquetaron los sombreros hongos y las gabardinas. El forense y yo nos colocamos nuestras chaquetas largas y

salimos a la calle. El doctor limpió sus lentes redondos de gotas de lluvia y abrió el paraguas. Nos metimos debajo, a la vez que Swanson y el sargento hacían lo propio con el del primero.

Caminamos calle abajo hasta la comisaría, donde el agente Lancaster nos esperaba con el coche a punto.

7

(Natalie Marvin)

La visión del cuerpo de la que en vida había sido una de mis mejores amigas me traumatizó de tal forma que las chicas tuvieron que llevarme literalmente a rastras hasta Buck's Row, tirando de mí y murmurándome palabras de consuelo. A pesar de todo, no conseguían aliviar mi intenso dolor.

Los McGinty habían asesinado a Martha. Eso era tan cierto como que hay infierno y había sido por mi culpa, por mi *puto* coraje... Por haber impedido que McGinty me tomara. Al fin y al cabo, yo era una ramera, estaba acostumbrada a esas cosas…

—No podías dejar que McGinty te forzara —Mary intentaba liberarme de la culpa que me había echado yo sola—. Tú no tuviste nada que ver con la muerte de Martha… Hace mucho tiempo que McGinty iba detrás de nosotras... Y ahora le ha tocado a la pobre Martha.

—¡Esos cabrones lo pagarán! —rugió Kate, pegándole una patada a un tonel de vino que estaba en la puerta de una sucia taberna. El tabernero la insultó y ella le respondió con otra lindeza del mismo estilo —. ¡Pagarán por lo que le han hecho a Martha!

—¿Y qué vas a hacer tú? —gritó Mary—. ¿Te emborracharás e irrumpirás a tiros en la guarida de los McGinty?

Kate intentó responderle de malos modos y Mary se le encaró con decisión. Lizie y Polly se interpusieron y evitaron la pelea.

—¡Chicas, por favor, no está el horno para bollos!

Mary y Kate nunca se habían llevado muy bien. Se profesaban desprecio mutuo, solo comparable al que en esos momentos sentíamos por los McGinty. Kate afirmaba que Mary era una flacucha con muchas caderas, que se creía guapa por tener más tetas que nadie y la melena pelirroja, y Mary, por su parte, opinaba que Kate era una asquerosa borracha que gastaba el dinero de la casa en cogerse cogorzas. Así es cómo se veían.

—¡Por favor! ¡Martha ha muerto y solo se os ocurre pelearos...! —oí decir a Lizie.

Me di la vuelta y miré a las cinco mujeres que se hallaban ante mí. Puse los brazos en jarras y me encaré decidida.

—Chicas, no quiero que Nathan se entere de que la banda McGinty está metida en esto. Prometedme que no lo mencionaréis. Es capaz de cometer una locura... —les advertí ceñuda.

Todas asintieron con gravedad y continuamos andando hacia Buck's Row. Hicimos el resto del trayecto en silencio. Al llegar a casa, Mary se detuvo frente a la puerta y nos lanzó una mirada como diciéndonos "ya sabéis lo que no hay que decir".

Entramos. Nathan estaba sentado frente a la mesa, inmóvil, mirando hacia delante y fumando de su pipa. Soltaba espesas bocanadas de humo gris por la boca. Nos miró gravemente y una sombra se depositó en su rostro.

—Es ella… —dijo. Lo afirmaba, no lo preguntaba.

Asentí y se me escaparon las lágrimas. Las chicas me sentaron a la mesa. Mary sacó la tetera de hierro y la puso a calentar.

—¿Quién ha sido? —articuló él.

—No lo sabemos... —comenzó a decir Lizie.

Nathan fijó en ella sus ojos fríos y azules. Lizie se calló.

Sabía que le mentíamos. No había ningún suceso en Whitechapel del que no se conocieran a los autores en los bajos fondos. Todo el mundo sabía cientos de detalles sobre los acontecimientos que acaecían en el distrito... Todos, menos la Policía. Si los malditos polizontes se hubiesen esforzado más en preguntar a los cotillas y locos que en encerrar a putas y borrachos, muchos de los crímenes sin resolver de aquella época habrían tenido un final muy distinto al que tuvieron.

Nathan posó en mí sus inquisidores ojos y me observó con detenimiento. Noté como su mirada me traspasaba la piel y como podía ver en mi interior.

—Natalie, por favor… —me pidió con voz firme—. Cuéntamelo todo.

Cogí aire y empecé a narrarle todo lo ocurrido con McGinty en el callejón. Nathan apretaba los puños en una furia mal contenida, pues veía brillar sus ojos azules bajo sus pobladas cejas, irradiando rabia. Acabé mi historia llorando a lágrima viva.

—Yo... no quería, Nathan... —musité entristecida.

—No es culpa tuya —se mordió el labio inferior—. Nada de esto lo es… —añadió bajando la voz, como si hablara solo.

Se levantó y subió las escaleras hacia su habitación. Sabía muy bien lo que iba a hacer y las chicas, también. El sonido de sus pisadas retumbaba en el techo de la cocina. Un chirrido de bisagras nos indicó que Nathan había abierto el armario.

Un repentino trueno resonó en el cielo e hizo que me estremeciera. Kate miró por la ventana, justo cuando unos grandes goterones golpeaban contra el vidrio. Había comenzado la tormenta.

Subí al piso de arriba lentamente, seguida por las expectantes miradas de mis amigas. Me acerqué por el pasillo en penumbra hacia la habitación de Nathan. La puerta estaba entreabierta y dejaba salir un haz de luz. La abrí y el inconfundible sonido de la recortada cargándose me alertó. Entré decidida en la habitación.

Había sacado del armario todo el arsenal. Se había colocado el revólver y el cuchillo Bowie al cinto. La recortada descansaba en una cartuchera de cuero, atada en la pierna derecha del viejo Grey. Además, cargaba el rifle de dos cañones. El rifle Winchester 44 estaba en la cama, también cargado. Nathan cogió el rifle de dos cañones y abrió la ventana de par en par. Se aproximó a ella y se echó el arma al rostro. Apuntó con cuidado a una farola de gas cercana y disparó. El vidrio se partió en cientos de pedazos, que cayeron sobre un sucio borracho, el cual echó a correr blasfemando, resbalando por la calle embarrada y aullando de puro miedo.

Gracias a dios, Nathan solo quería probar hoy su puntería. Como siempre, esta era excelente, aunque disparara bajo la espesa lluvia. Vislumbré un amago de siniestra sonrisa en su rostro. Rompí el glacial silencio.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté sin circunloquios.

No contestó. Sacó de su armario la gabardina de cuero y se la puso. Se colgó el Winchester 44 al hombro e hizo lo mismo con la escopeta de dos cañones. Después se encasquetó en la cabeza un sombrero de ala ancha que ensombrecía su crispado

rostro. Parecía un experto cazador, listo para encontrar y acabar con su presa. Daba auténtico miedo solo con mirarlo un instante.

Del amable Nathan Grey ya no quedaba nada, ni un solo vestigio bajo toda aquella indumentaria guerrera. Comprendí el temor que este hombre inspiraba a sus enemigos.

—No, Nathan —le rogué, pero fue con un hilo de voz.

—Esos hijos de puta pagarán con creces lo que han hecho.

Y diciendo esto, Nathan salió de la habitación. Me agarré a él y, desconsolada, rompí a llorar. Por nada del mundo quería perderlo. Hice acopio de toda mi fuerza de voluntad.

—¡No, joder! —exclamé angustiada—. ¡Te van a matar, Nathan! ¿Es que no lo ves? —el viejo me dio la espalda y se quedó quieto. No podía mirarme directamente a los ojos—. ¿Qué será de mí, Nathan? ¿Qué será de todas nosotras? ¡Joder! —añadí con voz áspera.

Me apoyé en la pared y lentamente me dejé resbalar hasta el suelo. El viejo no me miró ni se dio la vuelta, solo oí lo que lúgubremente me susurró:

—Volveré más tarde…

Salió de la habitación con paso firme y bajó las escaleras. Sentí que las chicas le llamaban en voz queda, impotentes, y como la puerta se abría para, posteriormente, cerrarse de un sonoro portazo. Se hizo el silencio en la casa.

Nathan iba a morir. Eso era tan cierto como que yo sería puta hasta mi muerte. Ninguno de nosotros saldría vivo de Whitechapel.

Me quedé allí sentada, recostada contra la pared y sollozando. Afuera, la tormenta arreciaba con su descarga eléctrica.

8

(Inspector Frederick G. Abberline)

El depósito de cadáveres no era más que un edificio con cuatro habitaciones para casos de urgencia. Allí había una oficina y un sótano repugnante —donde reinaban las moscas y el hedor de la carne descompuesta—, que se suponía que era la morgue. Estaba situado en pleno centro de Old Montague Street. Asfixiante en verano y helado en invierno. Era una verdadera mierda, pero el único que había en East End.

Cuando el doctor, el sargento, el inspector jefe Swanson y yo nos apeamos del coche que Lancaster había conducido desde la comisaría, descendimos por las escaleras de piedra que llevaban al sótano. Entramos, y el inspector jefe y el doctor saludaron a algunos conocidos.

Bajamos por una gran escalera hacia el sótano. En ellas nos topamos con un hombrecillo enérgico, tan pálido que se diría albino, de pelo y bigotillo canosos. Era el señor Robert Mann, supervisor del depósito, un tipo que no me hacía mucha gracia, al igual que al doctor. El susodicho personaje venía protestando a voz en grito y profiriendo arcadas. Al tropezarse con nosotros, nos miró sin disimular su ira.

—¡Doctor Phillips! ¡Inspector Swanson! —gruñó encolerizado nada más verlos—. Si llego a saber que iban a trasladar esa abominación aquí...

—¿Tan horrible es? —preguntó Phillips gélidamente—. Creía que usted era forense, Mann… Debería estar acostumbrado a estas cosas. Yo las veo a diario y no me quejo.

El aludido torció el gesto.

—¡Maldita sea, doctor! ¡Es asqueroso! ¡En todos mis años...! —Bagster Phillips siguió bajando la escalera, ignorando las quejas del supervisor del pútrido depósito.

—De ahora en adelante, doctor Mann, estoy al cargo de este caso.

—¡Por mí, quédeselo! —escupió Mann—. ¡Jefe Swanson! —bramó—. ¿Es que ya no hay cordura en el Departamento de Investigación Criminal?

—A mí no me hable, Mann —Swanson se encogió de hombros—. En los casos en los que aparece algo interesante para Phillips, yo dejo de ser el que lleva las riendas de todo.

"¡Buen golpe!", pensé complacido.

El supervisor lanzó un prolongado suspiro y elevó la vista al cielo. Si ya era difícil discutir con Phillips, lo mejor era ni probar con Swanson.

Así las cosas, el doctor Phillips nos condujo hasta la morgue. Era una gran habitación subterránea, de paredes de ladrillo visto, que parecía tener una permanente plaga de moscas en su interior. A ambos lados de la sala se situaban dos hileras de camillas, algunas ocupadas por pálidos cuerpos sin vida. Mann nos siguió soltando continuos improperios, aunque ahora por lo bajo.

Varios forenses abrían en esos momentos el cadáver de un viejo. Lo hacían con evidentes muestras de repugnancia en sus contraídos rostros.

"Si les da asco, mejor que no se dediquen a esta profesión", le había oído decir al doctor Phillips en una ocasión. Y tenía razón.

Después de que Phillips se pusiese una bata blanca, que llevaba en su inseparable maletín de cirujano, Mann nos guió hacia una de las camillas más apartadas del depósito. En ella descansaba un cuerpo cubierto por una sábana manchada de sangre. Vimos como dos hombres jóvenes vomitaban a su lado. Uno de ellos, con los ojos desorbitados, exclamó:

—¡Por favor, señor Mann! ¡No nos obligue a verlo otra vez...! —convulsionó en el suelo, preso de nuevas arcadas. El hedor se hacía insoportable.

A una enérgica orden de Mann, los dos hombres se retiraron. Siguieron vomitando por toda la morgue.

Phillips se acercó a la camilla y destapó el cadáver. El obeso rostro de la mujer asesinada aquella mañana nos fue mostrado, el cual hizo gala de su palidez mortal.

—Bien, bien, bien... —el doctor parecía encantado con su siniestro trabajo—. ¿Ha redactado algún informe?

El supervisor asintió en silencio y luego le pasó unos papeles. Phillips sacó una estilográfica del bolsillo de su bata blanca y ojeó el informe del supervisor con absoluta soltura profesional. En un momento dado, dejó escapar varias carcajadas, que no hicieron más que avivar el mal humor de Mann.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó intrigado.

Una irónica sonrisa se dibujó en la cara de Phillips.

—Dígame, doctor Mann, en confianza, entre usted y yo… ¿a qué funcionario del Estado tuvo usted que sobornar para conseguir este puesto?

Henry Carnahan ahogó una sonora risotada tapándose la boca. El supervisor soltó una maldición y nos dejó solos. Desaforado, le oímos gritar al fondo de la sala a dos hombres que, por un descuido, habían dejado caer un cadáver al suelo.

—Vaya mierda de lugar —opiné, ladeando la cabeza—. Podríamos haber examinado el cuerpo en la comisaría... Aunque sea en el sótano. Esto es un puto desorden.

—Ya —convino el forense—, pero aquí contamos con más medios y, además, estaremos más tranquilos… Bien, ¿qué tenemos aquí?

Phillips destapó el cadáver y Carnahan ahogó a tiempo una gran arcada.

El cuerpo de la mujer estaba pálido y desnudo. De cintura para abajo la habían abierto en canal y la habían destripado por completo. Tenía numerosas puñaladas en el cuerpo.

Los órganos extraídos estaban en el mismo cubo metálico que yo había visto por la mañana; este despedía un olor fétido, así como el cadáver que teníamos delante. Para salir del apuro, el sargento Carnahan sacó su petaca y bebió a grandes tragos, con ansia. El jefe Swanson extrajo un elegante pañuelo blanco de su chaqueta y se lo colocó entre la nariz y la boca.

En cuanto a mí, aunque el olor me repugnaba, hice lo que pude para no vomitar. Phillips miraba el cadáver impasible. Aquello era su pan de cada día…

A pesar de las circunstancias, el forense empleó un tono solemne.

—Caballeros, les presento a la señora Tabram, de nombre Martha —ceremonioso, Phillips sacó de su maletín un largo puntero de hierro y lo esgrimió con la mano derecha—. Aquí

tenemos a una mujer muy bien nutrida, de unos treinta y seis años de edad, más o menos... Sargento…, ¿me haría el favor de apuntar estos detalles en el informe? Creo que el doctor Mann se ha equivocado en ciertas afirmaciones —le tendió la elegante estilográfica al sargento Carnahan y este apuntó los detalles—. Digo más, sargento, le ruego que tache todo lo que el doctor Mann ha escrito ahí, pues es ridículo a todas luces.

El suboficial eliminó los datos tomados por el supervisor del depósito. Después escribió los que le dictaba el doctor Phillips con letra clara y rápida.

—El cabello de esta mujer es negro y rizado. Digamos que es corto a media melena. Lo llevaba recogido en un moño al morir…, que se desordenó al caer al suelo. Es de rostro vulgar y ojos marrones.

Pensativo, apoyé una mano en la barbilla.

—Deduce usted, doctor, que el pelo se le despeinó al caer al suelo... ¿Tal vez por culpa de una caída violenta? —pregunté interesado.

—Sin duda alguna, y ahora verás por qué, Fred —el doctor señaló con el puntero de hierro unas hendiduras en el cuerpo desnudo de la desgraciada mujer—. Puñaladas, 39 o 40, no sé exactamente; hechas con un objeto contundente, afilado y largo... Apunte esto, sargento, es de vital importancia —el aludido afirmó con la cabeza.

—¿Una daga, acaso? —preguntó el jefe Swanson.

—Podría ser, pero todavía no se puede asegurar nada… Yo me inclino más por un cuchillo... Algo más rústico —el doctor se volvió hacia mí—. En cuanto a tu pregunta de antes, Fred, ella cayó al suelo de golpe. Si nos basamos en el informe del agente Barrett, la señora Tabram acudió a George Yard acompañada de un hombre alto, embozado en una capa negra y con un sombrero de copa.

Carnahan sonrió despectivo.

—Descripción exacta de McGinty, líder de la banda de nuestro distrito, doctor —aventuró.

—No puede ser, sargento. McGinty nunca hace el trabajo sucio. Y, además, casi siempre envía a más de un sujeto —dije al momento—. No concuerda en modo alguno.

Phillips afirmó subiendo y bajando la cabeza varias veces.

—Olvidáis otro detalle relevante —señaló el conjunto del cuerpo—. Si, como dicen esas mujeres de la calle, McGinty iba a

por ellas, la señora Tabram nunca habría acompañado a McGinty de buen grado hasta el edificio, tal y como el agente Barrett los vio ir... No, amigos míos, Martha Tabram no conocía a su agresor —afirmó el forense.

—Centrémonos en el cadáver, doctor —propuso el jefe Swanson.

Un trueno resonó a lo lejos, procedente de una de las pequeñas ventanas enrejadas que proporcionaban luz al tétrico sótano. Empezó a llover con más intensidad.

El médico posó su puntero de metal en una gran abertura que abría el cuello.

—Le seccionó la garganta de un solo tajo y penosamente realizado, lo que indica que es posible que la señora Tabram siguiera viva y consciente mientras ocurría todo lo demás. Nuestro asesino la dejó caer al suelo y seguidamente le asestó varias puñaladas por todo el cuerpo. Están hechas sin orden ni concierto y, por la superficialidad de algunas, deduzco que el asesino perdió los nervios por completo y desató su ira contra la mujer.

—Un asesinato bastante chapucero... Es típico de los McGinty —señalé, convencido de mi hipótesis.

—Es posible que le cortase el cuello por detrás... —precisó el doctor, haciendo después una extraña mueca.

—Cabe la posibilidad de que creyese que el sujeto iba a... Bueno, ustedes me entienden —opinó el sargento.

Tosí un par de veces antes de continuar con mi teoría.

—Todo concuerda. Martha Tabram era prostituta —afirmé—. Le daría la espalda y se apoyaría en el muro. Eso explicaría la abundancia de sangre en la pared.

—Pero... ¿por qué degollarla y asestarle todas esas puñaladas? —inquirió Swanson, mientras arrugaba la nariz.

—Es obvio que nos enfrentamos a un demente, un demente misógino —insistí—. Estas puñaladas indican ira. Y de la ira a la demencia... —dejé a propósito la frase inconclusa.

—Solo hay un paso —completó el doctor, quien forzó una sonrisa—. Bien. Vamos ahora a la parte de abajo del cuerpo, que es muy interesante por lo que he podido observar esta mañana —apuntó con el puntero hacia la abertura en canal del vientre—. Hay cortes precisos aunque inseguros… Ello indica que el asesino se encontraba más calmado a la hora de destriparla que cuando le rebanó el cuello. Estos cortes nos dicen también que sabía bien lo

que hacía. Realizó la extracción de los órganos reproductores y de varios trozos de colon, que abandonó en el escenario del crimen y que pude observar mientras los introducían en el cubo.

El estómago de más de uno empezó a revolverse al imaginar la terrorífica escena.

—¿Algo más? —preguntó el jefe Swanson.

—Es solo una hipótesis... Pienso que nuestro asesino era un hombre culto —comentó el forense.

—Eso es absurdo —dijo una voz grave a nuestras espaldas.

Me giré y me encontré con la alta y robusta figura de Sir Charles Warren, quien nos observaba gravemente. Se cubría las fosas nasales con un pañuelo e iba acompañado por el señor Mann.

No sé en qué diablos estaría pensando la reina Victoria cuando sacó a aquel general tirano de África y lo puso al frente de todo Scotland Yard.

Sir Charles Warren era un hombre brusco y arrogante, odiado por casi toda la ciudad desde el 13 de noviembre del pasado año, cuando, sin venir a cuento, ordenó a la Policía montada embestir contra una manifestación pacífica de socialistas en Trafalgar Square.

El personaje en cuestión lucía unas grandes patillas tudescas, que se juntaban en un poblado bigote, y un monóculo resplandeciente, que siempre llevaba sujeto a su ojo derecho. Aquel día, para variar, fumaba un apestoso cigarro de tabaco hindú.

—Buenos días, Sir Charles —saludó Phillips con fría cortesía—. ¿Qué le trae por el depósito?

—Ciertas irregularidades, doctor —replicó el jefe de la Policía metropolitana—. ¿Puede decirme quién le ha autorizado para traer eso aquí?

—Yo, Sir Charles —respondió el jefe Swanson—. El doctor advirtió que este cuerpo presentaba unos detalles bastante extraños y pensamos en examinarlos.

Warren se acercó a la camilla, le echó un vistazo al cadáver y se retiró con una mueca de asco en el rostro.

—Dios santo... —musitó espantado—. Ya se ha hecho suficiente carnicería aquí, doctor, para que usted venga a *recrearse* con el cuerpo de esa desventurada —su tono era de desafío, pero no por ello me arrugué.

—Con el debido respeto, Sir Charles —intervine con energía—, el doctor ha hecho lo correcto. Ese cuerpo nos ha

proporcionado datos interesantes —añadí, señalándolo luego con las manos abiertas.

Pensé que me fusilaba con los ojos.

—Inspector Frederick George Abberline —pronunció mis dos nombres y el primer apellido lentamente, deteniéndose a propósito en cada sílaba, como si le desagradara—, ¿puede decirme qué detalles? ¿No serán de la misma índole que la última afirmación que ha hecho el doctor a mi llegada?

—Exactamente —afirmé tajante, aguantando bien su impertinente mirada—. Sin duda alguna, ese asesino es un hombre culto. Vea si no estos cortes... —me aproximé al cadáver y señalé las incisiones del vientre abierto. Pero Sir Charles permaneció donde estaba, sin acercarse lo más mínimo a la camilla—. Son precisos y contundentes. Están hechos, sin duda, por una persona que conoce el oficio y la anatomía humana. Es por ello un hombre culto, un médico, un cirujano, alguien que puede acceder a conocimientos específicos de anatomía.

—Secundo la opinión del inspector Abberline, Sir Charles —declaró el forense—. Los órganos extraídos están cortados con total precisión y sin apenas errores. Es, en mi opinión, el trabajo de un profesional, pero aún necesito conocer más detalles.

—En efecto, doctor. Necesita usted más detalles que... —dijo Warren.

Le interrumpí en un irrefrenable impulso.

—Además, el asesino trabajó en el descansillo del edificio, sin apenas luz —precisé el lugar del sangriento crimen—. Dígame usted ahora cómo pudo hacerlo así, de forma tan precisa y a ciegas, si no es un conocedor perfecto del cuerpo humano.

Sir Charles suspiró largamente y nos miró a todos uno a uno.

—Muy bien, inspector, ¿y qué quiere que haga? —repuso con un deje irónico que no me pasó precisamente inadvertido—. ¿Debo hacer arrestar a todos los cirujanos y médicos de Londres? ¡Es ridículo, por favor! ¡Que un hombre culto se dedique a asesinar prostitutas! —incómodo, paseó por la sala—. Esto es trabajo de una de esas bandas callejeras... Es una carnicería sin sentido, un crimen más, hecho por esos salvajes y borrachos sin saber alguno.

No di mi brazo a torcer delante del jefe de Scotland Yard.

—Tal vez usted debería examinar el cadáver con sus propios ojos y ver el trabajo, Sir Charles —aventuré.

Me miró de hito en hito antes de hablar.

—¿Qué me dice de la posibilidad de que el asesino sea un carnicero?

Fue el doctor Phillips quien me relevó.

—Cabe la posibilidad, al fin y al cabo… Pero es un trabajo demasiado fino para un carnicero profesional.

—No afirme tan pronto, doctor. Todas esas puñaladas no son trabajo fino. Además, ¿no dicen que la anatomía de un cerdo es prácticamente igual a la de un hombre? Basándonos en este detalle, ¿no podría ser ese asesino un carnicero? —insistió, mientras se acariciaba distraídamente una patilla.

—Aun así, Sir Charles, es muy difícil que un carnicero posea tales conocimientos —señalé, mirando de reojo el cuerpo de la desdichada ramera.

El recurso de la etnia maldita cruzó por la mente de Warren y se agarró a él como último clavo ardiendo.

—¿Y qué me dicen de los judíos? —apuntó descubriendo su antipatía por los descendientes de los deicidas—. Esa gente posee muchos conocimientos sobre el tema… Y en Whitechapel hay muchos…

—Creo, Sir Charles, que deberíamos descartar esa posibilidad por el bien de la población judía —se apresuró a decir el jefe Swanson—. Podría inducir a disturbios serios en Whitechapel.

—Está bien —el mandamás de Scotland Yard hizo un ademán con la mano, indicando que la conversación había terminado—. Señor Mann, que incineren a esta mujer… —ordenó secamente—. ¡Y no se hable más del asunto! —añadió con un punto de ira en su tono.

—Sí, señor —Mann llamó a dos de sus ayudantes, que se acercaron titubeantes.

—Con el debido respeto, Sir Charles, debe saber que ya han reclamado el cadáver… —expliqué con calma—. Sus amigas desean que les sea devuelto para enterrarlo.

Se giró raudo hacia mí. Sus ojos echaban llamaradas.

—¡Pues devuélvaselo usted mismo, Abberline! ¡Pero hágalo ya! —Sir Charles estaba furioso. Eran demasiadas contradicciones en tan poco tiempo. Se dio la vuelta y se dirigió hacia la salida a paso ligero—. ¡No quiero leer ni una palabra sobre esto en los periódicos, señores! —bramó sin volverse hacia nosotros—. ¡Si no quieren acabar limpiando aceras, más les vale

guardar silencio! —añadió colérico, para todos los presentes—. ¡Entierren ese maldito cadáver y vuelvan a sus ocupaciones!

Sir Charles Warren y el supervisor abandonaron el depósito.

—Hijo de puta… —susurré.

—Volvamos a la comisaría —ordenó el jefe Swanson con voz grave.

Los cuatro abandonamos el sótano y dejamos el cadáver de Martha Tabram en el deprimente depósito, solo, frío y rodeado de una incesante nube de moscas.

Afuera, la tormenta seguía.

9

(Nathan Grey)

Llevaba toda la tarde observando aquellos hijos de mala madre, que entraban y salían de un tugurio que hacía las veces de taberna y prostíbulo. Ese local era su guarida.

Se había hecho de noche y yo había perdido la noción del tiempo. Llovía torrencialmente.

Todos los McGinty estaban reunidos en el tugurio, el jefe de la banda incluido. Los veía moverse a través de las sucias ventanas de la taberna. Aunque me constaba que todos los McGinty se encontraban allí, solo veía a cuatro hombres en la taberna, lo que me hizo suponer que había forzosamente un sótano.

Esperé hasta que el último mendigo abandonó la calle, para incorporarme del suelo donde había permanecido sentado desde hacía más de cuatro horas. Debía estirar las piernas y activar la circulación sanguínea. La lluvia había estado calándome desde que abandoné a las chicas, pero las armas se hallaban secas, al igual que las municiones.

Me encaminé resuelto hacia el local y me detuve a varias yardas* delante de él. Oía las estruendosas risas de aquellos cabrones en su interior.

Es extraño, pero el haber llevado una vida en constante alerta había agudizado mis sentidos. Veía y oía a más distancia a la que

*Según el sistema imperial de pesos y medidas de la era victoriana, aún vigente en el Reino Unido, una yarda equivale a 91,44 centímetros.

podía ver y oír una persona normal. Después de todo, eso era una clara ventaja y dios —o el diablo— me había bendecido con ello.

Me situé en el centro estratégico de la desolada calle e hinqué una rodilla en el suelo. Después me eché el rifle a la cara, apunté hacia una de las ventanas y esperé con felina paciencia.

Mi sombrero chorreaba agua por todas sus alas y mi gabardina, empapada, pesaba mucho, pero me mantuve en mi posición aguardando y mascando mi odio.

Uno de los cabrones de la taberna pasó junto a una de las ventanas.

Apunté cuidadosamente hacia la pared derecha de esta y me imaginé la trayectoria del hijo de puta. Exhalé una bocanada de aire, que se convirtió en vapor cuando entró en contacto con el ambiente gélido, y disparé encomendándome a dios en mi contundente acción.

El proyectil surcó el aire y fue seguido por una nube de humo y un estruendo que resonó en toda la calle. Como había calculado, chocó contra la pared de madera de la taberna y la atravesó. Por la exclamación de sorpresa de los ocupantes, deduje que había acertado. Antes de que alguno diese la alarma, amartillé la escopeta de nuevo y disparé el segundo proyectil contra otro hombre que pasaba cerca de la ventana. Le di de lleno en la cabeza y le destrocé el cerebro, después de que el proyectil rompiera la ventana. Ahora sí, los hombres dieron la alarma.

Abrí la escopeta y le introduje dos cartuchos más. La cerré con un siniestro chasquido y amartillé el primer proyectil.

Andando con tranquilidad, me acerqué a la puerta del tugurio. Esta se abrió de un portazo, y un hombre armado con un revólver me recibió con actitud agresiva en el umbral. No esperé a que me apuntase. Me eché el rifle a la cara y le disparé en el torso. El hombre cayó al suelo como un fardo. Entré en el local.

Era espacioso, de una sola planta excepto el sótano, al que se accedía por una destartalada escalera al fondo de la taberna. Había una barra con varios barriles y dos hombres muertos a su lado.

Nada más entrar, un gilipollas me atacó con un cuchillo de carnicero desde la puerta. Paré el golpe con el cañón del rifle y le propiné un sonoro golpe en la mandíbula con la culata de la escopeta. Una vez en el suelo, le disparé a bocajarro en la espalda. Tiré la escopeta al suelo y descolgué el Winchester 44 de mi hombro. Lo amartillé al instante.

Un hombre salió de detrás de la barra, apuntándome con una recortada. Le descargué a bocajarro con el Winchester 44 y el hijo de puta cayó al suelo, ya que lo alcancé de lleno en el pecho. Tres hombres más subieron presurosos por la escalera del sótano y los tres recibieron letales impactos en el torso.

Aparté los cadáveres con el pie y bajé por las escaleras. Me encontré en un largo corredor repleto de habitaciones. Le pegué una patada a una de las puertas de mi derecha e irrumpí en la habitación. Cinco hombres me esperaban allí.

Disparé a bocajarro dos veces y acerté a uno de ellos, derribándolo en el acto. Los otros se quedaron quietos, asustados, paralizados por el terror que sentían y que yo leía en sus ojos.

Intenté tirar una vez más, pero el rifle estaba descargado. Los cuatro hombres se abalanzaron sobre mí. Golpeé a uno con el arma en la cara y lo tiré al suelo. Arrojé el rifle y saqué la recortada. Le reventé la cabeza a uno y le disparé en el torso a otro. El último desgraciado me clavó su cuchillo en el hombro. Sentí una aguda punzada de dolor. Por suerte, el corte fue superficial.

El hijo de puta me pegó un puñetazo en la cara y preparó la mano para asestarme otro, pero ya no le dejé hacer más. Desenvainé el Bowie y se lo clavé hasta la empuñadura en el estómago, retorciéndolo y ampliando más el diámetro de la tremenda herida. La sangre manó abundantemente y me empapó los puños de la gabardina. Aquel hombre se desplomó muerto.

Abrí la recortada e introduje dos cartuchos más. Empuñé el Bowie con la mano izquierda y salí rápido de la habitación. En el pasillo me esperaban varios hombres que habían salido de otras habitaciones al oír el ruido que hacíamos. Casi todos estaban desvestidos y, por los agudos gritos de las habitaciones, deduje que había mujeres en ellas. No esperé a que reaccionaran y derribé a dos con la recortada. Los demás se abalanzaron en tromba contra mí.

Agarrando la recortada por el cañón y empleándola como maza, la esgrimí con la mano derecha mientras que con la izquierda mantenía aferrado el Bowie. En esa posición, le hundí el cráneo a un hombre con la el arma de fuego y, seguidamente, le clavé el cuchillo en el pecho para asegurarme. Otro hombre intentó atizarme con una porra. Le paré el golpe con la recortada y con un rápido movimiento le rajé el cuello con el cuchillo. Le propiné un codazo a otro tipo en la cara y le hundí el Bowie en el mismo sitio.

En ese momento, mis manos y los puños de mi gabardina, así como la pechera de esta, estaban manchados por numerosas salpicaduras de sangre fresca.

Un cabrón que empuñaba un hacha me atacó por detrás. Me agaché esquivando su golpe y el arma se hundió en las paredes de madera. El hombre forcejeó para extraerla, pero yo le clavé el Bowie en un costado. La sangre manó de la herida a chorros. Retiré el cuchillo y el individuo cayó muerto al suelo.

De repente, una puerta se abrió violentamente de par en par, y tres tipos armados con rifles irrumpieron en el largo corredor. Tiré al suelo la recortada descargada y saqué mi revólver. Pasando la mano por el martillo con rápidos movimientos, vacié el cargador del arma corta de fuego en los tres hombres, a los que maté casi al instante.

Guardé el revólver descargado y enfundé la recortada. Empuñé el Bowie con la mano izquierda y desclavé el hacha del tipo que yacía con el costado perforado por mi Bowie, pensando que él ya no la necesitaría. La cogí con la diestra y avancé decidido por el corredor hacia la puerta del fondo.

Varias mujeres abandonaron las habitaciones presas del pánico y totalmente desnudas. No las maté porque no tenían ninguna culpa. Estaba loco, ciego de rabia e ira, pero todavía podía razonar un poco. Aquellas mujeres eran como Natalie y las chicas, así que las dejé ir. Se ganaban la vida como podían.

Me detuve frente a la puerta en la que acababa el pasillo y escuché. Dentro había tres hombres armados. El miedo se percibía.

Abrí la puerta de una fortísima patada y entré como un ángel exterminador. Aquello era una especie de oficina con una mesa en el centro y varias sillas. McGinty se encontraba en el fondo, apuntándome con un revólver. Dos hombres más estaban situados cerca de la puerta. McGinty disparó, pero no me dio. Le clavé el hacha en el pecho a uno de los tipos y lo tiré al suelo. Al otro le clavé el Bowie y lo rematé rajándole el cuello de dos rápidos movimientos con el hacha. Esquivé el chorro de sangre que manó del cuello rebanado y me encaré definitivamente con McGinty. Él intentó dispararme de nuevo, pero ahora no lo logró. Le arrojé el hacha antes de que descargara y le arranqué el revólver de las manos, junto con tres dedos que volaron. El jefe de la banda gimió de dolor y se arrodilló como un cerdo herido. Pude ver el terror reflejado en sus desorbitados ojos.

—¡Grey! —articuló al reconocerme.

Avancé hasta McGinty con el Bowie en la diestra y me planté delante de él. Miré su mano. Sangraba mucho por los muñones donde antes habían lucido los dedos índice, corazón y anular, que ahora se hallaban tirados por el suelo. Intentó retroceder, pero se chocó contra la pared de su apestoso cubil. Le pegué una brutal patada en el estómago. El jefe se encogió en posición fetal. Me acuclillé y le cogí con una mano la solapa de su chaqueta, mientras que con la otra le acerqué el filo del Bowie a su garganta.

—¿Por qué, McGinty? —le interrogué en tono glacial.

Me miró sin comprenderme.

—¿Por qué mataste a Martha? —insistí con furia.

—Yo no... —balbució aterrado—. Yo no fui, Grey, lo juro por mis muertos... —intentó justificarse.

Mi ira no conoció entonces límites.

—¡Mientes! —grité con rabia—. Si lo reconoces, te ahorraré sufrimientos —pero él negó con la cabeza varias veces—. ¡Contesta! —le volví a gritar.

—No la maté, Grey —sollozó.

—¿Quién fue, hijo de puta? ¡Dilo entonces! —me levanté y le pegué una patada en el rostro. Empezó a sangrar por la nariz.

—No lo sé... ¡Yo no fui! —exclamó desesperado—. ¡No puedo saberlo!

Le miré. Solo el todopoderoso sabía las ganas que tenía yo de matar a aquel tipo. Una voz rugió en mi interior. "Mátale. Mátale o te arrepentirás de no haberlo hecho antes".

Lo agarré por el aceitoso cabello y le eché la cabeza hacia atrás. Levanté el Bowie dispuesto a degollarlo. McGinty cerró los ojos con pavor.

No. No podía matar a aquel cobarde, a aquel despojo humano que lloraba a mi lado encogido como un ratón. Me detuve a escasas pulgadas de su cuello. Ya había asesinado a suficientes hombres aquella noche. Estaba en medio de un baño de sangre.

Me levanté y le lancé una mirada de advertencia.

—Vete de esta ciudad, McGinty —le ordené con voz lúgubre—. Como te vuelva a ver por aquí, te mataré… ¿me oyes bien? —el jefe asintió aterrado.

Me di la vuelta y salí de la habitación. Entonces escuché un aviso a mis espaldas que me heló la sangre.

—¡Vete al infierno, viejo!

Escuché perfectamente como McGinty amartillaba un arma, una pequeña pistola norteamericana de dos cañones... Creo que

la llaman Derringer… Sí, es de calibre 22 corto, con dos tiros de acción simple. La usan allí los jugadores de cartas profesionales y las prostitutas porque es fácil ocultar. Pero no le di tiempo a dispararme.

Me giré y le lancé el Bowie al pecho. El cuchillo se hundió limpiamente en el tórax del jefe de aquel siniestro clan, que al fin cayó muerto al suelo.

Desclavé mi Bowie, cogí el Winchester 44 y la recortada y salí del sótano.

En la taberna hice lo propio con la escopeta de dos cañones y, ya con todo mi arsenal encima —eran armas valiosas y preciadas, en modo alguno las podía dejar allí—, abandoné el local. Andando calle arriba me interné en la oscuridad de Whitechapel y, protegido por ella, observé el local atacado antes de irme. Varios policías llegaron corriendo y entraron en el siniestro tugurio. Había escapado por los pelos. Hasta mí llegaron, aunque algo apagadas, algunas exclamaciones de los servidores del orden ante la carnicería que acababan de descubrir.

Era más de medianoche. Abrí con sigilo la puerta de la casa y entré a hurtadillas. Natalie me esperaba despierta. Estaba sentada en la mesa de la cocina y, nada más verme entrar, se echó a mis brazos. La abracé con fuerza y temí perderla más que nunca. Pero ahora ya estaba a salvo para siempre; todas lo estaban. Sin los McGinty en el barrio, podrían volver a vivir en paz.

Natalie se percató de que me sangraba el hombro, por lo que calentó un poco de agua con unos paños que me aplicó en la herida con sumo cuidado.

Algo me inquietaba. Algo se revolvía en mi torturado cerebro. Era algo que me impedía centrarme en cómo me curaba Natalie. Eran las últimas palabras de McGinty.

"Yo no fui", había dicho el hijo de puta. Mentía, seguro. Pero yo no cesaba de darle vueltas al asunto.

Muertos los McGinty, ya no había problemas, con la excepción de ese policía que andaba investigando el caso del asesinato de Martha Tabram, aunque no creía que pudiera darnos muchos quebraderos de cabeza. Sin embargo, algo seguía intranquilizándome. Una sombra crecía inexorable dentro de mí.

10

(Inspector Frederick G. Abberline)

–Precioso. Bonita masacre —dijo el sargento Carnahan con sorna.

—Parece que alguien le oyó comentar que la única forma de acabar con los McGinty conllevaba "un gasto serio de balas", sargento —opiné asombrado—. ¡Vaya puta carnicería!

El tugurio de los McGinty, en Mulberry Street, había amanecido lleno de curiosos y policías de la División H, debido a que todos sus miembros había resultado asesinados aquella misma noche. Un agente que hacía la ronda había oído disparos en el local y rápidamente logró reunir a varios policías más de la zona. Cuando llegaron, se encontraron con la *bonita escena* que el sargento y yo teníamos el dudoso gusto de estar presenciando.

¿Puede alguien imaginar las paredes de un matadero cubiertas de sangre, con los cadáveres sin vida de las reses? Supongo que un carnicero o el empleado de un matadero sí, cómo no, y eso precisamente era en lo que se había convertido el local de los McGinty, en un matadero.

Alguien los había exterminado a todos, hasta el último integrante de la banda que había pasado la noche en el tugurio, inclusive el propio McGinty. Además, ese *alguien* no se tomó mucha prisa en acabar con ellos; había procedido con calma y con la precisión de un auténtico experto, a tiros y a cuchilladas. Era un profesional.

Así lo hizo saber el doctor Phillips cuando llegó, quien disipó todas mis dudas sobre una posible reyerta entre dos bandas de East End por la supremacía del conflictivo barrio.

—¿Uno solo? —afirmé más que pregunté.

—Al parecer… —repuso Bagster Phillips—, era uno solo, a juzgar por las declaraciones de los vecinos. Se colocó enfrente del local con un rifle y disparó. Más tarde, entró en el tugurio y exterminó a todos los McGinty como si fueran cucarachas.

Me quedé mirando al galeno muy sorprendido.

—¿Un solo hombre? Eso es un poco increíble. Un hombre solo contra otros quince armados hasta los dientes... Me extraña que lograra salir con vida —apostillé.

—¿Arma? —preguntó el doctor.

—Armas… —corrigió el sargento—. Son varias… El asesino utilizó un rifle largo de gran calibre y excelente a gran distancia. Creo que es un rifle doble pesado del doce. También empleó un Winchester 44 de repetición, un revólver de cañón normal y una escopeta recortada. En cuanto al ataque físico, usó un cuchillo largo y bien afilado y también un hacha de uno de los McGinty, con la que le cortó los dedos al jefe de la banda, para después apuñalarle con un cuchillo.

—Un merecido final para todo un indeseable, sin duda alguna —opinó Phillips, mientras meditaba sobre algo.

En ese momento, los ayudantes del doctor y algunos agentes comenzaron a sacar los cadáveres del local para introducirlos en un coche fúnebre que habíamos alquilado antes de venir. No obstante, eran demasiados para las pocas ambulancias de las que disponíamos en la comisaría. En la puerta del tugurio, algunos peatones se agolpaban para ver a los cadáveres como si aquello fuese un circo. En las mentes de muchos de ellos bullían diversos pensamientos: el regocijo por la muerte de un enemigo, la tristeza por la defunción de un conocido...

En el esplendor comercial e industrial de la larga era victoriana, en aquel Londres del último cuarto del siglo XIX —la ciudad más poblada del planeta con sus casi cuatro millones de almas—, la gente moría literalmente de hambre. Había amplios sectores de pobreza y desempleo que contrastaban con la disparidad de bienes que disfrutaban otras capas sociales. Eran incontables los fallecidos en la asistencia pública en hospicios, hospitales y manicomios. Además, las enfermedades se propagaban con facilidad por las calles entre mendigos, prostitutas y niños, quienes sobrevivían ateridos de frío y vestidos con harapos. En ese aspecto, la situación era mucho peor que cuando la ciudad fue fundada por los romanos y la denominaron *Londinium augusta*.

En ese lamentable estado de cosas, lo que movía más a la población era el ver un cadáver amputado en medio de la acera que contemplar a un niño pequeño muriendo de tifus o de tuberculosis en plena vía pública y no poder hacer nada para ayudarlo. Si se tenía una botella de alcohol a mano y algún pasatiempo más, juego y sexo, la vida de miles de habitantes de East End se encontraba más que arreglada. El movimiento ascendente de la revolución industrial en el Reino Unido parecía estar al margen de los más desgraciados.

Varios *ploff* del magnesio de los fogonazos de más cámaras me alertaron de la presencia de los inevitables periodistas.

—¡Joder! —exclamé irritado, cerrando los ojos ante los molestos flashes de las cámaras.

Un tipo con un bloc de notas en la mano se acercó al sargento Carnahan; era un periodista del *Glove*. Sonreí para mis adentros. Se aproximaba al suboficial porque conocía mi odio hacia la prensa. Pero su temor ya no tenía sentido, puesto que Sir Charles me había obligado a no echar de ningún escenario criminal —exceptuando el caso de la mujer destripada— a ningún periodista. Fue por mediación de varios directores de periódicos conocidos, los cuales se quejaron enérgicamente a Sir Charles porque yo espantaba a todos sus empleados.

—¿Sargento Carnahan? —titubeó el informador. El aludido, siempre tieso, se atusó el bigote—. Soy Richard Connor, cronista del *Glove*…, ¿podría contarme algo sobre este crimen?

—Lo lamento. Todo esto es estrictamente confidencial, señor Connor.

—Algo podrá contarme, sargento.

Varios periodistas se arremolinaron como lobos hambrientos alrededor de su presa. Decidí intervenir.

—Señores, se les informará a su debido tiempo —dije con la voz más autoritaria que me salió—. Si me hacen el honor de salir del escenario del crimen.

Dos agentes sacaron a todos los periodistas del tugurio.

Henry Carnahan resopló aliviado. Tampoco a él le gustaban los *chicos* de la prensa.

—Gracias por rescatarme, inspector —me susurró al oído.

—Tenga más cuidado, sargento —le advertí en voz muy baja—. Esos cabrones de dulces palabras harán que les cuente todo y que usted no se dé ni cuenta de ello. Son como buitres al acecho de la carroña.

Los fastidiosos *ploff* de los fogonazos volvieron a oírse y verse. Un tipo montó su cámara a los pies de un cadáver que reposaba sobre una estera, a la espera de que lo metiesen en un coche fúnebre, y lo retrató con frialdad profesional. Impertérrito, cambió la mecha adosada al magnesio y volvió a hacerlo.

Me subió la sangre a la cabeza.

—¡Por dios, sargento! —estallé colérico—. Obligue a esos tipos a que se vayan… ¡Joder!

—Pero, inspector, Sir Charles dejó claro...

—¡Me importa una puta mierda, Sir Charles! —bramé, fuera de mí—. ¡Écheme a esa gente de aquí! —grité exasperado, sin importarme lo más mínimo ser escuchado por todos los allí presentes.

El sargento procedió según lo ordenado y desalojó a los periodistas con una seria orden de arresto a todo el que se acercase a menos de seis yardas del escenario del múltiple crimen. Oí gritos de protesta que sonaron como música para mis oídos. No lo podía remediar. Odiaba los periodistas.

El sargento volvió a mi lado preocupado.

—Inspector, creo que esto nos traerá complicaciones…

—Ya he pensado en ello —respondí ceñudo.

—Otro de los famosos planes para escabullirse de los problemas del inspector Abberline, todo un clásico. ¿Y qué tiene en mente ahora el sagaz inspector? —preguntó el doctor Phillips detrás de mí. Estaba en cuclillas, examinando un tiro a bocajarro en uno de los cadáveres de la barra.

—Doctor, por favor, concéntrese en su examen. No estoy para bromas —le repliqué molesto.

El galeno se rió y siguió con lo suyo.

Mi despacho se encontraba abarrotado de papeles y desordenado a un extremo inimaginable por el razonamiento humano. Había vuelto a dormir en la comisaría con la cabeza apoyada en mi mesa, en una postura sumamente perjudicial para mi espalda, que me dolía horrores cuando por fin me desperté.

Unos suaves golpes en la puerta hicieron que me desperezara.

—Pase —ordené con voz queda.

Mason entró en mi despacho con una carta dirigida a mí.

—Ha llegado esto hace un momento, inspector. Va destinada a usted —me explicó el policía.

—Gracias, Mason. Déjela en la mesa.

El agente dejó el sobre donde le había indicado y se marchó sin más. Cogí un abrecartas de la mesa del sargento Carnahan y rasgué la solapa del sobre. Un papel doblado me recibió en el interior. Lo desplegué y miré atónito el interior. Debía de ser una broma.

Carnahan entró en el despacho y me dio los buenos días. Le ignoré por primera vez en mi vida profesional. Él, extrañado, arqueó las cejas.

—¿Ha vuelto a dormir aquí, inspector? —preguntó observándome. Al ver que no le contestaba, se acercó a mí y descubrió la carta en mis manos—. ¿Malas noticias?

—Véalo usted mismo.

Le tendí el papel. El sargento se quedó perplejo.

—¿Qué diablos...? —farfulló confundido.

Encogí los hombros y estiré las piernas.

—No lo sé, sargento... —repliqué meditabundo—. Ha llegado hace un momento.

—¿Pero qué coño significa?

Salí del despacho con pasos nerviosos y localicé a Mason. El agente ocupaba su escritorio en el habitáculo anexado a mi despacho y ordenaba unos informes. Le pregunté por la carta.

—La trajeron con el correo, inspector —afirmó tajante—. Me he fijado ahora. Como usted no suele recibir cartas... —añadió mientras arrugaba la frente.

—Gracias, Mason. Siga con lo suyo.

Volví a mi despacho y examiné la carta a la luz de una lamparilla, ahora con el sargento Carnahan a mi espalda. Sin duda alguna, la misiva estaba escrita con sangre reseca. A pesar de ello, el escrito se leía bien en grandes e irregulares letras:

"*Querido inspector Abberline:*

¿Ignora quién asesinó a la puta? ¡Ja, ja! Le desafío a encontrarme, Abberline. Intente capturarme, pero se lo advierto, le resultará más difícil de lo que usted cree. Desde ahora y suyo hasta la muerte.

Jack el Destripador
Atrápeme si puede"

¿Qué demonios significaba eso? De repente, la puerta de mi despacho se abrió de golpe y el jefe Swanson entró en nuestro habitáculo con cara de pocos amigos.

—Sir Charles quiere verte —avisó sin siquiera saludar.

—¿Qué diablos significa esto? —Sir Charles blandía una cuartilla de tamaño medio por encima de su cabeza. Se le veía enojado tras el escritorio de madera noble de su amplio despacho, en la Jefatura de Scotland Yard, en el número 4 de Whitehall Place—. He recibido esta carta a primera hora de la mañana y quiero saber ahora mismo de qué demonios se trata.

En la misiva, con un escrito también en sangre reseca, se leía:

"*Querido jefe:*

He establecido mi reino de terror en Whitechapel y no me moveré hasta que haya cumplido mi tarea. He oído que no desea saber quién mató a la puta. Aun así, aquí abajo dejo mi nombre, que seguramente usted maldecirá una y mil veces en los días venideros. Con cariño.

Jack el Destripador

P.D. (Pregunte al inspector Abberline, de Whitechapel, si tiene alguna duda).

—Yo he recibido una igual hace unos momentos, Sir Charles.

—¡Eso no me importa! —bramó encolerizado—. ¿Qué diablos es esto, inspector?

Apunté con mi índice derecho hacia el escrito antes de responder.

—Esto, Sir Charles, denota que hay un ser inteligente y culto tras el asesinato de esa mujer.

—¡Ridículo! —dio un puñetazo sobre la mesa—. ¡Es una broma pesada y se nota a la milla! —Sir Charles cogió la carta y se acercó a un extremo de su despacho, donde una chimenea encendida daba calor a la habitación. Arrojó la carta al fuego y señaló en tono iracundo—. ¡Solo hay una forma de deshacerse de esta ridiculez!

—¡No, Sir Charles, está destruyendo una prueba! —exclamé consternado ante su inconsciente acto.

El prepotente jefe de la Policía metropolitana clavó en mí una mirada severa. Me atravesó con ella.

—Inspector, vuelva a su trabajo y olvide toda esta absurda historia. No se lo vuelvo a repetir… ¿Me ha oído bien? —asentí en silencio—. ¡Es una orden! —gritó.

Salí del despacho sin despedirme, dejando a Sir Charles tras su escritorio y fumando un apestoso cigarro hindú.

Detestaba aquel hombre de mente plana. No lo podía soportar.

11

(Natalie Marvin)

Enterramos a Martha Tabram la mañana del 9 de agosto. Acudió poca gente al cementerio. El tiempo era desmoralizador; seguía lloviendo... Las chicas y yo no trabajamos en toda la semana. Nuestro ánimo se encontraba por los suelos.

El viejo Nathan seguía sin poder dormir. Decía que era por la herida del hombro, que le dolía horrores; pero yo era la única que sabía la verdad. Para Nathan, los sucesos acaecidos en la guarida de los McGinty le hacían suponer que el Juicio Santo ya le había destinado al infierno de cabeza. Nathan era creyente a su manera. Veneraba al todopoderoso y le maldecía, o se encomendaba a él bastantes veces al día. Era un cristiano atormentado.

En cuanto a mí, solo puedo decir que tampoco lograba dormir a causa de las terribles pesadillas que sufría. Eran unos sueños terribles en los que el cadáver destripado de Martha me culpaba de su muerte y en los que un McGinty de ultratumba salía de entre las sombras de un callejón y me forzaba brutalmente una vez y otra..., mientras soportaba su fétido aliento, con sus dientes picados y también sus babas.

Pero eso no era todo…

Un temor me atormentaba constantemente. Procuraba olvidarlo por el día y me repetía que todo era fruto de mi imaginación, pero la verdad es que me espantaba dormirme porque sabía que volvería y, de hecho, así lo hacía sin remedio.

Veía a las chicas cubiertas de sangre en el suelo. Un hombre de negro las acuchillaba y las destripaba. Sus órganos se pudrían

junto a sus cuerpos, rodeados de moscas. Ellas no mostraban signos de dolor; estaban mirando al vacío, muertas pero a la vez vivas. Veía a Nathan intentando zafarse de varios hombres y luchando por llegar hasta ellas y salvarlas. También se me aparecía un extraño hombre de negro, calvo, con un misterioso tatuaje en un lado de la cara. A su lado estaba ese inspector al que mandé al diablo en el piso donde se encontró a Martha. Ambos eran asesinados al igual que mis amigas, hasta que únicamente quedaba yo, sola en la húmeda oscuridad. Pero eso no duraba mucho.

La pesadilla continuaba, pues los cadáveres de mis amigas me sujetaban con fuerza, mientras el hombre de negro, esgrimiendo un extraño cuchillo afilado y curvo, me rebanaba limpiamente la garganta. Gritaba sin sentir dolor.

Era entonces cuando me despertaba en medio de un mar de sudor y lágrimas, temblando como una interna en un frío hospital de enfermos mentales.

Algo horrible estaba a punto de ocurrir, lo presentía, lo sentía dentro de mis entrañas, y yo no sabía qué…

12

(Inspector Frederick G. Abberline)

Pasaron los días y el asesinato de la prostituta fue olvidándose poco a poco. Al principio, los periodistas —alentados por mi rechazo a darles cualquier tipo de información que ellos pudieran manipular— publicaron miles de artículos que *resolvían* la muerte de la ramera de manera absurda y ridícula. Hubo alguien —creo que el señor Makarov tuvo algo que ver en ello— que culpó al doctor Ostrog del crimen, ya que no se sabía nada de él, hecho que concordaba con la desaparición del asesino de la prostituta. No obstante, no se le dio mucha importancia a esa teoría cogida con pinzas.

Sir Charles Warren, empecinado en ello, seguía insistiendo en que el crimen era obra de los McGinty antes de ser asesinados, y que el autor de la carta era un periodista que buscaba sensacionalismo barato. Por eso me advirtió que mantuviera en secreto el asunto de las dos misivas escritas con sangre. Sin embargo, el máximo responsable de Scotland Yard se equivocaba de lleno. Yo lo sabía fehacientemente. Había algo malo en todo aquello, algo que luchaba por alzarse ante mí y que yo no podía ver aún.

El sargento Carnahan y el doctor notaban mi honda preocupación e intentaban distraerme en vano. Me apreciaban de verdad.

Más adelante, una noche, tuve aquel sueño.

Había salido de la oficina tarde y me dirigí a mi casa. El correo sin abrir se agolpaba en la mesilla del recibidor de mi piso. La señora Hawk, mi portera, lo había ido acumulando allí.

Hacía días que no pasaba por casa, pero la asistenta la había mantenido en perfecto orden y limpieza, aunque ciertas evidencias delataban que aquel era un piso de soltero.

Me había casado cuando era más joven, cuando todo iba bien. Mi rango era inspector de segunda clase y estaba destinado en Whitehall. Por aquel entonces yo amaba a una buena mujer, pero aquello no duró mucho. Martha enfermó de tisis y su familia insistió en casarnos para hacer felices sus últimos días. Poco tiempo después, ella falleció. Me dolió profundamente su muerte y no volví a mirar a otra mujer desde entonces. Después vino el incidente de la Torre de Londres y mi *ascenso* hasta East End.

Había vivido solo en aquel piso de Whitehall desde que me destinaron a Whitechapel. No tenía familia y apostaba la cabeza a que, fuera de mi mundo profesional y de algún que otro enemigo, si yo desaparecía, nadie iba a preguntarse el motivo.

Mi vida había estado sumida en las sombras hasta que la presencia de Martha logró disiparlas. Con su marcha, la sombra había vuelto a reinar y a hacerse omnipresente.

Por supuesto, no había hablado de esto con nadie. Ni siquiera con el sargento Carnahan o el doctor Phillips. Ellos sospechaban algo, pero nunca lo habían comentado delante de mí, cosa que les agradecía de veras. Me dolía mucho pensar en todo aquello.

Me quité la chaqueta y la colgué en un perchero de la entrada. Después de encender las lámparas de gas del salón y mi habitación —únicas estancias del piso, aparte de un baño—, pedí que me trajeran la cena. La señora Hawk subió poco después con una bandeja que contenía una pechuga de ganso asado y una botella de brandy. Despaché todo con avidez, pues llevaba días sin prácticamente probar bocado; después de leer las últimas noticias en los periódicos, el cansancio comenzó a vencerme, así que me acosté plácidamente.

Todavía pienso que el haber comido bien, dormir en buena postura o el vacío en mi cerebro propiciaron aquel sueño que siempre recordaré.

Estaba en una casa de clase media londinense, lo cual podía apreciar por la calidad de sus muebles y el espacio disponible, además de la limpieza, claro. Un hombre y una mujer se abrazaban tumbados en un sofá y se besaban. La mujer era castaña y bastante guapa. El hombre era delgado y un bigote bien

cuidado adornaba su tez pálida de ojos azules. Conversaban y yo no podía oírles. Una niña pequeña correteaba por la sala. Su madre, arrobada, la miraba desde el sillón. La felicidad inundaba aquella habitación.

De repente, la puerta del apartamento se abrió de golpe y varios hombres rudos, con porte militar y rostro hosco entraron en la estancia con sendos revólveres, los cuales centellearon a la luz de las lámparas de gas de la habitación. La mujer gritó de puro miedo. La niña lloró con fuerza, abrazándose a su madre. Dos tipos más irrumpieron en la habitación. Uno era alto y delgado y lucía una larga gabardina negra que le hacía parecer un siniestro murciélago. No puede verle el rostro. El otro individuo era más bajo y enérgico que su compañero y parecía estar al mando del asalto. Llevaba un sombrero hongo de fieltro negro y una chaqueta pardusca. Tampoco le vi el rostro.

Al ver a los invasores, el hombre del sofá se levantó y, furioso, les gritó algo; pude apreciar que fue en tono autoritario y familiar, como si conociera al hombre del sombrero hongo. Este encendió un cigarrillo con una cerilla que frotó en su caja de cartón y aspiró varias bocanadas de humo gris, ignorando al hombre del sofá. Les hizo una seña a sus compañeros con la mano y sonrió. Dos de ellos cogieron al joven del sofá y lo sacaron a rastras del apartamento, entre protestas, gritos e insultos. Otro se hizo con la niña como si fuera un saco y la llevó fuera de la habitación, separándola bruscamente de su histérica madre, que no dejaba de sollozar entre cortos gemidos.

Los hombres que quedaban se acercaron a la mujer asustada, que se acurrucaba en el sillón. El tipo sin sombrero sacó un reluciente revólver del interior de su gabardina y le apuntó. La señora de la casa sabía lo que iba a hacer, por lo que gritó. Yo intenté detener al criminal. El individuo disparó en la cabeza a la aterrorizada mujer, que cayó sobre el sofá muerta.

La niña comenzó a llorar, intentando despertar a su madre inútilmente. El hombre del sombrero hongo se acercó a ella, la miró con desprecio y ordenó al tipo de la gabardina —que guardaba su revólver— que se la llevara. El hombre cogió a la niña con brusquedad y la sacó de la habitación, mientras los otros cogían el cadáver de la madre de la niña.

Grité desaforado, pero nadie me oyó. Los hombres metieron al hombre joven en un coche y a su hija pequeña en otro, y se los llevaron.

Más tarde, me encontraba en un agua rojiza. El cadáver de la chica estaba a mi lado metido en el agua, que era sangre. Oía sirenas de barco a lo lejos...

Me desperté sobresaltado y no conseguí conciliar el sueño a partir de ese punto de la dramática historia.

La pesadilla se repitió varias noches seguidas. Durmiese donde durmiese, el sueño se introducía en mi mente y me hacía recordarlo una y otra vez. Intenté recurrir a medicamentos para dormir que me recetaba el doctor Phillips, pero no obtuve ningún resultado satisfactorio. Incluso probé con pequeñas dosis de droga confiscada a un traficante del puerto, pero solo conseguí depender de ella como un enfermo. Echando mano de la fuerza de voluntad propia de mi familia, dejé la droga aparte y volví a medicarme. El sueño se repetía cada noche, me perturbaba mis pensamientos y me abstraía de mi trabajo.

Se lo comenté al sargento un día en el despacho.

—¿Por qué no la busca? —preguntó serio.

—¿A quién? —inquirí extrañado.

—A la mujer de su sueño, inspector —carraspeó tres veces antes de continuar—. Bueno, más bien a su cadáver —sugirió Henry Carnahan, un tanto irónico y arqueando una ceja.

—¡Por supuesto, sargento! —exclamé en voz alta—. Como no tengo trabajo, he de dedicarme a buscar a una mujer muerta de un balazo en mi sueño y que se pudre en el río —añadí con sorna.

—¿Cómo sabe que está en el río? Podría estar en algún lago... En el Serpentine del Hyde Park, quizás.

—Está en un río. En el Támesis, más concretamente… Oí sirenas de barcos… —recordé con voz queda. De repente, recapacité y me di cuenta de que estaba hablando de algo onírico—. No me líe, sargento, no me líe. Es solo un sueño. No es real. Es fruto de mi mente cansada. Unos días de vacaciones y ya no volverá.

Una franca sonrisa iluminó el rostro de Carnahan.

—Hagamos una apuesta, inspector —me propuso. Inteligente, el sargento sabía de sobra que la mejor forma de que hiciese lo que él quería era retándome—. Acudimos a ver al jefe Bauer, de la Policía fluvial, que nos debe varios favores, y dragamos el río. Tranquilamente, sin prisas, hasta dar con el cuerpo de la chica… Si aparece, me invitará usted a cenar en el Larry. Si no, lo haré yo.

—Trato hecho —acepté sonriente. El suboficial había logrado picarme—. Vamos a ver al jefe Bauer.

La sede de la Policía fluvial de Scotland Yard se encontraba en el mismo edificio, cercana a la del Departamento de Investigación Criminal, así que antes de encaminarnos allí, el sargento y yo fuimos a hacerle una visita al jefe Swanson, que estaba, como siempre, agobiado de trabajo hasta las cejas.

Estuvimos poco tiempo en el Departamento de Investigación Criminal con Donald Swanson. El jefe Bauer, inspector jefe de la Policía fluvial, nos esperaba en su despacho. Este era humilde y, aparte de una mesa de roble en el centro, había también dos sillas y un tablón de corcho con decenas de papeles prendidos en él; una de sus paredes estaba ocupada al completo por un inmenso mapa de Londres, que dejaba algo empequeñecido mi modesto mapa de Whitechapel y alrededores. El jefe nos indicó dos asientos ante su mesa y, después de encender un puro, nos miró expectante.

—Inspector Abberline, ya sabe, no soy muy aficionado a hacer favores a la gente —precisó a modo de advertencia, aunque su tono amable lo delataba—. Pero usted me salvó el culo en ese asunto de las bandas del puerto en la City y yo, claro, no olvido que gracias a usted aún conservo mi empleo —añadió, señalando con la mano libre el austero despacho.

Era un hombre pálido, de mostacho recto y bien recortado. Se peinaba hacia atrás, sin línea, y vestía siempre el típico uniforme de policía, bien planchado, impecable.

Entré de lleno, con toda energía.

—Sir Charles nos jode a todos, jefe Bauer —opiné, tras morderme el labio inferior.

Él aprobó mi golpe al jefe de Scotland Yard con una sonora carcajada.

—Bien, bien, inspector —asintió con la cabeza—. Tengo entendido que busca usted un ahogado.

—Ahogada, más bien —le corregí.

—Excelente… —aprobó el jefe Bauer, lacónico. Le di la descripción de la mujer que había apuntado en un pequeño papel y entonces él nos informó del plan de acción—. Mis chicos dragarán todo el río de cabo a rabo y la encontrarán... Puede estar seguro de ello… ¿No le correrá mucha prisa…?,

¿no? Mejor así. Tenga en cuenta que el Támesis es muy largo y profundo... Tardaremos varios días…

—No hay problema. Muchas gracias por todo, jefe Bauer —dije y le estreché la mano al levantarme.

El sargento y yo salimos del despacho y volvimos a Whitechapel, en el coche que Benjamin Lancaster había conducido hasta la sede de Scotland Yard.

En la puerta del 74 de Brook Street aguardaba un coche negro y austero, tirado por dos caballos azabaches que relinchaban furiosamente. En la parte superior del coche, un hombre embozado en una gabardina negra esperaba sentado, riendas en las manos, mientras fumaba con parsimonia un cigarrillo.

La puerta de la casa se abrió, y un hombre con un sombrero hongo salió afuera y cerró la puerta tras de sí. Se dirigió al cochero con voz neutra.

—Todo listo. El doctor cree que ya está recuperado. Tendrás que conducirlo hasta la próxima y vigilarlo.

El cochero asintió.

—De acuerdo —se limitó a decir.

El hombre se introdujo en el coche.

El cochero fustigó a los caballos, que partieron calle abajo arrastrando el coche detrás de ellos.

13

(Natalie Marvin)

Los días fueron pasando y el mal tiempo fue cesando, hasta dar paso a días más soleados y calurosos, más propios de la estación estival.

Nuestro humor, en general, había mejorado y la muerte de Martha había escapado de nuestras mentes, lo que no significaba que la hubiésemos olvidado. Seguía en nuestros corazones, pero, como había dicho Kate: "La vida sigue, chicas".

Todas optamos por seguir esta opción.

Había pasado casi un mes y agosto estaba a punto de terminar. Trabajamos como leonas para pagar el alquiler de la casa y para impedir que el viejo Nathan volviera a trabajar, pues al fin y al cabo su trabajo era mucho peor que el nuestro.

Transcurrieron los días, cada vez más largos, de aquel maldito agosto. No había día que no me acordara de la pobre Martha. Fue la noche del 31 de agosto cuando el horror reapareció.

Habíamos llegado todas a casa excepto Polly, que se había demorado con un cliente. Cenábamos un suave caldo de gallina que había preparado Lizie. El viejo Nathan purgaba por su violación del quinto mandamiento, por lo que no probó bocado. El caldo de Polly se enfriaba y vi que ya eran más de las diez. Mirando por la ventana, observé como los faroleros, quienes portaban una gran vara con un extremo encendido, prendían fuego a las farolas de gas de la calle para iluminarlas. "Joder, para un día que podemos comer bien y esta mujer se

retrasa", pensé. Eso era cierto, ya que los alimentos escaseaban. Cada vez comíamos menos y eso se notaba en Mary y en mí en demasía.

Lizie había conseguido dinero suficiente para comprar el ave que ahora ingeríamos en forma de caldo. Ignoro cómo lo logró. Lizie, Mary y Polly siempre traían más dinero a casa que las demás. Mary era bastante atractiva para los babosos y sabía utilizar bien sus virtudes. No obstante, ignoraba las cualidades de Lizie y Polly. Lizie era un encanto, al igual que Polly, pero los babosos de turno raramente apreciaban eso en una puta. Sospechaba que Lizie tenía algún lío con un hombre, pero no podía asegurarlo con certeza. En cuanto a Polly..., ella seguía siendo un misterio para mí.

Aquella noche fue distinta. Teníamos cena y estábamos contentas. La muerte de Martha estaba ya casi olvidada y cada una proseguía con su propia vida. El viejo Nathan seguía como siempre, callado y taciturno.

Nosotras nos reíamos de los chascarrillos de Catherine, que volvía a estar un poco bebida. Cuando terminamos, recogimos la mesa y guardamos las sobras de la comida. Permanecimos sentadas en la cocina charlando hasta las once de la noche y después subimos a arreglarnos para trabajar. Me vestí de forma práctica, es decir, enseñando y abultando tanto como se podía mis sensuales pechos bajo el desgastado corpiño, decorado con encaje veneciano —para atraer babosos—, y me puse la falda y debajo toda la ropa que tenía, para que me permitiera hacer *el truco*.

Las chicas y yo salimos de casa juntas y nos separamos al comienzo de Whitechapel Road. Antes de abandonar la casa, noté la mirada de lástima que Nathan me lanzó cuando creía que no le observaba. Seguía culpándose y odiándose por haberme arrastrado hacia toda aquella mierda. Pero no era culpa suya. La profesión de ramera estaba destinada a todas las niñas de Whitechapel en cuanto les salían los pechos. Algunas la esquivaban con unos buenos padres, un buen marido con trabajo..., lo que no era mi caso, ni el de las chicas, ni del resto de desventuradas que vendían su cuerpo a diario en las calles de Whitechapel.

Enfilé calle abajo y me topé con un grupo de borrachos. Aparté a uno que estaba más bebido que sus compañeros y me lo llevé aparte.

—Y bien… —le dije, soltándome algunos corchetes del cierre delantero del corpiño para que mirase con lascivia mis turgentes pechos—, ¿qué me puedes dar por esto?

El baboso se desabrochó el cinturón y se me acercó ansioso.

Vuelta a empezar…

Se había hecho muy tarde, y Polly estaba tan borracha y deprimida, que ya no era capaz de encontrar el camino a Buck's Row.

Había intentado alquilar una habitación en una pensión cercana de mala muerte, llena de chinches y pulgas, pero el alcohol le había jugado una mala pasada; dilapidó su dinero y lo redujo a solo dos peniques, por lo que no pudo arrendar la habitación, cuyo coste exacto eran tres peniques. Acordó con el portero de la pensión que volvería más tarde con el dinero y le hizo prometer que le guardaría una cama.

Dando traspiés, Polly vagó por las calles en busca de clientes, pero estas estaban ya vacías. En un momento dado, un coche de caballos negros se situó junto a ella. El cochero tiró de las riendas y el vehículo se detuvo, entre los furiosos resoplidos de los animales.

—Buenas noches, bella señorita —saludó el cochero desde su asiento, mirándola con sorna. No decía lo que pensaba, pues su tono de voz era frío.

—Soy señora y mi marido es un capullo —no sabía por qué diablos había dicho eso, pero era, en parte, uno de los motivos que la habían impulsado a la prostitución y a la bebida. Hacía un año que Bill había huido de Londres con una comadrona y la había dejado con dos bocas que alimentar.

—Bien, bien… —se notaba que al cochero no le importaban las historias que aquella vulgar fulana tuviera que contarle—. Mi señor te ha visto y se siente atraído por ti.

—¿Por mí? —preguntó Polly incrédula.

—Sí, por ti —el cochero hizo una fea mueca—. Está ahí dentro, en el coche —señaló el interior del vehículo, que permanecía a oscuras—. Es un caballero muy distinguido que desea pasar un buen rato en el coche con una mujer de verdad, digamos que… ¿por dos florines? ¿De acuerdo?

Polly abrió los ojos como platos. Ni se lo pensó.

—¡Ábreme la puerta! —urgió al cochero—. ¡Por mí está bien!

—Tranquila, mi querida amiga, todo a su tiempo. Mi señor te ofrece este regalo.

El cochero sacó una botella de vino y se la alcanzó a la mujer, que miró la botella con deleitación.

—Es buen vino... —murmuró al ver la etiqueta.

—Uno de los mejores. Es francés, de Aquitania… —convino el cochero mientras su siniestra mirada recorría el cuerpo de la prostituta—. Bebe —le indicó con un ademán del enguantado pulgar derecho.

Polly se llevó la botella a la boca y bebió. Al instante comenzó a sentirse mal. Le tendió la botella al cochero con las manos temblorosas, quien la cogió y la volvió a guardar.

El cochero sonrió cínicamente y bajó de un salto de su coche. Se puso frente a él, abrió la portezuela e hizo descender una escalerilla de metal hasta Polly. Ayudó a la mujer a subir y cerró la puerta.

El interior del coche estaba completamente a oscuras. Sin embargo, Polly pudo notar la presencia de alguien más. Su aliento le delataba…

—Buenas noches, señor —saludó con timidez.

Una voz masculina, silbante y áspera, le contestó:

—Buenas noches, Polly.

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó ella sorprendida.

Unos golpes en la superficie de madera del coche se dejaron oír desde el lugar que ocupaba el hombre. Ante esta señal acústica, el vehículo se puso en marcha.

—¿Deseará algo especial? —preguntó ella para agradar al cliente.

—Solo lo normal… —respondió él—. ¿Dónde vives, Polly?

—En Buck's Row, señor —dijo la prostituta.

—Estupendo... —murmuró el desconocido en tono glacial—. ¡Crow, a Buck's Row! —indicó con voz autoritaria.

El coche giró a la derecha.

—Muy bien, Polly… Ven aquí —exigió el hombre.

La aludida se acercó al lugar que ocupaba el cliente y esperó paciente.

—Siéntate encima de mí —pidió él, que ya sentía el aguijón del deseo.

Polly se levantó la falda y se sentó sobre las piernas del hombre, mirando su rostro en sombras. Al instante notó su miembro rozando sus piernas. Cogió el duro órgano viril con las

manos, que sobresalía bien erecto entre las piernas, y lo introdujo dentro de sí. Comenzó a moverse rítmicamente; notaba como el hombre jadeaba de placer, a la vez que, por los laterales, le acariciaba los pezones debajo del corpiño.

De repente, la luz de una farola de gas cercana iluminó de pasada lo suficiente el rostro de su cliente como para que Polly lo reconociera.

—¿Michael? —su pregunta quedaría sin respuesta.

El hombre reaccionó deprisa.

Agarrando a Polly del pelo, la tumbó en el asiento con violencia. Ella intentó debatirse, pero estaba muy borracha para lograrlo. La cabeza le daba vueltas y ya sentía náuseas. Entonces, horrorizada, pudo ver como Michael esgrimía un objeto que brilló a la luz de las farolas de la calle.

Intentó zafarse del hombre y gritó en busca de ayuda, pero él la obligó a presentarle el cuello, tirando de su cabello hacia atrás, mientras mantenía el objeto por encima de su cabeza. Polly descubrió con espanto que Michael llevaba un largo cuchillo. Con un rápido movimiento, él esgrimió la afilada arma blanca e infringió una larga herida en el cuello de Polly. La mujer sintió que se le iba la cabeza. No la había matado, pero la herida haría que se desangrase poco a poco. A pesar de todo, aquellos no parecían ser los planes de Michael.

Empleando toda su fuerza, hizo un potente tajo con el cuchillo en la garganta de Polly, que casi la decapita. Falleció al instante, entre borbotones de sangre que bañaron los asientos del coche y todo el torso de Michael.

Este se sentó al lado de la mujer muerta, jadeando. Se secó el sudor con un pañuelo y miró el cadáver, que yacía a su lado escupiendo sangre por la garganta cercenada.

El coche se había detenido.

—Crow… —llamó a su cómplice desde el interior del coche.

—¿Señor? —la portezuela del coche se abrió y el cochero apareció en el umbral.

—Debemos continuar con el ritual… —afirmó con voz cavernosa—. Mi maestro así me lo ha mostrado. —¿Dónde dijo que vivía? —preguntó interesado.

—En Buck's Row, señor —contestó Ichabod Crow.

—Perfecto… —comentó mientras empezaba a limpiarse la sangre de las manos con un pañuelo—. Llévanos allí.

Crow cerró la puerta del coche y subió al asiento del conductor. Al final de la calle, un hombre embozado en una gabardina negra estaba recostado en una farola. Crow lo miró fijamente.

—¡Buck's Row! —exclamó.

El hombre asintió en silencio y luego desapareció tras una esquina. Crow apremió a los caballos con su látigo. Los animales resoplaron y partieron al trote.

Buck's Row estaba desierta a aquellas horas de la noche. La carencia de farolas y de transeúntes hacía de la calle un lugar idóneo para llevar a cabo el macabro trabajo que pretendían hacer.

Crow detuvo de nuevo el coche, ahora en un lugar que le pareció lo suficiente apartado y oscuro, y descendió del vehículo de tracción animal.

Su señor bajó de él e inspeccionó el lugar, dándose por satisfecho. Mientras, Crow hizo descender del coche la maleta de su señor y el cadáver de la mujer muerta, cuya cabeza colgaba grotescamente de un hilo. El cochero la colocó en el suelo.

—Muy bien, muy bien... —Michael abrió el maletín y extrajo de él el largo cuchillo con el que había decapitado a Polly—. ¿Sabes, Crow…? Hubo una vez tres traidores que mataron a un hombre importante. Se les castigó cortándoles el cuello de izquierda a derecha y poniéndoles las entrañas colgando del hombro derecho, no sin antes sacarles los órganos reproductores.

El cochero oteó la calle, nervioso.

—Tenemos el cuello cortado... —Michael se arrodilló junto a Polly y levantó la falda y las enaguas. Un vientre plano y pálido lo recibió.

—Señor, si me lo permite, aparcaré el coche en la siguiente calle y buscaré al resto de los hombres —aventuró Crow.

—No te preocupes, amigo mío —dijo Michael esbozando una sonrisa—. Mi comedido es tan importante, que el Gran Arquitecto me hará invisible ante ojos indiscretos.

Ichabod Crow ignoró el desvarío y montó en el coche. Lo condujo calle abajo y desapareció con él tras la esquina. En la nueva calle, donde se elevaban vaharadas de pestilencia por las aguas fecales, lo hizo detenerse cerca de la acera y observó la calle con ojos de halcón. Cinco hombres se acercaban, mientras algunas ratas, orondas y peludas, corrían en distintas direcciones.

—Llegáis tarde —saludó hosco.

—Lo siento, capitán —se disculpó uno de ellos.

—Está allí abajo —señaló Crow con un brazo extendido—. Vamos con él —indicó a la vez que bajaba del coche.

Los seis cruzaron la calle y entraron en Buck's Row.

Fue entonces cuando Crow vio, horrorizado, como un tipo viejo y alto, iluminado por la cercana luz de una farola, apuntaba a su señor con un arma.

—¡Joder...! —masculló—. ¿A qué esperáis, idiotas? —gritó a sus hombres—. ¡Fuego! —ordenó con voz estentórea.

Los cinco tipos abrieron fuego contra el hombre del revólver. Crow corrió hacia la calle donde estaba aparcado su coche y subió de un ágil salto.

"¡Mierda de puta!" pensó. Fustigó a continuación a los caballos con su látigo, cuyo relincho sonó muy agudo en la desolada calle. Dirigió el coche a toda velocidad hacia Buck's Row.

14

(Nathan Grey)

Algo iba mal y yo lo sabía. Lo sentía en cada uno de mis viejos huesos. Una sombra se cernía sobre mí y sobre las chicas. Ese sexto sentido, heredado de las guerras africanas, que siempre sobrevivía en situaciones límites y soportaba un clima sofocante, me alertaba, me avisaba, me decía que estuviera prevenido ante algo. Había una amenaza. Una amenaza oculta se aproximaba...

Algo en mi interior me gritaba a voces algo que yo no podía comprender todavía. Las chicas estaban en peligro.

Saqué mi tabaquera y mi pipa. Vertí un poco de tabaco en la boca de esta y la encendí con un tizón del hornillo de carbón, combustible que ya escaseaba, a pesar de todo el que había en el subsuelo de País de Gales, como todo lo demás.

No se lo había dicho a las chicas, pero pronto deberíamos abandonar la casa. El casero nos echaría, sin lugar a dudas, y más pronto de lo que yo creía. Nos esperaba la calle, su humedad, su niebla…

Aspiré varias bocanadas de humo y pensé.

Al instante, el rumor de los disparos y las atronadoras explosiones acudieron a mi mente, al igual que espectros de otro tiempo. La sangre caliente corría por los canales del acero de nuestras bayonetas… Éramos miembros del Ejército de Su Graciosa Majestad Británica y nos impelía una locura asesina. Oí los gritos de los soldados muriendo, los aullidos de rabia, de agonía… Vi sangre por todas partes, mis manos manchadas de ella...

Me desperté sobresaltado. Me había dormido encima de la mesa. Me desperecé con cuidado y aparté la pipa de mi boca. "Menos mal que no me he quemado", pensé aliviado. Alguien me había echado una manta por encima, así que supuse que las chicas ya habían llegado a casa a una hora más o menos razonable.

Encendí una vela y subí las escaleras hacia el piso de arriba. Antes de meterme en mi habitación, me dispuse a hacer la ronda por toda la casa, tal como solía hacer todas las noches. Era una de mis manías de viejo soldado.

Natalie dormitaba en su cama. La besé en la mejilla y entorné la puerta de su habitación. Kate roncaba ruidosamente en la suya, al igual que Annie. Mary descansaba en su lecho, respirando acompasadamente. Lizie estaba también dormida. Polly..., ¿dónde diablos estaba Polly?

Tiré de la cadena de mi reloj de bolsillo y lo saqué del interior del bolsillo derecho de mi chaleco. Cuando miré a través del cristal roto, advertí que eran más de las cuatro de la mañana.

Polly solía ser puntual. Hacia las dos de la madrugada ya estaba en casa. Era siempre de las primeras. No podía haberse emborrachado porque jamás se cogía una cogorza seria. Aunque siempre le podía haber entrado uno de esos estados de melancolía que tanto la caracterizaban.

Algo iba mal…

Polly solía acompañar a Annie en sus salidas nocturnas. Siempre iban juntas. Pero Polly no había vuelto con Annie, ni tampoco con las demás. Es más, ni siquiera había acudido a cenar.

Un nublado pensamiento de muerte me traspasó el cerebro.

No, no podía ser. Los McGinty estaban todos muertos. Las chicas no tenían ningún otro enemigo gracias a mí. Todos me temían excepto los McGinty, y estos habían probado en sus propias carnes el amargo sabor de las armas de fuego y blancas de Nathan Grey. No había ninguna amenaza más para las chicas en Whitechapel... ¿O tal vez sí?

Corrí hacia la habitación de Natalie y la desperté bruscamente. No había tiempo para miramientos.

—¿Qué pasa, Nathan? —preguntó alarmada.

—Polly no ha regresado todavía —torcí la boca en una fea mueca—. Temo que le haya pasado algo malo —añadí lúgubre.

—¡Joder...! —exclamó Natalie—. ¿Y qué hacemos ahora? —se había levantado de la cama y temblaba de puro miedo.

—Vístete y espérame abajo —le indiqué resuelto—. No despiertes a las demás —me puse un dedo en la boca para mandar silencio.

Salí presuroso de la habitación de Natalie y entré en la mía. Abrí el armario y saqué el revólver. Le metí seis balas en el tambor y lo amartillé. Me lo coloqué al cinto. Después, nervioso, me puse una chaqueta y mi gabardina. Me calé bien el sombrero y bajé a la cocina. Natalie me esperaba vestida en la puerta.

Salimos los dos de la casa y bajamos por la calle, donde ya no quedaba ni un alma. Nos acercamos a las caballerizas cercanas a la esquina de la calle. Allí no había luz de ninguna farola. Dos bultos yacían en la acera, a un lado, cerca de la puerta de las caballerizas y a varias yardas de nosotros. Supuse que eran dos borrachos dormitando, pero Natalie me cogió del brazo y lanzó un grito. Uno de los bultos se había puesto en pie. Empuñaba un objeto metálico manchado de sangre que metió en una maleta, dando a entender que había terminado su terrorífica tarea. Vestía una capa negra y un sombrero de copa. A sus pies, yacía un cuerpo manchado de sangre. El líquido circulaba en pequeños arroyos por la acera, hacia la calzada. Alertado por el grito de Natalie, el hombre recogió la maleta del suelo e intentó huir, pero yo saqué mi revólver con furia desatada. A estas alturas, suponía de quién era el cuerpo del suelo.

Disparé, pero unas extrañas sombras que doblaron la esquina me distrajeron. El individuo recibió un balazo en el hombro, que le hizo caer al suelo. De repente, un coche tirado por furiosos caballos a todo galope entró en la calle y se paró frente al hombre del suelo. Dos tipos más bajaron del vehículo y lo ayudaron a subir a él. Percibí el brillo de las armas de fuego en las manos del cochero, de los dos hombres del coche y de los dos tipos que acababan de doblar la calle. Ellos abrieron fuego.

Le pegué una patada a la puerta de las caballerizas y empujé a Natalie hacia su interior. Me cubrí yo también. Las balas no estaban dirigidas a Natalie y a mí. Solo pretendían asustarnos. No sabían a quién tenían enfrente.

Salí de mi parapeto y disparé una vez. Los hombres ignoraron mi bala perdida y subieron al coche. Pasaron a nuestro lado. Salí de las caballerizas corriendo y a punto estuve de pisar el cadáver tendido a mis pies. Disparé al coche hasta que se me acabaron las balas. Aun cuando ya no quedaba ninguna, no dejé de apretar el gatillo hasta que el coche se perdió de vista. Me di

la vuelta y entonces vi a Natalie arrodillada junto al cuerpo sin vida que yacía en la acera.

Lloraba desconsolada.

—Es Polly, Nathan —susurró entre sollozos.

Miré a la pobre Polly, con la cabeza casi separada del cuerpo y la vista perdida. Me llevé la mano al dorso e impedí la salida de una lágrima que afloraba en mis ojos.

Taciturno, cerré las puertas de las caballerizas con cuidado.

—Vámonos —propuse con voz queda.

—Pero, Nathan... —dijo Natalie—, ¿qué hacemos con Polly? —inquirió asustada.

—¡Vámonos, te digo! —exclamé furioso, cogiéndola del brazo y levantándola bruscamente—. Debemos irnos cuanto antes, Natalie. Dentro de nada esto será un hervidero de policías, y ni a ti ni a mí nos conviene estar por aquí —instintivamente, miré hacia las ventanas de los edificios. Varios curiosos habían encendido las luces de sus tristes hogares y oteaban la penetrante oscuridad. Afortunadamente, no nos vieron.

Cogí a Natalie de la mano y ambos corrimos calle arriba, hacia nuestra casa. Una vez allí, cerré la puerta con llave y con el cerrojo. Un destello de luz nos cegó. Kate, Mary, Lizie y Annie bajaban por las escaleras ansiosas de novedades. Kate llevaba una vela encendida. Al ver el revólver en mi mano se asustaron.

—¡Joder! —exclamó Mary—. ¿Qué ha pasado? —preguntó angustiada.

—Polly... —articuló Natalie lacónica, por la impresión recibida.

—¡Oh, dios mío! —gimió Lizie.

Natalie no pudo aguantar más y comenzó a llorar otra vez.

—La han matado ahí abajo… —musitó triste.

Yo me senté a la mesa y apoyé la cabeza en uno de mis puños. Miré al vacío mientras veía como las chicas se iban uniendo a mí en la mesa. Ya quedaban dos sillas libres. Todas lloraban quedamente.

Annie soltó su rabia, su profunda desesperación.

—¡La pobre Polly! —exclamó desolada—. Jamás hizo daño a nadie… ¡Joder!

Era cierto, pero ya no se podía hacer nada por ella.

15

(Inspector Frederick G. Abberline)

El clásico grupo de curiosos se agolpaba alrededor del cuerpo de la mujer degollada, rodeado por varios agentes de las Divisiones H y J.

El sargento y yo nos abrimos paso entre la gente y penetramos con pasos firmes en la zona acordonada.

Fiel a su reputación de hombre puntual, el doctor Phillips ya había llegado al lugar y, como él, también varios periodistas que literalmente me acribillaron a preguntas. La tensión se palpaba en el ambiente.

—Inspector…, ¿es cierto que ha sido asesinada de la misma forma que la anterior? —me soltó alguien avispado entre el barullo de gritos desaforados, exclamaciones varias y numerosos fogonazos de flash de magnesio.

—No lo sé —balbucí fastidiado por aquella repercusión de publicidad—. Como ve, acabo de llegar… —me mordí el labio inferior antes de lanzar mi advertencia—. Lo siento, caballeros, como ya saben, nada de fotografías.

—Pero, Sir Charles Warren… —intentó justificar uno de aquellos buitres sediento de noticias sangrientas.

Serio, me puse en mi puesto con toda responsabilidad.

—Sir Charles Warren no quiere publicidad en este asunto, señores de la prensa. Dediquen sus esfuerzos a publicar otros artículos más interesantes y de calidad humana —apostillé y, a continuación, le hice una indicación manual al sargento Carnahan.

Lo que siguió a esta seña mía fue un increíble torrente de protestas, preguntas y llamaradas luminosas de las cámaras fotográficas, antes de que los agentes Barrett y Mason hiciesen salir a todos los periodistas del lugar. Algunos transeúntes rieron ante la escandalosa salida de esos reporteros de lo más escabrosos.

—Joder, son como cuervos tras los rastrojos —murmuró para sí el sargento Carnahan.

El doctor Phillips estaba en cuclillas junto al cadáver de Polly y lo observaba atentamente tras sus lentes redondos. Tenía el maletín con sus útiles de trabajo abierto a su lado, sin tocarlo, con la mirada fija en el cuerpo de la desgraciada mujer.

Dos agentes habían conducido la ambulancia desde la comisaría hasta el lugar del crimen. Esperaba a su siniestro ocupante a un lado. La teníamos desde hacía poco y la utilizábamos para cargar a los borrachos inconscientes y para llevar personas hasta el London Hospital. Era una especie de carretilla grande con capota, difícil de manejar y pesada como un cargamento de ladrillos.

El sargento y yo nos acercamos. Maguire, el fotógrafo del Departamento de Investigación Criminal, tomaba panorámicas del cuerpo.

—Le guardaré las mejores, inspector —me dijo mientras trabajaba y levantando la vista hacia mí.

Le hice un gesto afirmativo con la cabeza y me acuclillé junto al doctor. Observé el cuerpo de la víctima.

Era una mujer madura, de unos cuarenta años y de rostro vulgar. Se hallaba tirada al lado de una puerta de las caballerizas, en una posición grotesca, con las piernas abiertas y la ropa manchada de sangre. Su cabeza estaba prácticamente separada del cuerpo. Me fijé en su rostro y me llevé un sobresalto. Aquella era una de las amigas de la difunta Martha Tabram.

—Otra de las chicas. Esta vez el asesino le ha colocado los intestinos por encima del hombro. Se ha llevado el útero —explicó el doctor al verme sentado a su lado.

Observé que le habían levantado la falda y le habían dejado al descubierto todo el abdomen amputado. Las moscas bullían a su alrededor.

—¿La han ultrajado? —pregunté con voz hueca, haciendo un esfuerzo por vencer mi repugnancia.

—No lo parece —opinó el galeno ladeando la cabeza—. Pero un examen más detallado nos lo confirmará —miró la

masa sanguinolenta que tenía ante él y añadió—. Esto es distinto, Fred. Es más profesional, más metódico. La otra vez fue un acto irracional, pero ahora no. No ha asestado más golpes que los estrictamente precisos.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral. En el fondo quería pensar que aquel sádico misógino era un tendero, un borracho, un loco tal vez. Aunque Sir Charles Warren lo negara, o no quisiese verlo, todos los indicios apuntaban a que aquel asesino era culto. Un hombre preparado, inteligente, con medios para hacer lo que quisiese... Era una perspectiva inquietante, pero había que descartarla de momento, por el bien de todos…

Henry Carnahan mostró su asombro.

—¡Por dios, caballeros! —exclamó—, ¿No les asusta que ese cadáver les contagie alguna enfermedad?

—Soy forense —replicó al instante Bagster Phillips—. Estoy expuesto a ellas a diario, mi buen sargento —rió el doctor.

El subinspector Chandler se acercó al lugar y nos saludó. Era un hombre calvo, bajo y enérgico.

—¿Realizará el informe aquí mismo, inspector Abberline? —quiso saber.

—Si el sargento Carnahan no tiene inconveniente en tomar apuntes y el doctor, en ir dictándonos... —precisé meditabundo ante la horripilante escena que dilataba mis pupilas.

El suboficial se preparó para tomar nota sacando una libreta y un lápiz. El subinspector Chandler, siempre eficaz y metódico, comenzó a argumentar el nuevo crimen.

—La difunta fue encontrada hacia las cuatro de la mañana por dos cocheros, Charles Cross y Robert Paul, que corrieron en busca de un agente. En la salida de la calle se toparon con el agente Mizen, número 55 de la División H, que se dirigía hacia el lugar porque había oído tiros cerca. Este es un dato confirmado por los vecinos y por los disparos que chocaron contra las puertas de las caballerizas —tragó saliva antes de continuar su relato. Anoche hubo un tiroteo aquí, inspector.

Cuando Mizen y los dos cocheros llegaron al lugar, el cadáver había sido descubierto por el agente John Neil, número 47 de la misma división, que dio la alarma al resto de agentes de patrulla por la zona. Más tarde, los agentes localizaron al doctor Lewellyn, que vive cerca de aquí, con la esperanza de que la mujer viviese todavía.

—Ya… —acepté con voz hueca—, ¿no vieron que estaba decapitada?

—La luz era escasa, señor —contestó Chandler mientras miraba en torno suyo.

Me acerqué a la cabeza de la mujer y olí algo. Un aroma extraño emanaba de su boca. Le pasé los dedos por los labios y volví a oler.

El doctor me miró un tanto extrañado.

—Fred… —me llamó arrugando después la nariz—, ¿qué pasa?

—No estoy seguro, pero creo... que esta mujer bebió vino antes de morir.

Phillips acercó entonces sus dedos a los labios de la mujer muerta y se los introdujo en la boca inerte y fría. Olió fuerte y me miró con estupefacción.

—Tienes razón. Sí, es vino... y de muy buena calidad y buena cosecha, debo añadir —afirmó el forense.

—¿Qué diablos hacia una furcia como esta con vino de cosecha? —se interrogó el sargento—. Nadie en todo Whitechapel puede pagarse vino de cosecha, a excepción de...

—A menos que sea judío… —intervine raudo, convencido de mis palabras—. Olvidémonos de esto por ahora. Anótelo en el informe, sargento —él hizo lo que le mandé—. Su turno, doctor.

El aludido asintió, pero sin perder de vista el cadáver.

—La víctima presenta dos heridas en el cuello. La primera incisión es de casi cuatro pulgadas*... —Phillips sacó un compás de metal de su maletín y midió la herida—. Comienza a unos dos centímetros y medio por debajo de la mandíbula, justo debajo de la oreja izquierda. Por este dato, deduzco que el asesino era diestro.

El lápiz del sargento se movía nerviosamente por la superficie del cuaderno. El *poff* de un flash de magnesio se dejó escuchar detrás de mí. Supuse que Maguire aún no había terminado.

—El otro corte —prosiguió el doctor con voz impersonal, fruto de su larga experiencia como forense— empieza también en el lado izquierdo, una pulgada por debajo de la primera y ligeramente más separado de la oreja. Mide casi ocho pulgadas de largo y es más profundo que el anterior. Atraviesa los vasos sanguíneos, parte del tejido muscular y de los cartílagos, y roza las vértebras.

Tosí con fuerza.

*La pulgada equivale a 2,54 centímetros.

—Casi le cortó la cabeza —resumí.

—En efecto —Phillips me miró un instante—. De un tajo bastante limpio.

—Y con un cuchillo bastante afilado. Enarbolado por una mano diestra…, ¿no le parece? —concluí.

—Aunque al principio un poco nerviosa… —precisó el especialista forense—. Parece ser que o la mataron en otro lugar o le rebanaron el cuello ya muerta —afirmó pensativo.

—Eso explica la ausencia de sangre —intervino Chandler.

—¿Y la sangre de los cortes abdominales? —pregunté interesado.

El doctor frunció el ceño antes de replicar.

—El agente Neil observó que la víctima había sido tapada con cuidado y que se habían cubierto sus heridas con la falda que llevaba. Esta parece ser la causa de la ausencia de sangre. La absorbió casi toda.

Examiné la inexistencia de farolas en ese punto de la calle.

—Trabajó con escasa luz o con ninguna —afirmé con rotundidad.

El galeno asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Esto se va poniendo interesante, Fred… —se volvió hacia sus ayudantes, que esperaban junto a la ambulancia—. Llévenla a la funeraria más cercana y alquilen de paso un coche fúnebre y una caja. Trasládenla después hasta el depósito. Dense prisa, por favor —añadió con su exquisita educación.

Los hombres asintieron con gravedad y levantaron el cadáver con cuidado para, posteriormente, colocarlo en la ambulancia, a la que echaron la capota. Había que evitar la malsana curiosidad de algunos ciudadanos.

En el ínterin, el doctor dejó en el aire una pregunta.

—¿Creéis que es el mismo tipo que asesinó a la señora Tabram?

—No lo sé —me encogí de hombros—. Alguien se cebó con la señora Tabram. Todas esas puñaladas denotaban ira… ¿Pero esto qué denota? Solo que el asesino es metódico.

—Ya, pero en ambos casos se aprecia la huella de alguien culto —opinó el sargento.

Phillips nos miró a los tres, uno a uno, antes de dar su autorizada opinión profesional.

—¿Pero por qué el cuello cortado, las entrañas encima del hombro derecho y la extracción del útero? —preguntó intri-

gado—. No tiene sentido. Como tú has dicho, Fred, la muerte de Martha Tabram denota furia, y ése es un sentimiento comprensible. Pero esto no demuestra ningún sentir… —susurró la última frase como si hablara para sí mismo—. Yo diría que parece...

—Un ritual, sí —le interrumpí—. Yo también lo creo.

Henry Carnahan puso los ojos en blanco.

—¿Están queriendo decirme que ese jodido loco está intentando hacer algo sobrenatural? —inquirió incisivo y estupefacto por lo que acaba de escuchar.

—No lo está intentando, sargento. Mientras él lo crea así, lo hará —afirmó el doctor con absoluto convencimiento.

Los tres miramos gravemente como los agentes, dirigidos por Chandler, conducían la ambulancia entre la multitud. Miré hacia el tumulto, que se abría paso para cedérselo a la ambulancia, y entonces descubrí a un hombre tomando instantáneas.

—¿Quién es? —le pregunté a Carnahan.

—No lo sé, inspector —repuso el sargento.

Llamé al agente Mason.

—¿Quién es ese tipo? —lo señalé con el brazo diestro bien extendido.

—El fotógrafo del depósito, inspector. Es el que autorizó el doctor Phillips —informó el policía de calle.

El aludido mostró su expresión de sorpresa.

—Yo no he autorizado nada a nadie —dijo mientras recogía sus bártulos y los metía en su maletín de galeno.

Lo comprendí todo.

—¡Oiga! —le grité al fotógrafo. En ese momento este cambiaba la mecha del flash de magnesio. Dio un respingo al oírme y echó a correr con la cámara en brazos entre la multitud.

—¡Detengan a ese hombre! —grité a pleno pulmón.

El fugitivo salió del grupo de curiosos a codazos y corrió calle arriba, cual alma que lleva el diablo. El sargento, Mason y yo fuimos tras él tan rápido como nos permitían nuestras piernas y gritándole el consabido: "¡Alto a la autoridad!".

Un coche de veloces caballos negros entró en Buck's Row y se detuvo frente al misterioso fotógrafo. Este se subió dando un enérgico salto, y el coche se volvió a poner en marcha a una recia orden del cochero.

El hijo de la gran puta se nos había escapado.

—Dejémosle ir —admití resignado—. Y volvamos a nuestro escenario del crimen.

Así lo hicimos, aunque un tanto cabizbajos. La gente se hallaba en estado de ebullición ante los últimos acontecimientos. Tuve que gritar que el hombre no era el asesino, sino un simple periodista.

"Estúpidos", pensé. La gente se lo creía todo…

—Me intriga algo, Fred… —comentó el doctor—. Las amigas de la difunta no han hecho acto de presencia todavía.

—Es curioso —no había caído en la cuenta de ese sutil detalle—. Tiene usted razón.

Una desagradable voz graznó a nuestras espaldas:

—¿Las amigas de Polly Nicholls? —me giré al momento. Una anciana de aspecto siniestro nos miraba al doctor y a mí.

—¿Perdón…? —pregunté arrugando la frente.

—Viven por allí arriba, en el 35 —afirmó aquella desagradable vieja, que era lo más similar a una bruja del medievo.

—Gracias, señora, por la información —repliqué cortés—. ¿Dice usted que la víctima se llamaba Polly Nicholls? —pregunté. Hice una seña al sargento, que se acercó diligente y tomó nota.

—Así se la conocía por aquí —escupió una flema que se estampó contra el suelo—. En realidad se llamaba Mary Ann —la vieja miró a ambos lados de la calle, como si buscara a alguien no deseado que la escuchara. Pero al toparse con los curiosos que estaban pendientes de los policías, prosiguió—. Sus amigas viven en el 35, al cuidado del viejo Grey. Tengan cuidado si van allí.

—¿El viejo Grey? ¿Será Nathan Grey? —intervino el subinspector Chandler arqueando mucho las cejas—. Desapareció de la circulación hace años. Era un asesino a sueldo.

—¡Es un asesino a sueldo! —exclamó la vieja, soltando su ira— ¡El más sanguinario de todos! ¡El otro día mató a todos los McGinty! —volvió a hacer sonar su risa de hiena, enseñando una boca con pocos dientes llenos de caries, y después se internó entre los transeúntes.

Carnahan lanzó un bufido de desdén.

—Desvaríos de una vieja chiflada —afirmó—. No le preste atención, inspector.

—Tal vez, sargento, tal vez… Pero tengo curiosidad por comprobar quién vive en el 35 de esta calle —miré hacia la parte de arriba de esta—. No queda lejos y si tiene usted el gusto de acompañarme...

16

(Natalie Marvin)

Estaba histérica, sentada junto a las demás en la cocina, esperando una de las incursiones de Nathan por el barrio. Había ido a investigar qué pasaría con la pobre Polly y si nos habían visto la noche anterior. Todavía no había regresado.

Por supuesto, les habíamos contado a las chicas nuestro hallazgo del cuerpo de Polly en la acera y la intervención a tiros de Nathan contra los misteriosos tipos del coche.

Todas estábamos calladas, rezando para que ningún polizonte astuto recordase la cara de Nathan y le detuviera, pues no era totalmente invisible para los ojos de la Policía. Conocían su trabajo así como sus *hazañas*, y había alguno que se había tropezado con él; a pesar de esto, no creían en Nathan Grey. El viejo Nathan era otra leyenda urbana más.

Lizie se mordía las uñas con nerviosismo, mientras Mary retorcía un trapo viejo. Kate bebía de una petaca a grandes tragos.

Unos golpes quedos se dejaron oír al otro lado de la puerta. Nos quedamos todas heladas y paralizadas en el sitio. Los golpes resonaron de nuevo, ahora con más energía.

—Abre —le susurré a Mary.

La chica se acercó despacio a la puerta y descorrió el cerrojo. Hizo girar la llave y tiró de la manilla. Dos hombres se encontraban en el umbral. Uno era de mediana estatura, delgado y bastante atractivo, aunque en su rostro se advertía enseguida la amarga huella de la soledad y la ausencia de cariño.

El otro era mayor que él, ligeramente más alto y mucho más gordo. Su orondo rostro lucía un modesto bigote pelirrojo. El tipo gordo llevaba el bombín en las manos y le daba vueltas. El otro iba descubierto.

—Buenos días, señoras —saludó el varón grueso.

Les reconocí en ese momento. Eran el policía gordo y el inspector al que mandé al diablo con sus condolencias cuando la muerte de la pobre Martha. ¡Dios, la Policía estaba en nuestra casa! Recé efusivamente para que Nathan no apareciese.

—Soy el inspector Abberline y este es el sargento Carnahan. Investigamos la muerte de Mary Ann Nicholls y Martha Tabram —explicó educadamente el hombre delgado—. Tengo entendido que eran amigas suyas.

—Yo no sé nada —dijo Kate mirando con insolencia a los policías. Tras beber otro trago de su petaca, subió a su habitación.

—Yo tampoco —indicó Annie, siguiendo el mismo camino que Kate.

Mary franqueó el paso a los dos policías en nuestra deprimente vivienda y los invitó a tomar asiento en la mesa. No lo aceptaron y se quedaron de pie, observándolo todo.

—Así es, conocíamos a Polly y a Martha —habló Lizie encarándose al apuesto inspector—. Ya nos vio usted el día pasado en George Yard.

—Deduzco, señoras, que ustedes ya sabían de la muerte de la señora Nicholls… —Mary intentó mentir, pero el inspector la cortó alzando una mano—. Antes de que mienta, señorita, he de decirle que esconden ustedes muy mal sus pensamientos.

—¿Y qué es esconder bien unos pensamientos, inspector? —le pregunté con descaro.

—Verá, señorita... —titubeó él.

—Marvin, Natalie Marvin —afirmé resuelta.

—Verá, señorita Marvin… Lo deduzco por su ausencia en el lugar de los hechos, a pesar de que se encuentran a escasas yardas de allí. Aparte, cuando hemos entrado, han mostrado evidentes signos de espanto, lo que me induce a pensar que ya sabían de la muerte de su amiga.

"Puto cabrón engreído. Nos ha descubierto", pensé con el ánimo decaído.

—Tranquilas, no vengo a detenerlas —dijo Abberline en tono apaciguador—. Solo busco ayuda para esclarecer todo

esto… Ustedes afirmaron que los McGinty les perseguían…, ¿no es así?

—Así es —afirmó Lizie.

—Pero muertos los McGinty... ¿por qué y quién ha asesinado a Mary Ann Nicholls? —nos miró a todas, una a una, escrutándonos con ojos expertos—. Yo estoy perdido, señoras, y no sé esclarecer esto. Necesito que me ayuden… ¿Les ha pasado algo de importancia aparte de estas muertes?

Mutismo absoluto. Ninguna de nosotras sabía de nada extraño aparte de esto. Bueno, estaba el asunto de...

Nathan entró en la casa y dio un respingo al ver a los dos policías. Hizo amago de sacar su revólver, pero el hombre gordo fue más rápido que él, pues le encañonó presto.

—¿Señor Nathan Grey? —preguntó el inspector gélidamente—. Tire el arma que lleva y pase… Haga el favor.

Nuestro protector entregó el revólver al hombre gordo y pasó al interior de la vivienda, dirigiéndose hacia la mesa, donde se sentó a mi lado. Me miró como si buscara alguna herida que me hubiesen podido hacer los dos policías y, al no encontrar nada, los miró a ambos algo más relajado.

—Inspector Frederick Abberline y sargento Carnahan, del Departamento de Investigación Criminal —se presentó el hombre atractivo—. No voy a engañarle, Nathan, usted ha tenido en jaque al Departamento de Investigación Criminal y, me atrevería a decir, al propio Imperio británico desde hace años. Es más, todo el mundo cree que usted está muerto…

El nombrado encogió sus hombros.

—Es mejor así —sentenció el viejo soldado.

—En efecto, al menos para usted —aclaró el inspector—. Si le detuviera en estos momentos, me convertiría en el hombre más famoso de Londres por una semana al menos —sonrió ante esa perspectiva, pero sin apartar los ojos de la mirada glauca de Nathan—. Aunque si recuerdo el pequeño *favor* que nos hizo usted el otro día en la guarida de los McGinty y pienso que no he venido hasta aquí para detenerle, puede considerarse un hombre libre —apostilló.

—No me joda, inspector —repuso Nathan en tono agrio—. No necesito sus favores. Diga a qué coño ha venido usted y lárguese —escupió contra una pared.

—A ayudarles, me temo, así que tendrán que aguantarme —Abberline no se amedrentaba ante nadie, a pesar de que

Nathan le hubiese matado en dos movimientos—. Está usted en mis manos, Nathan, aunque aún no lo crea. Desde ahora en adelante, trabajará usted para mí o le detendré en el acto.

El antiguo asesino a sueldo soltó una risa corta y desdeñosa.

—Yo no trabajo para nadie que no me pague —sentenció, lanzándole luego una mirada gélida al osado inspector.

—Se equivoca, Nathan —el inspector fue hacia la puerta y la abrió. El hombre gordo le lanzó el revólver a Nathan y se guardó el suyo—. Si hace el favor de acompañarnos afuera, le pondré al corriente de todo —insistió el inspector mientras miraba a Nathan inquisitivamente.

—Ahora vengo. No tardaré, chicas —nos avisó el viejo Grey a la vez que salía tras los dos policías y cerraba la puerta con estruendo.

—Ahora sí que estamos jodidas —susurró Mary.

—¿Tú crees…? —repuse dubitativa— ¿Y cuándo no lo estamos? —añadí mordaz.

17

(Inspector Frederick G. Abberline)

En el mugriento descansillo del desconchado edificio donde vivían las prostitutas, el señor Grey, el sargento y yo nos detuvimos. Miré fijamente al sicario.

—Mire, Grey… —tragué saliva con cierta dificultad—. Sé que usted se preocupa por las chicas. Lo sé porque ningún asesino a sueldo pagaría una casa así para que unas prostitutas vivieran en ella —concluí a la vez que señalaba la puerta—. Le necesito, Grey, para esclarecer este asunto y también para impedir que muera otra.

—¿Por qué me necesita? —preguntó el viejo.

—Quiero que investigue por mí —repuse con voz queda.

El ex soldado de Su Majestad forzó una sonrisa.

—Lo que es decir, en pocas palabras, que haga de su fiel delator —matizó él con marcada sorna.

—Solo quiero que busque a gente extraña, gente inusual en East End —precisé arqueando algo una ceja—. Si no lo hace, temo que otra de las mujeres de esta casa pueda morir…

—¿Por qué ha de morir otra? —preguntó Nathan Grey.

—No quisiera hacer fúnebres conjeturas antes de tener pruebas, pero me preocupa que alguien busque su perdición y la de las chicas… ¿Por qué? De momento no puedo decirlo porque lo ignoro —reconocí alzando ambas manos—. Dígame, Nathan, y le ruego que sea totalmente sincero... Fue usted quien disparó anoche, ¿verdad?

—Fui yo —reconoció el viejo Grey sin titubear lo más mínimo. Tomó aire y luego nos refirió toda la historia con interesantes detalles que ignorábamos por completo.

La sorpresa se dibujaba en el rostro de Carnahan y en el mío.

—Dice usted que eran varios y que protegían al asesino —resumí al acabar de escuchar la interesante historia. Miré al sargento y observé su expresión. Él también estaba recogiendo datos en su cerebro y los unía. Joder, seguro que había algo realmente gordo detrás de todo aquello.

Grey asintió en silencio.

—Usted tiene contactos en East End, Grey —le recordé—. Puede andar libremente por las calles sin levantar las sospechas que sí suscitaríamos el sargento y yo si hacemos rondas de vigilancia... Puede introducirse en los tugurios de la zona y averiguar cosas. Esa es su misión, Grey… Debe investigar sobre el asunto, saber quién anda tras las chicas, pues mucho me temo que las muertes de la señora Tabram y de la señora Nicholls no fueron casuales. Fueron causadas por la misma persona —apoyé mis afirmaciones levantando el índice derecho.

Grey asintió de nuevo con la cabeza y me miró con marcado interés.

—Que quede claro, inspector. Yo no soy un títere de la Policía. Solo seré un colaborador externo —respiró hondo y continuó con una lógica exigencia—. Quiero que me asegure que mi nombre no aparecerá jamás en ningún informe oficial y también que si uno de sus chicos me atrapa, mi nombre no quedará escrito en ninguna prisión de Londres. Deseo seguir *muerto*, Abberline —recalcó sobre todo esa sepulcral palabra.

—Así será, Nathan, pero procure que no le atrapen, pues entonces tendríamos serios apuros para sacarle de la cárcel si cayese en manos de algún agente —argumenté—. Tenga cuidado y vigile a cualquier persona que le parezca sospechosa, incluso si se trata... —me mordí el labio inferior— si se trata de un hombre rico. Es más, vigile con más profundidad a todo caballero bien vestido con el que se tope cada noche... Buenos días y manténgame informado.

Henry Carnahan se caló su bombín y saludó a Grey, antes de que los dos abandonásemos el agrietado edificio y él se introdujese en su lúgubre vivienda.

El sargento y yo volvimos hasta el escenario del crimen, donde la multitud de curiosos se dispersaba al ver como los

ayudantes del doctor Phillips limpiaban la sangre de las paredes y el suelo. El cuerpo de la pobre Polly ya no estaba allí.

El forense nos esperaba en el coche que Benjamin Lancaster había conducido hasta allí, con el fin de llevarnos hasta la comisaría. Subimos y el sargento cerró la portezuela.

—¿Qué tenéis? —preguntó Bagster Phillips.

Le referí punto por punto toda la historia. Asintió satisfecho varias veces.

—¿Crees que ese sicario cooperará? —quiso saber el experto forense.

—Eso pienso, doctor —repliqué esperanzado—. Y más nos vale que coopere… —añadí casi en un susurro, esperando que así fuese. Nathan Grey era una baza demasiado buena para no jugarla en aquella sangrienta y peligrosa partida.

Dormitaba con las cortinas corridas y en la más absoluta oscuridad, cuando la puerta se abrió y el sargento entró en mi despacho. Se acercó hasta el escritorio donde estaba y encendió la luz de gas. Me desperté sobresaltado y le miré con rencor.

Imperturbable, él me tiró unos periódicos encima de la mesa.

—¡Mire, inspector! —exclamó en voz alta, tanto que me dolió en los oídos.

—Gracias, sargento, su presencia entra como una rayo de luz en mi oscura vida —contesté irónico mirándole mal.

Carnahan me observó ceñudo, ladeando la cabeza a ambos lados.

—Guarde los sarcasmos para quien se los pida, inspector. Esto es serio y grave. Échele ya una ojeada a los periódicos de la mañana.

Miré los referidos diarios y lo primero que vi fue la foto en grande del cadáver de Mary Ann Nicholls con sus entrañas desparramadas en portada. Aquello era nauseabundo. La misma instantánea estaba en los otros periódicos. Odié más que nunca a los periodistas.

—¿Pero qué diablos es esto? —pregunté al aire de las conjeturas.

—El periodista, inspector, el maldito cabrón que se nos escapó… —repuso el sargento con el rostro contraído—. Ha hecho un buen trabajo el hijo de la grandísima puta. Está publicado en todos los periódicos.

La puerta de mi despacho se volvió a abrir bruscamente y Donald Swanson entró como una exhalación en él. Venía furioso. Su rostro aparecía congestionado y blandía un periódico arrugado en la temblorosa mano.

Me atravesó con su acerba mirada.

—¿En qué coño estabas pensando, Fred? —gritó fuera de sí.

—¡El hijo puta se escapó, Donald! —grité yo—. ¡Pregunta a Mason o a Chandler!

—Es verdad, señor Swanson, el tipo aquel se nos escapó… —se apresuró a decir el sargento, pero Donald le cortó con un brusco gesto de la mano con la que apretaba el diario londinense.

—¡Está publicado en todos los periódicos de hoy, joder! ¡Lo veo en el *Times*, el *Glove*... incluso en la *Strand*! —bramó Swanson. Nunca lo había visto tan alterado.

Resoplé con fuerza.

—¿Y yo qué quieres que haga? ¡Son anónimos! —alegué en mi defensa.

—Sir Charles me ha citado esta mañana, Fred. No veas de qué humor se encuentra… Me ha increpado furiosamente y quiere que acudas a su despacho, claro... Y cuanto antes, mejor. Sinceramente, no doy ni tres peniques por tu empleo —me advirtió Swanson.

Un sudor frío me impregnó de repente la piel. Pero saqué fuerzas de flaqueza como pude.

—Iré a ver a Sir Charles Warren ahora mismo —señalé alterado—. Me defenderé cómo sea…

—Le diré a Lancaster que tenga preparado el coche —dijo el sargento antes de salir del despacho.

Swanson esperó a que el sargento abandonara la estancia para acercarse a mí con el semblante muy preocupado.

—Fred, te hablo en serio, como amigo… —musitó Swanson con los labios nerviosos—. Ten mucho cuidado con lo que dices y cómo te expresas… Sir Charles es un enemigo poderoso.

—No te preocupes, Donald —le respondí a la vez que me ponía la chaqueta con nervio.

El sargento Carnahan asomó la cabeza por la puerta del despacho y me anunció que el coche me esperaba. Salí de la comisaría con pasos nerviosos y subí al vehículo que Lancaster puso en marcha, en dirección a la sede de Scotland Yard.

Un secretario me hizo pasar al despacho de Sir Charles Warren. Cerró la puerta tras de sí y nos dejó solos.

Sir Charles me miró desde el otro lado del escritorio de madera noble y posó en mí su reluciente monóculo. Le dio una larga calada a su cigarro hindú.

Un silencio glacial se había colado entre nosotros.

—Inspector Abberline, conozco su fama de hombre sagaz y temerario —empezó a decir lentamente el jefe de la Policía metropolitana, como si en realidad mascara las palabras—. Y, francamente se lo digo, no creo que haya nadie mejor que usted para actuar como representante del Departamento de Investigación Criminal en la comisaría del Distrito de Whitechapel —aquello iba muy mal. ¿Sir Charles Warren agasajándome?—. Sin embargo, sus continuos desacatos y rebeldías han dado bastantes quebraderos de cabeza a sus superiores, quienes no sabían si ponerlo en la calle o ascenderlo… Así de claro.

Tragué saliva con bastante dificultad, pero pasé de circunloquios.

—Con el debido respeto, Sir Charles, le pido que vaya al grano.

—Estos crímenes de su distrito... Ese Destripador está dando mucho que hablar a la prensa. La brutalidad de sus asesinatos ha llegado hasta las más altas esferas. Usted conocerá, como todo el mundo, la afición de la reina Victoria por los sucesos escabrosos, al igual que la de su primer nieto, el príncipe Albert Victor Christian Edward… —comentó el mandamás de Scotland Yard. ¿Qué diablos me estaba queriendo decir? No sabía a dónde podía conducir aquello, pero había que aguantar el tipo—. Le dije que quería la máxima discreción en este caso, pero, al parecer, usted no lo ha conseguido, inspector —ahora sí, sin disimulos, ya estaba en escena el verdadero Sir Charles Warren—. Los periódicos están llenos de absurdas historias inducidas por miembros de su departamento, que acusan a médicos rusos, judíos... Estará usted de acuerdo conmigo que esto es una irregularidad, inspector. Estas historias inducen al malestar general de la población y de Su Majestad, la reina Victoria —Sir Charles Warren le dio una intensa calada a su apestoso cigarro y lo aplastó poco a poco contra la superficie de un cenicero. Sacó una misiva lacrada de un cajón de su mesa. Tenía el sello real de la Casa Sajonia-Coburgo-Gotha—. ¿Ve esto? Es una carta de puño y letra de la propia reina Victoria, que dios

guarde muchos años más, en la que nos exige que acabemos con los asesinatos. Ha llegado hace poco...

—Si no es mucha impertinencia, Sir Charles, me gustaría saber a dónde quiere llegar usted —respondí cauto.

Mi interlocutor se movió en su cómodo sillón antes de hablar de nuevo.

—Debido a su manifiesta incompetencia, Su Majestad nos ha prestado ayuda en este caso. Se trata de un agente especial del Imperio británico que se dedica a investigar casos tan escabrosos como este. Llegará dentro de unos días, desde la India. Préstele toda la ayuda que necesite y atienda sus dudas y preguntas. Está usted a su servicio, no a su mando, recuérdelo bien —Sir Charles Warren me hizo una elocuente seña con la mano, indicándome que podía marcharme en dirección a la puerta. La tensa entrevista había concluido de lo más inesperado, con otra humillación más.

Apreté los puños con fuerza y me retiré despacio, ocultando la ira que me acababa de invadir. Salí del despacho maldiciendo mentalmente a Sir Charles y a toda su familia. Aquel engreído hijo de puta creía que no podía encargarme yo solo del desquiciado que asesinaba meretrices de la forma más cruel nunca vista, y por eso me asignaba un maldito agente especial venido del otro extremo del mundo, de la joya de nuestras colonias.

Había oído hablar de aquellos tipos. Llegaban a la comisaría, se hacían los dueños y ponían todo patas arriba, armando mucho jaleo pero sin descubrir nunca nada. Falsificaban pruebas concluyentes si las sospechas inculpaban a altos miembros de la sociedad. Además, destruían documentos y hacían perder el trabajo de todos los inspectores o agentes que les molestaban en su tarea de ocultación de pruebas. En general, eran más una molestia que una ayuda.

Salí nervioso de Scotland Yard echando humo y me subí al coche de Lancaster con furia. El cochero lo puso en marcha rumbo a East End. Por el camino comenzó a llover otra vez. Miraba por uno de los cristales del coche hacia la calle que atravesábamos lentamente, cuando caí en la cuenta. Nada más y nada menos que la cabeza del gigantesco y todopoderoso Imperio británico, dueño y señor de los mares, estaba interesada en el caso, en mi caso…

Era la reina Victoria I, la pequeña mujer que con dieciocho años había subido al trono a mediados de 1837, exhibiendo una extraña mezcolanza de ánimo juvenil, de imperioso orgullo y de reticencia.

No era nada extraño. Después de todo, a la soberana le gustaba meter las narices en todo asunto extraño y escandaloso, para que un escribano recogiera su augusto nombre en los anales de la historia. Era ridículo pero verídico en todos sus extremos, en una reina que vestiría de riguroso luto hasta el fin de sus días tras la muerte de su marido, el príncipe Alberto.

No obstante, había algo extraño en todo aquello. Solo habían muerto dos prostitutas, de manera horrible sí, pero al fin y al cabo eran dos mujeres de la calle menos y había tantas... ¿Qué coño le podían importar a Su Graciosa Majestad Británica dos rameras menos?

Había algo raro en todo aquello, vuelvo a repetir. En ese momento me pregunté seriamente si mi hipótesis de que el asesino era un hombre culto estaba bien encaminada o no. El doctor Phillips me había dicho que sus conocimientos de anatomía se quedaban un poco cortos ante la perfección en los cadáveres de las mujeres asesinadas. Por ello, me había recomendado que visitase algún cirujano reputado de Londres con estudios superiores a los suyos. Por supuesto, le había planteado esta recomendación a Sir Charles Warren, quien ácidamente me ordenó que únicamente investigase a los asesinos fichados y a los proscritos de East End antes de asomar mi insensata cabeza en un congreso de medicina. De todas formas, pensé en hacer caso al doctor Phillips.

Justo estaba meditando todo esto cuando Lancaster detuvo el coche frente a la comisaría. Los caballos se detuvieron y él hizo descender la escalerilla metálica para que pudiera bajar más cómodamente del carro. Abrí la puerta y vi que había un gran revuelo de agentes corriendo y entrando de la comisaría. Alguien me empujó con pocos miramientos hacia el interior del coche. Protesté con energía al reconocerlo.

—¡Joder, sargento! —exclamé sorprendido—. ¡Qué modales gastamos hoy!

—No hay tiempo para bienvenidas, inspector. Ha habido un incendio provocado en White Street y media calle se quemará si no vamos rápido.

—¿Dónde ha empezado? —pregunté despistado.

—Adivínelo —fue la lacónica réplica de Henry Carnahan.

El inmueble de Makarov ardía lentamente y el fuego se llevaba las pruebas del caso de Ostrog consigo. El ruso saltaba y se tiraba de los pelos con las manos. Estaba preso de la histeria y el pánico.

—¡Mi casa, inspector! —gritó al verme fuera del coche.

Observé pensativo la montaña de escombros y llamas en que se había convertido el vetusto edificio de su propiedad.

—Tranquilícese, señor Makarov —le pedí mecánicamente—. ¿Qué demonios ha ocurrido aquí?

En ese momento llegaron los bomberos con sus carros. Comenzaron a luchar contra un fuego que, imparable, se trasladaba veloz a las demás casas. Los vecinos ayudaban con cubos de agua, que llenaban en una fuente cercana mientras que algunos buitres urbanos se dedicaban al pillaje en las viviendas calcinadas. Sus ocupantes veían con horror como se quemaban sus posesiones.

Makarov me ofreció sus excitadas explicaciones.

—¡Eran muchos, inspector! ¡Todos iban armados! ¡Nos hicieron salir y prendieron fuego al edificio, empezando por la casa de Ostrog!

Busqué entre la multitud al niño de cabello rubio lacio que me habló de los secuestradores de Ostrog. No lo encontré por ninguna parte. Quería preguntarle si los pirómanos habían sido los mismos que se habían llevado a Michael Ostrog.

Pasamos toda la mañana y parte de la tarde dedicándonos a la ardua tarea de supervisar la extinción del fuego y en interrogar a posibles sospechosos, aunque yo sabía que no tenían nada que ver con el asunto. Cuando al fin regresamos todos a la comisaría, les referí al sargento Carnahan y al doctor Phillips toda la conversación con Sir Charles, aunque omití mis sospechas. El médico acudió a verme después de enterarse del pavoroso incendio.

Cuando acabé, les miré seriamente.

—¡Un agente especial! —exclamó el suboficial indignado. Había oído, al igual que yo, todas las historias referentes a ellos—. Conociendo su carácter dominante, inspector, ahora soy yo el que no da ni dos peniques por su empleo —añadió pesaroso.

—Su *motivación* es siempre bien recibida, sargento Carnahan —contesté con el sarcasmo que me quedaba. No estaba para bromas.

—Ahora sí que debes andar con cuidado, Fred —sentenció el doctor.

Y, como siempre, tenía razón. Las cosas empezaban a ponerse serias para mí.